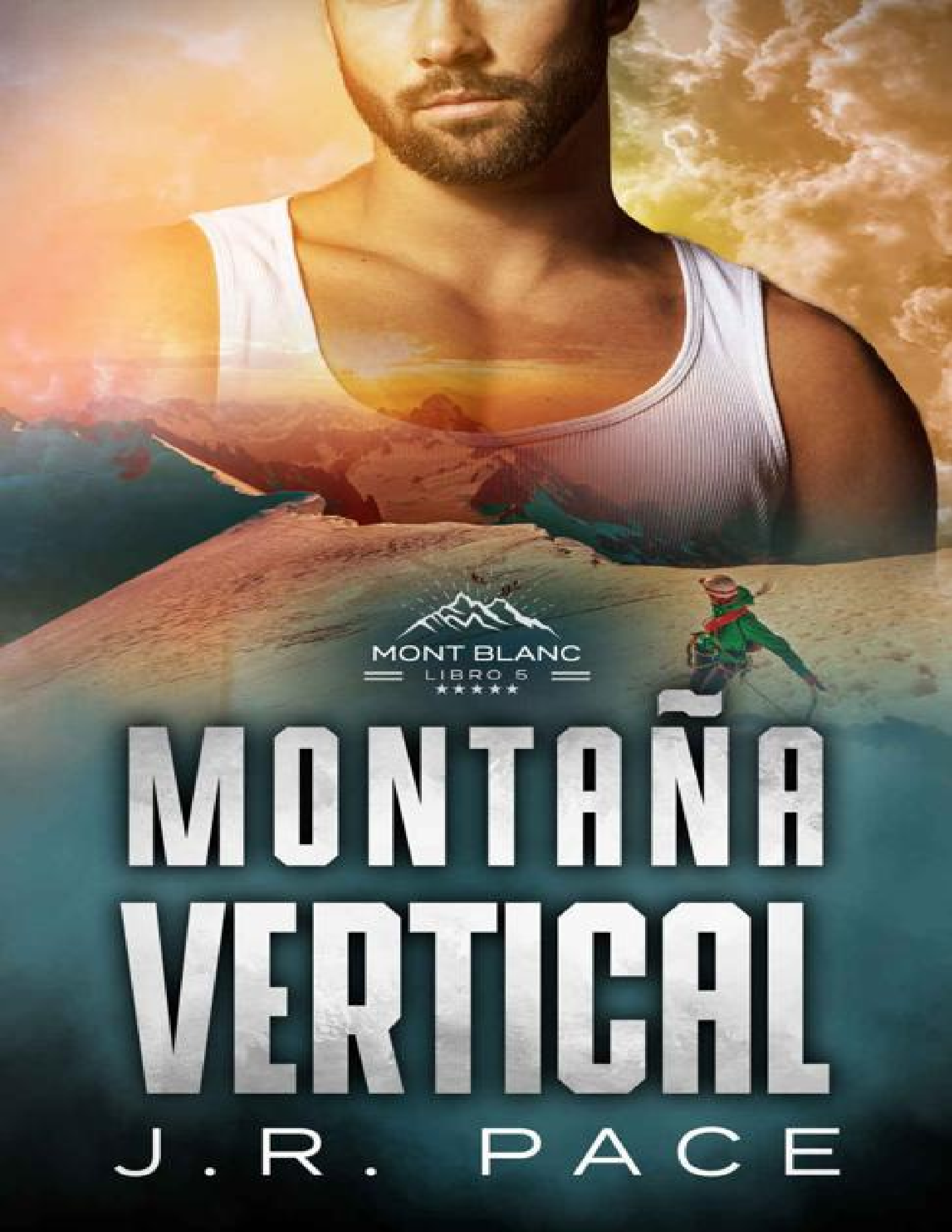

MONT BLANC
LIBRO 6
MONTAÑA VERTICAL
J.R. PACE

OTRAS OBRAS DE J.R. PACE

Serie Mont Blanc

Libro 1: Montaña herida

Libro 2: Montaña solitaria

Libro 3: Montaña de hielo

Libro 4: Montaña en sombra

**

Serie Sharp's Cove

Libro 1: Una noche años atrás

Libro 2: Dos deudas saldadas

Libro 3: Tres enigmas en llamas

Libro 4: Cuatro cartas sobre la mesa

MONTAÑA VERTICAL

MONT BLANC LIBRO 5

J.R. PACE

Montaña vertical

Copyright 2022 J.R. Pace

Copyright 2025 J.R. Pace, por la traducción

Título original: Mountain Deadpoint

Traducción de V. Sellés

Edición a cargo de Paola C. Álvarez

Diseño de portada de Maria Spada

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de forma ficticia. Cualquier parecido con personas vivas o muertas o con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma digital o impresa.

Advertencia: esta es una obra para adultos.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Agradecimientos

1



Gael

Cuando tenía elección, Gael León prefería escalar solo.

Esta vez, se dio cuenta enseguida de que no era una opción.

Habían recibido la llamada de emergencia a las once de la mañana. El que había contestado no era Gael, pero había escuchado la grabación del niño de doce años llorando aterrorizado al teléfono, explicándoles que tanto él como su padrastro se encontraban ascendiendo la cara norte de Aiguilles Rouges cuando el hombre cayó. El chico no había sido capaz de explicar con claridad lo ocurrido; solo que su padre estaba allí y, un momento después había desaparecido, junto con casi todo su equipo.

El controlador había tardado unos segundos en entender que el chico aún seguía en la pared rocosa, y en ese momento había activado todas las alarmas.

Gael visualizó la ruta que habían seguido: una 5.11 técnica. Llevaba veintiún años escalando, desde su octavo cumpleaños. En lo que se refería a la dificultad, era posible que pudiera haber completado una 5.11 a los doce años, pero, desde luego, no una con varios largos como aquella.

Independientemente de lo buen escalador que fuera el chico, la primera regla del montañismo era no subir nada que no estuvieras dispuesto a bajar después. O, como decía el dicho, ascender hasta la cima era opcional. Descender era obligatorio.

El teléfono de Gael empezó a sonar. El nombre de su jefe, Damien Gray, apareció en pantalla. Cuando habló, su voz estaba teñida de emoción.

«Si a mí me asusta pensar en un chico en peligro, debe de ser mil veces peor para Damien, que tiene un hijo de nueve años esperándolo en casa».

—¿Qué opinas? —preguntó Damien, confiando en la experiencia de Gael.

El viento lo golpeó en las mejillas; Gael sabía que la situación no sería mucho mejor donde se encontraba el chico, cuarenta metros por debajo.

«Y pronto será mucho peor».

Había mirado las alertas cuando estaba de camino. Una gran tormenta les pisaba los talones.

—Creo que tenemos que sacar a ese niño de la montaña antes de que llegue la tormenta.

—¿Qué diablos está haciendo un niño de doce años en una ruta 5.11 con varios largos? —dijo una voz junto a él.

Gael contuvo una sonrisa y se giró para mirar a Rémy Billecart. Se alegraba de que Rémy también hubiera acudido a la llamada. Aunque no era miembro del Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne de Chamonix —o PGHM para resumir—, Rémy era un guía de montaña experimentado, un escalador experto y una de las pocas personas con las que Gael disfrutaba escalando.

Un trueno restalló sobre ellos. Durante un minuto, la pizarra gris del cielo adquirió el color del carbón.

Gael activó el manos libres de su teléfono para que Damien pudiera escucharlos a ambos.

—No hay puntos para el anclado —le advirtió Rémy.

Gael asintió. Él también se había dado cuenta. Pero tenían que descender por aquel lado; no había otra forma de llegar hasta el chico. Trepar desde abajo les llevaría horas y no tenían tanto tiempo. El muchacho no sobreviviría a la tormenta subido a aquella cornisa.

—Hay otra forma —intervino Gael, sombrío, mientras miraba el pináculo que se extendía bajo sus pies—. Bajaremos haciendo rapel simultáneo.

—No —dijo Damien con tono autoritario—. Nada de eso.

No dio lugar a discusión. Como *commandant* del equipo de búsqueda y rescate del Mont Blanc, estaba acostumbrado a que lo obedecieran. En cualquier otra circunstancia, Gael no habría tenido problemas en seguir las órdenes de su jefe, pero ya había considerado todas las posibilidades y sabía que esa era la única opción si querían que el chico saliera con vida.

Miró a Rémy. Los ojos grises del guía de montaña estaban tranquilos. Asintió una vez, rápido. Eso bastó.

—Es la única forma, Damien —empezó Gael. Cogió una profunda bocanada de aire—. Rémy y yo podemos hacerlo. Puedes confiar en nosotros.

Gael entendía la reticencia de su jefe. El rapel simultáneo era una técnica avanzada en la que dos escaladores descendían por la cuerda al mismo tiempo, usando al otro como contrapeso. Era peligroso porque no dejaba ningún margen de error, lo que significaba que era fácil que una equivocación les costara la vida a ambos.

Había pocos escaladores en el mundo con los que Gael estuviera dispuesto a hacer algo así, y menos sin contar con equipamiento de reserva. Por fortuna para el niño de abajo, Rémy era uno de ellos.

—Gael y yo pesamos más o menos lo mismo —añadió Rémy. Gael asintió como confirmación. Medía un metro ochenta y tres y, aunque Rémy era unos centímetros más alto, ambos eran esbeltos y de extremidades largas, con cuerpos pulidos tras años de dedicarse a la escalada y al entrenamiento de fuerza.

—En honor a la verdad, Damien, no es más peligroso que otras cosas que hemos hecho en el pasado —dijo Gael.

Cuando Damien no respondió, Gael comprendió su error. Su jefe no aprobaba el gusto de Gael y Rémy por la escalada libre, pues le preocupaba que corrieran demasiados riesgos. Pero aquel no era momento ni lugar para discutir; no cuando la vida de un niño estaba en juego.

—Podemos conseguirlo —insistió Gael. Había decidido hacerlo contara o no con la aprobación de Damien, pero prefería no perder el trabajo si no era necesario.

Por fin, oyó un suspiro al otro lado del teléfono.

—¿Y cuando lleguéis hasta el chico?

—Nos anclaremos allí y prepararemos un rapel estándar para llevarlo hasta abajo.

—¿Y si no está…?

—Encontraremos la forma de bajarlo —dijo Rémy. Su voz estaba teñida de impaciencia.

Sabía que no debía decirle a Damien que no se preocupara. Esa preocupación era justo el motivo por el que pagaban al *commandant*, y era excelente en su trabajo.

—Podemos hacerlo, Damien —afirmó, simplemente.

—Hay otro equipo abajo buscando a su padrastro.

«Ha caído desde una altura de ciento cincuenta metros».

«Nadie se precipita desde tan alto y vive para contarlo».

—Sabes que es una operación para recuperar el cuerpo, ¿verdad?

Casi pudo ver a Damien asentir.

—Concentraos en el chico. Id con cuidado.

Gael y Rémy empezaron a montar el sistema de rapel. Engancharon la cuerda a su anclaje, pero, en lugar de pasar ambas partes como se solía hacer, cada uno pasó solo una.

Gael se aseguró de que tanto su cuerda como la de Rémy tuvieran un nudo en el extremo. El rapel simultáneo ya era bastante peligroso como para volverlo todavía más arriesgado.

—¿Sabes? Siempre les digo a mis alumnos que no hay excusa posible para hacer esto —comentó Rémy. Una leve sonrisa asomó a sus labios—. Luego procedo a enumerar una docena

de formas más seguras de acortar el tiempo unos cuantos segundos si lo que buscan es velocidad.

Gael rio.

—Entonces me alegro de que no estén aquí para verte. Perderías toda tu credibilidad.

Ambos se pusieron serios al acercarse a la roca. Hicieron una última comprobación del equipo de su compañero, dejando el pináculo de la montaña entre ambos.

Gael trató de centrarse. Vivía por y para esto. Para él, la escalada siempre había sido una forma de vida; nunca lo había considerado un deporte incluso cuando competía de forma profesional. Y ahora que esos días habían quedado atrás, nada había cambiado. Inhaló el aire fresco, sintiendo que había nacido para estar allí arriba.

Le hizo una señal a Rémy y se dejaron caer.

—Uno, dos, tres, cuerda —gritó Gael. Como esperaba, Rémy respondió al instante.

Al contrario que los escaladores inexpertos, que se movían más despacio cuando usaban una única cuerda, Gael y Rémy avanzaron rápido, sin separarse nunca más de tres metros en vertical el uno del otro. Cada vez que uno encontraba algún cambio en la pared rocosa, ya fuera una cornisa o una depresión, advertía al otro. Los dos sabían que el mayor riesgo de hacer rapel simultáneo era que la cuerda cediera de forma inesperada.

Fue Gael el que vio primero al chico. Estaba de pie sobre una pequeña cornisa, a menos de diez metros de distancia. Era imposible saber si estaba anclado correctamente o no. Gael gritó a Rémy.

—Lo veo —respondió este, y siguieron bajando.

—Voy a desanclarme —dijo Gael, que esperó la confirmación de Rémy antes de hacerlo.

En cuestión de segundos, tanto él como Rémy estaban en la cornisa, anclados a la pared. El pulso en el cuello de Rémy palpitaba por el esfuerzo.

Gael se acercó al chico con cautela.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Max —susurró el niño. Sus ojos castaños parecían enormes en contraste con su cara pálida y descompuesta.

—¿Cómo te encuentras, Max?

Mantuvo un tono de voz relajado para ocultar su creciente pánico. Hasta donde podía ver, el chico no estaba anclado a ninguna parte. Tenía suerte de que su padrastro no lo hubiera arrastrado consigo al caer.

Gael era famoso por permanecer sereno y mantener la calma en momentos de tensión, rasgos que había cultivado durante el tiempo que se había dedicado a la escalada profesional. Se conocía a sí mismo y sus límites, por lo que había pocos riesgos que no estuviera dispuesto a correr cuando estaba en la montaña. Pero arriesgaba su propia seguridad; no eran decisiones que tomara por otros. La idea de que este niño pudiera caerse al abismo, le hacía temblar de miedo.

Ya estaba lo bastante cerca del chico para ver las sombras bajo sus ojos, pero no lo suficiente como para agarrarlo si se caía. Moviéndose con mucha lentitud, Gael dio otro pequeño paso al frente.

«Así».

—Joe no está —dijo el chico.

—Lo sé —respondió Gael con voz tranquila. No quería discutir el tema; no hasta que el muchacho estuviera enganchado a él. O, mejor aún, hasta que hubieran llegado abajo y estuvieran a salvo.

—¿Estás herido, Max? —preguntó Rémy, que estaba detrás de Gael.

El chico sacudió la cabeza.

—Yo soy Gael y este es Rémy. Hemos venido para ayudarte a bajar.

—Yo… no tengo cuerda —susurró el chico.

—No te preocupes por eso, nosotros tenemos de sobra. Voy a acercarme a ti y a engancharte conmigo, ¿vale?

—Mi madre… Mi madre va a…

—Va a estar muy contenta de verte. Vamos a bajar para que puedas verla, ¿de acuerdo?

El muchacho contrajo el rostro en una expresión de miedo y preocupación.

—Eres un escalador experto, ¿verdad, Max? —preguntó Rémy con mucho tacto.

—Joe siempre… siempre me ayudaba. —Max gimoteó.

—Nosotros también vamos a ayudarte.

Durante un momento, Rémy pasó a hablar en francés.

—*Tu crois qu'il va pouvoir descendre? Il est choqué.*

Gael asintió, dándole la razón. Estaba claro que el chico estaba en *shock*.

—*Je le prends avec moi.*

«Yo lo llevaré conmigo».

Las primeras gotas cayeron sobre las manos de Gael mientras enganchaba al chico a su dispositivo de rapel.

«Tenemos que darnos prisa».

—Vamos a bajar haciendo rapel juntos.

Se aseguró de que la extensión de la cuerda del chico fuera más corta que la suya, para que este siempre estuviera ligeramente por encima de él mientras descendían y pudiera vigilarlo.

—Te tengo —dijo Gael—. Estás a salvo.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó el chico.

La pregunta lo sorprendió; había asumido que aquel muchacho se alejaría de las montañas durante el resto de su vida, pero la pregunta del chico le hizo plantearse que tal vez no fuera así. Tal vez Max volvería a practicar la escalada algún día. Aunque lo único que debía hacer era permanecer tranquilo y dejarlo trabajar, Gael decidió inventarse algo para mantenerlo ocupado.

—Concéntrate en Rémy y avísame si hace alguna señal.

Tomando una profunda bocanada de aire, Gael se soltó del anclaje y partió. Descendía haciendo rapel con el chico bajando justo por encima de él.

Mantuvo un ritmo suave y cómodo a pesar de que la tormenta casi estaba sobre ellos. A mitad del largo, los temblores del chico empeoraron.

—¿Qué está haciendo Rémy? —preguntó Gael.

—Nos está mirando, pero no ha hecho ninguna señal.

Gael oyó la voz alta y clara de Rémy a través del auricular.

—Han encontrado al hombre. Se están llevando el cuerpo en una camilla. Tristan nos estará esperando junto al helicóptero.

Gael asintió. Se alegró de que el cadáver ya no estuviera ahí cuando culminaran el descenso. Incluso si en el fondo el chico sabía que su padrastro estaba muerto, no necesitaba verlo.

—Ya casi estamos, Max —le dijo mientras empezaban a caer las primeras gotas.

Para cuando llegaron al suelo, el agua goteaba de forma constante desde el cabello oscuro de Gael hasta el cuello de su polo del PGHM. Hacía frío, pero apenas era capaz de sentir la temperatura. Había escalado en condiciones mucho más duras.

Gael se movió con rapidez. Soltó al chico del aparato de rapel y lo llevó corriendo hasta el helicóptero que los estaba esperando. Había posibilidades de que cayera un rayo allí fuera y el interior de un helicóptero de metal era el lugar más seguro en aquel momento.

Tristan, su piloto, los estaba esperando con una manta de emergencia en las manos. Rápidamente, se la pasó al chico por encima de los hombros estrechos.

—Relájate, chaval —dijo Tristan—. Siéntate.

—¿Delante? ¿Contigo?

Tristan enarcó las cejas, sorprendido.

—Eh… Claro. Si quieres, puedes ser mi copiloto.

—Eso me gustaría —dijo el chico. Su boca se curvó en una leve sonrisa mientras desaparecía con Tristan en la cabina.

—¿Estás de camino, Rémy? —preguntó Gael con urgencia.

—No te alteres, ya casi estoy. Voy mucho más rápido que tú —se quejó el guía.

Gael sonrió, pero no se relajó del todo hasta que Rémy subió al helicóptero con ellos y Tristan despegó. La lluvia que golpeaba el aparato no parecía incomodarlo lo más mínimo.

Gael se apoyó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. El rescate completo había durado menos de dos horas, pero la adrenalina en su cuerpo lo hacía sentir que había transcurrido mucho más tiempo.

Oyó la voz de Tristan a través de los auriculares.

—Tengo a Damien al otro lado de la línea. Quiere hablar con vosotros —les dijo. Gael sabía que Tristan le habría dado al chico unos cascos para atenuar el ruido, pero no escucharía aquella conversación.

—¿Cómo está?

—Está delante, con Tristan. Creemos que se pondrá bien.

—Buen trabajo. La madre estará esperando en el hospital cuando lleguéis.

Eran buenas noticias. El chico necesitaría a su madre cuando la realidad de lo que había pasado comenzara a hacerle mella.

—Gracias, Damien.

—Gael, ¿estás libre para tomar una cerveza esta noche? Rémy, tú también estás invitado, por supuesto.

A pesar de su tono casual, algo en la voz de su jefe hizo que Gael se incorporara en el asiento. Era raro que Damien se apuntara a beber cerveza con el resto del equipo después del trabajo, y desde luego no solía organizar él esos planes.

«¿Ha ocurrido algo?».

—Gracias, Damien, pero tengo una cita esta noche —dijo Rémy con rapidez—. Prefiero pasar la noche con ella a hacerlo con vosotros, no sé si me entendéis.

Gael trató de recordar cuánto tiempo había pasado desde que había estado con una mujer. ¿Tres semanas? ¿Un mes? Habían sido semanas de mucho trabajo, así que apenas había tenido tiempo de pensar en ello, lo que no era típico de él. Gael adoraba a las mujeres. Al contrario que otros hombres, que aseguraban preferir un tipo concreto, Gael era capaz de ver la belleza en todas ellas. Bajas, altas, delgadas, con curvas… Todas le parecían bien. Solo tenía tres reglas que le habían sido muy útiles a lo largo de los años y que mantenía con mucho celo: nada de mujeres casadas, ni de mujeres con las que trabajaba, ni de mujeres que estuvieran un final de cuento de hadas. Eso no formaba parte de sus planes y no quería decepcionarlas.

Se dio cuenta de que Damien aún estaba esperando una respuesta.

—Estoy libre —dijo sin titubear—. ¿Qué ocurre, Damien?

—A las siete de la tarde, en Stella’s. Tengo que pedirte un favor.

2



Diana

Diana Granger despertó de un sueño que parecía sacado de un cuento de hadas; uno donde ella era la princesa y la barra de acero y los muelles del colchón que llevaban toda la noche molestándola eran enormes guisantes.

No tenía nada contra aquel mueble tosco y bien fabricado que llevaba en casa de sus padres desde que había nacido, pero si quería sobrevivir a otra noche, iba a tener que pasar por una tienda y comprar un sobrecolchón.

Se levantó y estiró la espalda con cuidado. Su fisioterapeuta de Grenoble se iba a poner las botas quitándole todos los nudos de la espalda cuando acabara el verano.

Diana tenía treinta y seis años. No era demasiado mayor, pero ya no tenía edad para dormir toda la noche con cosas clavándosele sin despertarse de mal humor por la mañana.

Suspiró y fue al baño. Era extraño volver a casa de su madre tras pasar tanto tiempo sola o, técnicamente, al lado de la casa, pues estaba viviendo en el pequeño estudio sobre el garaje.

Pese a todo, se alegraba de que el estudio estuviera allí. No sabía si habría sobrevivido a un verano viviendo con su madre y sus dos tías, que se habían mudado con ella tras enviudar. Juntas parecían personajes de una reposición de *Las chicas de oro*.

Diana se acercó a la pequeña cocina y abrió el frigorífico con esperanzas poco realistas, pues llevaba más de una semana sin ir a la compra. Gimió al ver la media cebolla y la cuña de queso enmohecido del interior.

Decidió que podía limitarse al café, pero luego descubrió que también se había quedado sin cápsulas para la Nespresso. Trató de imaginarse a sí misma duchándose, vistiéndose y conduciendo hasta el supermercado antes de tomar su café matutino.

Una sonrisa irónica asomó a sus labios.

«No lo veo».

Se puso un jersey sobre el pijama, salió del estudio y bajó las endebles escaleras de madera que conducían al jardín delantero de la casa de su madre.

«Tengo que arreglarlas antes de irme».

La última vez que Diana había pasado el verano en Chamonix había sido durante su época universitaria. Desde entonces, nunca se había tomado unas vacaciones tan largas. Primero, porque había estado trabajando en su tesis. Se convenció a si misma de que se tomaría un descanso cuando acabara el doctorado, pero entre las clases, el trabajo de campo y el matrimonio, ese momento no había llegado nunca.

Ahora, en los tiempos pos-Frederic, como solía referirse a la época después del divorcio, le había parecido natural volver a casa y pasar el verano con su madre, que ya no era tan joven como antes. Se alegraba de que su trabajo en la universidad de Grenoble le ofreciera esa flexibilidad.

Diana forcejeó con la llave de la casa de su madre en la cerradura. No quería pasar mucho tiempo fuera en pijama. Confiaba en que no hubiera nadie en la cocina para poder…

—¿Qué llevas puesto, Diana? —chilló tía Berthe, lo bastante fuerte para despertar a todo el que estuviera todavía dormido en la casa.

Diana suspiró.

—Buenos días, tía Berthe.

Berthe era la hermana mayor de su madre. A excepción de sus hermanas, que habían jurado guardar el secreto, nadie —ni siquiera Diana— sabía su edad con exactitud. Pero su madre tenía

setenta y cuatro, lo que implicaba que Berthe tenía que ser al menos dos o tres años mayor.

—Berthe tiene razón. ¿Qué te has puesto, *ma chérie*? —le preguntó su madre, entrando en el cuarto. No ayudaba que ambas mujeres estuvieran arregladas como si fueran a salir a comer, aunque solo fueran las ocho y media de la mañana.

La otra tía de Diana entró. Al menos, tía Celeste llevaba ropa informal. Pero, a juzgar por las manchas de sus rodillas, parecía que había estado fuera haciendo labores de jardinería.

Las tres mujeres la miraron expectantes.

—Me he quedado sin leche y café —admitió Diana.

Su madre se dirigió a toda prisa hacia la máquina y empezó a apretar botones.

—Todas sabemos de sobra que es preferible no hablar contigo hasta que te hayas tomado tu café, *ma chérie*, ¿verdad? Siéntate, siéntate.

Mientras la máquina hacía su trabajo y el olor del café inundaba el aire, Diana se fue relajando. En esa cocina quedaban pocas cosas que le recordaran a la casa en la que había crecido; su madre lo había renovado casi todo desde entonces y la nueva cocina era de frío granito, muy distinta de la madera rústica de su niñez.

Aquella nueva cocina le pegaba a su madre. Era a su padre a quien le gustaba el aire rústico de la madera. Diana suspiró. Todavía lo echaba de menos; probablemente, siempre lo haría.

—¿En qué piensas, Diana? —preguntó su madre.

—No estoy pensando, mamá. Todavía me estoy despertando. —Sabía que era mejor no hablar de aquello. Su madre echaba mucho de menos a su padre. Ambos habían hecho grandes planes para su jubilación, sin saber que él moriría demasiado joven, de un ataque al corazón. Recordarle a su madre lo que había perdido no le haría bien a nadie.

—Bueno, ¿y estás saliendo con alguien ahora? —preguntó tía Celeste.

Diana se puso rígida. Las contracturas de su espalda subieron hasta el cuello.

—No desde que me lo preguntaste el jueves, tía Celeste —dijo con amabilidad. No podía enfadarse con su tía. Aquellas señoras mayores solo querían que fuera feliz y, por algún motivo, pensaban que necesitaba un hombre para eso.

«No entienden que los tres años que estuve casada fueron los más infelices de mi vida».

Eso no era del todo justo. No era que hubiera sido infeliz per se. Frederic no era un mal hombre y ella aún tenía su trabajo, su familia y sus amigos. Era solo que Diana había esperado que su matrimonio la hiciera más feliz y no había ocurrido.

Frederic era profesor de Filosofía en la Universidad de Grenoble. Cuando se casaron, estaba convencida de que se completarían mutuamente. Ahora se le ponían los pelos de punta al pensarlo, pues la realidad había sido muy distinta.

Después de una encantadora luna de miel en Egipto, habían vuelto al trabajo y se habían consagrado a un matrimonio tan rutinario que bien podrían haber sido compañeros de piso. Su divorcio, que había concluido cuatro meses atrás, también había sido rápido y rutinario.

Por mucho que lo intentara, Diana era incapaz de recordar una sola discusión o una pelea a gritos entre ellos. Su matrimonio se había ido apagando, dejando un poso de tristeza.

Se dio cuenta de que no había escuchado ni una palabra de lo que le estaban diciendo su madre y sus tías. Por suerte, no parecía que la conversación requiriera de su participación.

Su madre le ofreció una taza humeante. Diana se lo agradeció y la tomó en sus manos, inhalando el aroma fragante a nuez. El café era lo mejor que había en el mundo; eso y el protector labial eran las dos cosas que Diana se llevaría a una isla desierta.

—Gracias por el café. Ahora iré al supermercado.

—No vas a salir con eso puesto, ¿verdad? —Diana reprimió una risa cuando vio cómo tres

pares de cejas desaprobatorias se alzaban en sus respectivas frentes arrugadas.

—Me pondré ropa de calle, pero necesitaba un café antes. Ya que estáis aquí, ¿queréis algo?

—Podemos hacer nuestra propia compra, Diana. ¿Cómo piensas que nos alimentamos cuando no estás aquí? —dijo su madre.

«Tan susceptible como un puercoespín».

Diana había intentado encargarse de varias tareas para facilitarles la vida, pero no se lo habían puesto nada fácil.

—No estoy cuestionando vuestra independencia, madre. Sé que podéis cuidaros solas. Solo lo preguntaba para ahorraros un viaje al supermercado.

Su madre se relajó.

—Ah.

—En ese caso, por favor, cómpranos naranjas, dos botellas de cava y una de Grand Marnier —dijo Berthe.

Diana reconoció los ingredientes para preparar mimosas y reprimió una risa.

—Veo que estás planeando una comida muy nutritiva.

—Unos amigos vienen más tarde para ver el Tour.

Diana enarcó una ceja.

—¿En serio?

Cuando sus tías se mudaron con su madre, Diana les sugirió comprar dos televisores más, pero al parecer aquellas mujeres no tenían problemas para decidir lo que iban a ver.

—Los ciclistas son hombres muy fuertes —respondió Berthe, sin manifestar la menor emoción.

—Eso es lo que necesitas, ¿sabes? Un hombre agradable y bien fuerte —opinó Celeste.

—¿Quieres apuntarte tú también, *ma chérie*? —preguntó su madre con inocencia.

«Ni por todo el oro del mundo».

Diana sacudió la cabeza con rapidez.

—Gracias, pero esta tarde tengo que trabajar.

—Trabajas demasiado —dijo su madre. Era otra de sus frases favoritas—. Pensaba que habías venido a Chamonix para relajarte y divertirte este verano.

—Pasas demasiado tiempo con tus muestras congeladas y no el suficiente con sus contrapartidas humanas calientes. —Una de sus tías soltó una carcajada, provocando las risas del resto.

Diana suspiró para sus adentros. Era glacióloga desde hacía catorce años; había escuchado casi todas las bromas que existían sobre hielo.

Diana incluyó *viande séchée* en su cesta de la compra. Durante los últimos años había estado comiendo menos y menos carne por motivos tanto ecológicos como de salud, pero los sándwiches de *viande séchée*, mantequilla y pepinillo eran sus favoritos; un lujo esporádico que se permitía de vez en cuando.

Volvió a pensar en lo que habían dicho su madre y sus tías. No con respecto a los hombres. Estaba segura de que no necesitaba un hombre en su vida; al menos, no de forma permanente. Pero pensó en lo que habían dicho sobre divertirse. Había venido a Chamonix a pasar tiempo con su madre y seguir con su investigación, pero también quería relajarse, aclarar sus ideas y divertirse un poco. Sin embargo, ya llevaba un mes allí. Solo le quedaba otro antes de volver a

Grenoble para el inicio del curso académico y, hasta ahora, solo se había dedicado a trabajar.

«Diversión».

Casi había olvidado lo que solía hacer para divertirse. Entonces le llegó la inspiración y se dio cuenta de que había algo que llevaba tiempo queriendo hacer.

«Me gustaría retomar la escalada».

En el pasado, a Diana le encantaba escalar; para ella siempre había sido la combinación perfecta entre esfuerzo físico, resolución analítica de problemas y actividad al aire libre. Había dejado la escalada hacía cinco años, cuando Frederic y ella habían empezado a salir juntos. Frederic no era escalador y no podía entender por qué a ella le gustaba tanto.

Cuando Diana había insistido, al principio de la relación, Frederic había descrito la escalada como «una forma macarra de coquetear con la muerte».

Diana suspiró. Quizá ese hubiera sido un buen momento para dejar a Frederic y continuar escalando. Pero para ella había tenido sentido concentrar sus energías en las cosas que disfrutaban haciendo juntos.

La mera idea de volver a escalar la hizo sonreír. De inmediato, pensó en el Petit Dru.

«Quizá haya llegado la hora».

El Petit Dru era un pico mítico y legendario. Había estado a punto de escalarlo muchas veces en la veintena, pero nunca se había sentido preparada.

Sin embargo, sabía perfectamente que no podía retomar las cosas sin más donde las había dejado. Estaba oxidada y había perdido fondo. Tendría que prepararse duro si quería tener alguna oportunidad de escalar el Petit Dru antes de que terminara el verano.

Dándole vueltas a la idea, Diana giró una esquina y se dirigió a la caja.

Delante de ella, en la cola, había un hombre alto de pelo oscuro.

—¿Damien? —dijo, sorprendida.

Se giró con rapidez. Sus penetrantes ojos azules la enfocaron durante un segundo antes de que su boca se abriera en una amplia sonrisa.

—¡Diana! Me alegro de verte. Oí que estabas en la ciudad.

Diana era lo bastante mujer como para reconocer que el hombre que tenía delante estaba bueno, pero no se sentía atraída por él en absoluto. Cuando lo miraba, aún veía al chico con el que solía jugar de pequeña en las montañas.

Damien llevaba una bolsa enorme con manzanas rojas.

—Guau, en tu casa os deben de pirrar las manzanas —rio.

—Jamie va con sus amigos a un picadero mañana —explicó Damien con rapidez—. Y Tess me ha pedido que lleve manzanas para todo el grupo.

Diana sonrió.

—Lamento no haber asistido a vuestra boda el año pasado. Me encantaría conocer a Tess.

—No pasa nada. Sé que para ti no es fácil salir de Grenoble. Ella también quiere conocerte. —Se detuvo un momento mientras trataba de recordar algo—. ¿Qué tal está Frederic?

—Creo que está pasando el verano en Islandia —dijo Diana. Se obligó a mirar a Damien mientras pronunciaba las siguientes palabras. Aunque su ruptura no era su tema de conversación favorito, tampoco era algo de lo que se avergonzase—. Nuestro divorcio terminó hace unos meses.

La sonrisa de Damien palideció.

—Mierda. Lo siento, Diana.

—No pasa nada. Fue una separación amistosa. Ambos llevábamos mucho tiempo sabiendo que lo nuestro no funcionaba.

«Lo único que tuvimos que separar fueron los libros y ni siquiera eso nos llevó mucho tiempo, porque cada uno teníamos nuestra propia sección en la biblioteca».

La fila avanzó y le llegó el turno a Damien. Dejó las manzanas sobre el mostrador.

—Bueno, me alegro de verte. Deberíamos…

«Pídeselo».

«No permitas que se marche sin preguntárselo».

—Eh, Damien, quizá podrías ayudarme con algo. Me gustaría escalar el Petit Dru antes de irme y estoy buscando un compañero o compañera de escalada. Alguien que me pueda ayudar a prepararme, porque llevo un tiempo sin escalar.

«¿Se le puede considerar “un tiempo” a cinco años?».

«Espero que recuerde que solía ser una buena escaladora».

Damien asintió, como sabía que haría, pero vaciló un momento.

—Prefiero escalar con alguien que conozcas en vez de con una persona cualquiera que encuentre por internet —añadió.

—Por supuesto. Veré lo que puedo hacer. ¿Te parece bien si te llamo mañana?

Diana sonrió. Aquello iba a funcionar.

—Te lo agradezco, Damien.

Después de pagar, Diana salió de la tienda sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en semanas. Miró anhelante las montañas del horizonte. En su adolescencia, se había hecho activista para proteger esas mismas montañas; su madre aún tenía una foto por alguna parte en la que salía disfrazada de brizna de hierba, tendida sobre el asfalto y lista para ser atropellada por una segadora de césped de cartón, que simbolizaba el *business as usual*. Fue una protesta simbólica y cargada de emotividad… con la que no había conseguido absolutamente nada.

Sacó de su cabeza aquellos pensamientos. Había ido a la universidad, se había sacado su doctorado, había consagrado su vida al estudio de los glaciares, eligiendo la ciencia como forma de luchar contra la crisis climática. Y mientras que la crisis había empeorado en muchos sentidos, con las emisiones aún creciendo y desastres naturales de proporciones nunca vistas azotando varios continentes, Diana sentía que las cosas estaban llegando a un punto de inflexión y que la concienciación ambiental se estaba convirtiendo en la norma.

No podía imaginarse un trabajo mejor o una forma más apta de pasar su vida en la Tierra. Salvo porque, en algún momento, quizá había olvidado que también solía pasárselo bien allí fuera, en las montañas. Recuperar aquello le parecía un proyecto para el verano que merecía la pena.

3



Gael

Stella's era un auténtico cuchitril. A Gael le encantaba porque le recordaba a los bares que solía frecuentar en México DF cuando pasaba el tiempo con sus amigos buscando la cerveza más barata después de una escalada difícil.

Aunque cerca del centro, la entrada estaba en lo alto de una rampa empinada y medio oculta por el frontal de otro comercio, como si el propietario no tuviera interés en conseguir clientes nuevos; lo que bien podía ser verdad, pues ese era uno de los pocos locales de la ciudad que solo frecuentaban los lugareños.

Gael entró y le sorprendió descubrir que era el primero. Llegar temprano a los sitios —o incluso ser puntual— no era una de sus cualidades. Había mejorado con los años, sobre todo, en el entorno profesional, pero había acabado aceptando que siempre iba a llegar cinco o diez minutos tarde a los eventos sociales.

Como sus amigos ya lo sabían, se preguntó si habrían acordado otra hora y se habrían «olvidado» de informarlo. De ser así, no se lo tendría en cuenta.

Pidió su cerveza y pagó en el momento, pues Stella's funcionaba así incluso con los clientes habituales, luego fue directo a la mesa de siempre y se sentó a esperar al resto del equipo. Hiro fue el primero en llegar, unos minutos más tarde.

—Siento llegar tarde —dijo mientras se quitaba su cazadora de cuero y la dejaba en el respaldo de la silla—. Fui a casa a dejar a Bailey antes de venir.

—Y, aun así, eres el primero.

—Sin contar contigo. ¿Qué pasa, tío? No es propio de ti.

—Tampoco de Damien organizar quedadas para tomar cerveza.

—Ya…

—¿Sabes de qué va esto?

—Quizá no pasa bastante tiempo con nosotros por el día —replicó Hiro, lacónico.

La puerta se abrió de nuevo y Damien y Drake entraron juntos. Gael y Hiro se pusieron de pie con rapidez y le dieron palmadas a Drake en la espalda. Apenas lo habían visto desde que Isolde, su prometida, había dado a luz a un niño el mes pasado. Drake había decidido cogerse sus veinticinco días de permiso parental de inmediato para ayudar con el cuidado del bebé.

—¡*Dichosos los ojos*! —exclamó Gael en español—. ¿Cómo está el pequeño Benjamin?

—Durmiendo más que nosotros —replicó Gael, pero sonreía de oreja a oreja.

—¿Y qué tal Isolde?

—Lo lleva bien, realmente bien. Le sienta bien la maternidad. —Los miró como si fuera a decir algo más.

—Voy a pedirte una cerveza —lo interrumpió Hiro con rapidez. Gael ahogó una risa. Hiro parecía aún menos cómodo que él con aquella conversación.

—Solo una cerveza. Luego tengo que irme. Pero volveré al trabajo en un par de días.

—Y bien, ¿qué favor querías pedirme, Damien? —preguntó Gael cuando Hiro y Drake fueron a la barra a por las bebidas.

—De hecho, ahora son dos favores.

—Sea lo que sea, cuenta con ello —dijo Gael. Damien era el jefe de su equipo, pero también un buen amigo. Gael no podía imaginarse nada que pudiera pedirle que no estuviera dispuesto a hacer.

—El primero tiene que ver con Jamie. Les habló de ti a sus amigos del campamento de

verano y algunos quieren saber si estarías dispuesto a llevarlos de escalada este fin de semana.

—¿Yo?

Damien asintió.

—Han visto vídeos tuyos en YouTube.

Gael trató de mantener la calma.

—¿De cuántos niños hablamos?

—Seis o siete. Quizá ocho. Drake también irá. Ya ha estado con Jamie en el rocódromo y tiene experiencia con niños.

—Su experiencia es con bebés de tres semanas, Damien, no con preadolescentes.

—Son niños, Gael. Aún no son preadolescentes.

—Vale —dijo Gael, transigiendo—. Dime a qué hora y allí estaré. Pero si quieren escalar conmigo, aprenderán cómo manejar las cuerdas de forma apropiada.

—Esperaba que dijeras algo así. Gracias, tío —dijo Damien.

Gael se percató de que Damien no parecía más relajado de lo que estaba antes. Fuera cual fuera el segundo favor, era más gordo.

—¿Y el segundo favor? Suéltalo, ya sabes que te voy a decir que sí.

—Quiero que conozcas a alguien.

La forma en la que dijo «alguien» lo hizo pensar que se refería a una mujer, pero no tenía sentido, porque sabía lo mucho que a Gael le gustaban las mujeres; pedirle que conociera a una no parecía un gran favor.

Antes de que pudiera decir nada, Damien alzó la mano.

—No es lo que piensas. Es una buena amiga. Te lo pido por favor, nada de toqueteos.

«Igual es fea de narices».

—Lo admito, me está entrando curiosidad. ¿Qué necesita tu amiga?

—Un compañero de escalada para subir el Petit Dru.

A Gael comenzaron a pitarle los oídos lo bastante fuerte como para perderse las siguientes palabras de Damien. Apoyó las palmas de sus manos sobre los muslos, alegrándose de que Damien no las viera temblar desde donde estaba sentado.

Se detuvo justo a tiempo de llevarse la mano al hombro en busca de un dolor inexistente.

«Relájate».

«Respira».

No hacía falta ser un genio para saber de dónde venía aquel dolor imaginario.

La última vez que había escalado con una mujer, había estado a punto de matarla.

Había conocido a Raquel un par de días antes y habían pasado la mayor parte del tiempo juntos en la cama. Luego, ella le pidió ir de escalada. Aunque había escalado durante años, no era una escaladora particularmente buena, así que Gael eligió lo que le pareció una ruta fácil; por una vez, quería quitarse de encima la escalada y volver a la cama juntos.

Gael lideró el ascenso. Acababa de pasar el quinto mosquetón cuando ocurrió. Un trozo de piedra caliza del tamaño de un puño, que había estado allí desde hacía millones de años, eligió justo ese momento para moverse. Dio vueltas en el aire al caer. Gael recordaba haber gritado «¡roca!» a su aseguradora.

La chica alzó la mirada y retrocedió un paso y, con aquel movimiento, tiró de la cuerda de su arnés. Gael supo lo que iba a pasar un instante antes de que Raquel cediera al instinto. Se protegió la cabeza con las manos, soltando la cuerda en el proceso. Gael se apretó con fuerza contra la roca, confiando en engancharse a ella a pesar de haber perdido ya el equilibrio. Entonces una segunda roca cayó desde arriba, dándole un golpe. Oyó el terrorífico sonido de la

cuerda deslizándose por el mecanismo, sin apenas tensión, mientras caía a plomo al suelo.

Se giró en el aire para evitar la zona donde había visto a su aseguradora; su escápula se fracturó con el impacto y luego sintió un dolor agudo cuando algo se comprimió en la espalda. Recordaba haberse arrastrado hacia Raquel, aunque en aquel momento no recordaba ni su nombre. Las rocas alrededor de la chica estaban salpicadas de sangre. Estaba inconsciente y sangraba por una herida en la cabeza. Durante un instante, temió haberla golpeado en la caída. Ninguno de los dos llevaba teléfono, así que no podía pedir ayuda. De algún modo, con un único brazo funcionando, Gael logró cogerla y llevarla hasta un bar de la zona, donde alguien llamó a una ambulancia. No recordaba mucho de ese momento. Todo era una nebulosa de dolor en su mente.

En el hospital se había enterado de que, por suerte, no la había golpeado. Su única herida se la había provocado la roca, arañándola en la caída, y se había recuperado rápido.

Con el tiempo, la espalda y la escápula de Gael también sanaron y los doctores lo consideraron «un buen desenlace general»; uno que al noventa y nueve por ciento de la población le habría bastado, pero no a un escalador profesional.

Dejó de quedar con Raquel. No porque ella lo culpara, sino porque, cada vez que la miraba, la recordaba sangrando en el suelo otra vez y le entraban ganas de vomitar.

Había tenido suerte de descubrir que, justo cuando su carrera como escalador profesional llegaba su fin, había otros trabajos que podía hacer; y aún más suerte de que un viaje a Europa lo hubiera conducido allí, a Chamonix y al PGHM.

Desde entonces, Gael había evitado escalar con mujeres. De hecho, había evitado escalar con cualquier persona, con la única excepción de los otros miembros de su equipo y de Rémy, todos escaladores experimentados y conscientes de los riesgos.

—¿Gael? ¿Has oído lo que te he dicho?

Gael tragó saliva con fuerza. No había oído una sola palabra ni falta que le hacía.

—Lo siento, Damien, pero me temo que es imposible.

—¿Qué es imposible? —dijo una voz ronca a su espalda. Gael se giró para identificar su origen. Pertenecía a una mujer pequeña y voluptuosa con el pelo de un color plateado claro, cortado a la altura de los hombros. Pero lo que captó su atención fue la mirada desafiante de sus ojos oscuros.

—Eh… Gael, esta es Diana Granger —los presentó Damien.

—Nos conocimos brevemente el verano pasado —intervino ella.

Gael asintió con rigidez. La recordaba del evento sobre el cambio climático celebrado en el Majestic, donde él y su equipo habían prestado servicios de seguridad y ella había sido una de las ponentes. En aquella ocasión, su belleza y elegancia lo habían dejado mudo. Ahora también se quedó sin palabras, pero por un motivo distinto.

—Eres un gran escalador. He visto algunos de tus primeros vídeos haciendo escalada libre por toda Latinoamérica. Son impresionantes.

«Ya, pero ese escalador ya no existe».

Gael se encogió de hombros sin darle ni quitarle la razón. Rotó el hombro derecho sin querer. Por el rabillo del ojo, vio a Damien cogiendo el teléfono y retrocediendo un paso, concentrado por completo en la llamada que acababa de recibir.

—Bueno, ¿qué era eso imposible? —dijo Diana, repitiendo la pregunta.

Diablos. Gael no quería ofenderla.

—No puedo escalar contigo —dijo simplemente.

—No me has preguntado si soy buena escalando.

«No lo he hecho porque no me importa».

«Es hora de zanjar esta conversación».

—No te ofendas, pero me da igual, no vamos a escalar juntos.

Los ojos de Diana chispearon y Gael se dio cuenta de que aquel comentario le había dolido.

—¿Y si soy mejor escaladora que tú?

«Improbable».

Sus ojos recorrieron su voluptuoso cuerpo con rapidez. Sus brazos parecían fuertes, pero no tenía la masa muscular ni la relación potencia-peso de una escaladora profesional. Lo que sí tenía eran curvas para parar a un tren.

Usando toda su fuerza de voluntad, Gael se obligó a volver a mirarla a los ojos, que destellaban de emoción.

En realidad, no importaba lo buena que fuera. Gael no quería escalar con ella. Había otras cosas que le habría gustado hacer con ella, en circunstancias distintas. Pero ahora mismo, lo único que quería era irse de allí.

Soltó una risotada para ocultar su incomodidad.

—¿Lo eres?

Suspiró con suavidad y reculó. Su voz, que ya era grave, bajó una octava.

—Sabes que no. Pero pienso hacer esto contigo o sin ti.

Miró sus hermosos ojos oscuros y supo que decía la verdad. Y de pronto, la posibilidad de que fuera a hacer aquello sola o con otra persona y acabara herida en el proceso le pareció incluso más intolerable que la idea de escalar con ella.

Diana sacó una pequeña tarjeta del bolsillo y la dejó perfectamente centrada en la mesa frente a él.

—Llámame si cambias de opinión.

Gael la tomó de la muñeca con delicadeza. Sintió su pulso palpitando tras su pulgar.

—Hagamos una ruta juntos.

Diana arqueó las cejas con sorpresa.

—¿El Petit Dru?

—No, una ruta que elija yo. Haremos los dos primeros largos para ver qué tal va. Más allá de eso, no te prometo nada.

Se lo pensó durante un rato. Gael casi podía ver los engranajes girando en su mente.

—Una prueba.

Gael asintió. No le importaba que pensara que quería ponerla a prueba. En realidad, era él el que necesitaba comprobar si podía hacerlo, si podía volver a escalar con una mujer.

—Me parece justo —dijo Diana por fin. Sus labios se curvaron en una media sonrisa. Solo fue eso, pero Gael sintió el calor en su entrepierna y se alegró de que hubiera una mesa entre ambos.

4



Gael

Gael se dio cuenta de que una buena razón para no escalar con ella era que se trataba de una actividad muy incómoda para hacer empalmado.

«Concéntrate, pinche idiota».

Para ser justos, aún no habían empezado a escalar, pero Diana tenía un aspecto espectacular con aquellos *leggings* ajustados y el top sin mangas. Joder, ni siquiera tenía que mirarle el culo. La mera visión de sus tobillos desnudos, aquella pálida franja de piel entre los *leggings* y los pies de gato bastaba para ponerlo a cien.

Bajó la vista y contó los mosquetones que llevaba en el anillo ventral de su arnés para confirmar que no había perdido ninguno. Cuando estuvo seguro de que mantenía el control, alzó la mirada de nuevo para concentrarse en el equipamiento de escalada de Diana y no en su cuerpo.

Lo llevaba todo, pero había algo que fallaba. Tardó un momento en darse cuenta de lo que era. No había ni una mota de polvo en su arnés, ni un arañazo en la suela lisa y gomosa de sus zapatos. Todo parecía recién estrenado. Una alarma se encendió en su cabeza.

Algo en su expresión debió de delatarlo. Diana apretó sus labios rojos y luego soltó un leve suspiro.

—Probablemente, te estás preguntando si sé lo que estoy haciendo.

Gael asintió, sorprendido de que le hubiera calado con tanta facilidad.

—Sé lo que estoy haciendo. Pero todo mi equipo de escalada está en Grenoble, así que ayer fui a Decathlon y compré casi todas estas cosas.

Gael se relajó un poco. Tenía sentido. No todo el mundo viajaba con su equipo de escalada en la parte trasera de su *pick-up* como hacía él. Quería escalar, así que había tenido que comprar material nuevo. Era creíble. Y Damien conocía los riesgos; no habría sugerido aquello si Diana fuera una principiante.

Sin embargo, había algo más que no le estaba contando. Gael esperó pacientemente. La paciencia no era algo natural en él, más bien una cualidad que había ganado a base de trabajarla mucho durante años.

Por fin, Diana suspiró.

—Sé lo que estoy haciendo —repitió—, pero ha pasado un tiempo desde la última vez que escalé.

—Define «un tiempo».

—Cinco años —susurró—. Mes arriba o abajo.

Gael mantuvo una expresión neutra, pero resopló por dentro.

«Mejor descubrirlo ahora que cuando estemos a veinte metros de altura».

«Quizá todo esto sea rápido y podamos acabar el día en la cama».

Se estremeció. A veces era un verdadero capullo.

—Vale, veamos qué es lo que recuerdas.

—¿En serio? ¿Aun estás dispuesto a escalar conmigo? —preguntó, dubitativa.

—Hemos venido hasta aquí, ¿no?

Diana se lamió los labios, revelando el borde rosado de su lengua.

—¿Cómo lo hacemos?

Gael tragó saliva con fuerza. Él se encargaría de asegurarla mientras escalaba, por supuesto; aún no estaba preparado para hacerlo al revés.

—Tú subes este primer largo. Yo te aseguraré.

Se apartó un poco y dejó que repasara la lista de pasos antes de iniciar el ascenso, algo sorprendido de que no le irritara su silencio.

Diana empezó por comprobar ambos arneses, confirmando que las correas pasaban dos veces por las hebillas. Comprobó también el nudo de ocho que unía el extremo de su cuerda con el arnés y después, el nudo al final de la cuerda de Gael antes de pasar a examinar los cascos. Apretó los dientes para no jadear cuando su dedo le acarició el cuello mientras comprobaba la correa de su barbilla.

«Jesús».

Tendría que habérsela cascado en la ducha antes de quedar con ella.

Diana agarró el asegurador. Tenía las manos pequeñas pero perfectas, con uñas cortas y lustrosas. Gael se preguntó qué sentiría al tocarlas con sus palmas callosas; si serían tan suaves como parecían. Cogió aire con fuerza, tratando de recuperar el control de nuevo.

«¿Qué tiene esta mujer?».

Diana se tomó su tiempo, confirmando que la cuerda se deslizaba de forma adecuada. Mientras examinaba esta última, comprobando el nudo del extremo, Gael comenzó a relajarse. Diana era cuidadosa y concienzuda, y era obvio que sabía lo que estaba haciendo. Si de verdad habían pasado cinco años desde la última vez, tenía una memoria excelente para los detalles.

«Veamos si su memoria muscular es igual de buena».

—Ahora las instrucciones —le dijo. No iba a permitir que nada se inmiscuyera en su seguridad.

—¿Listo? —preguntó, dudosa.

—Listo.

—Voy.

—Venga —respondió Gael—. ¿Y si necesitas más cuerda?

—¡Cuerda! —gritó, esta vez con más seguridad.

—¿Y si has llegado a un punto de descanso?

—Libre —dijo con rapidez.

—Así es —confirmó—. ¿Y si crees que vas a caerte?

—¡Cayendo!

Gael asintió.

—Vale, creo que estamos listos. Manos a la obra.

Un mechón de cabello plateado se soltó de su corta coleta. Diana se lo pasó por detrás de la oreja con impaciencia. Gael sintió que se le secaba la garganta mientras miraba su esbelto cuello y la sensación empeoró cuando la mujer se giró para encararse con la roca.

Si no hubiera sido ya de esos tíos que preferían el culo a las tetas, la forma en la que los *leggings* se ceñían a sus nalgas lo habrían convertido en uno. Se concedió un último vistazo mientras Diana aún tenía los pies firmemente asentados en el suelo y luego superó el deseo. Para cuando la mujer se agarró a la pared, Gael estaba concentrado por completo en la tarea.

—Voy —dijo ella.

—Venga.

Con los pies a la anchura de sus hombros, Gael siguió los movimientos de Diana conforme subía por el muro con las manos cerca de su pelvis y la parte superior de su espalda, preparado para dirigir su caída por si llegase a suceder durante esos primeros metros. En cuanto ella se enganchó al primer punto, Gael tomó una postura más normal para asegurarla.

Olvidado el deseo, ahora la vigilaba con un interés profesional. Sus primeros movimientos tentativos le dijeron que ella no le había mentido antes. Había pasado tiempo desde la última vez

que había tocado roca. Pero también podía ver que era mejor escaladora de lo que había dicho.

Mientras Diana se enganchaba al segundo punto, Gael dio un corto paso hacia adelante y luego volvió a su posición original. Había elegido una ruta que conocía bien a propósito y sabía en qué momento iba a encontrar el primer problema. Mientras Diana se detenía a considerar su siguiente movimiento, Gael tiró de la cuerda ligeramente; no tanto como para entorpecerla o tirar hacia abajo, pero lo bastante para hacerla saber que estaba atento y que no iba a dejarla caer.

—Tú puedes, Diana.

Era demasiado baja para llevar a cabo el movimiento por el que habría optado Gael y se preguntó qué haría. Observó, impresionado, cómo iniciaba un cruce de brazos, alcanzando con la mano derecha un asidero que estaba más allá de su izquierda mientras se impulsaba hacia arriba.

«Sí».

Gael observó, fascinado, cómo ascendía la pared de roca, percatándose de que compensaba de sobra con ingenuidad y creatividad lo que le faltaba de fuerza y de altura. Despacio, comenzó a relajarse. Incluso disfrutó de la escalada a medida que el miedo y la preocupación que había sentido desde que escaló con Raquel se disipaban.

Diana

Volver a entrar en contacto con la roca le sentó bien.

Al principio no estaba segura de ser capaz. Cuando Gael aún estaba mirándola, antes de alcanzar el primer anclaje, le había parecido que su cuerpo pesaba más de doscientos kilos. Agarrarse a la roca como una enorme lapa no la hacía sentirse como una escaladora y la idea de tener a Gael debajo, mirando su enorme culo, bastaba para darle escalofríos.

Entonces enganchó la primera cinta y, como por arte de magia, los nervios desaparecieron. De pronto podía respirar y recordó todas las cosas que le gustaban de aquel deporte.

Sentía la mirada de Gael sobre ella todo el tiempo. Era un asegurador cuidadoso y considerado, de los que reconocían que estaba dejando su vida en sus manos y estaba listo para esa responsabilidad. Por supuesto, ayudaba bastante que Gael tuviera tanta experiencia. Probablemente, sabía con exactitud lo que Diana iba a hacer mucho antes de que lo hiciera.

Se detuvo, sin saber dónde ir a continuación. Los brazos le dolían por el esfuerzo. Estaba recurriendo demasiado a ellos y no lo suficiente a las piernas, como les pasaba a los principiantes.

—Tú puedes, Diana —dijo Gael con tranquilidad.

Aquellas palabras le dieron la confianza que necesitaba para atreverse con el siguiente movimiento. Rio en voz alta cuando descubrió que había llegado al siguiente asidero y siguió trepando.

Se preguntó a si misma por qué había abandonado la escalada. Tendría que haber seguido, incluso si Frederic no lo hacía, o haber dejado a Frederic si es que se oponía tanto a la escalada.

No era un error que fuera a cometer de nuevo «si» —y era un «si» muy grande— volvía a liarse con otro hombre.

Para cuando llegó a la cornisa en lo alto del largo, tanto sus brazos como sus piernas temblaban de agotamiento, pero era una buena sensación. Sintiéndose más viva que en mucho tiempo, se enganchó con rapidez al anclaje de la cornisa.

—¡Libre! —gritó.

—¡Vale!

Diana se preparó y recogió la holgura de la cuerda.

—Listo —gritó cuando estuvo preparada.

—Voy —dijo Gael en respuesta, y empezó a trepar.

Al contrario que ella, no parecía tener ningún problema lidiando con la roca, si bien Diana no esperaba otra cosa. Ascendió por la pared con la misma facilidad con la que daría un paseo matutino. Los músculos de sus brazos y su espalda brillaban bajo el sol mientras se agarraba y forcejeaba, acercándose más y más a ella en una muestra de exquisita fuerza.

Se había quitado la camiseta y, a medida que se aproximaba, Diana se percató de que tenía un tatuaje oscuro en la espalda. Era algún tipo de animal. Fuera lo que fuera, la puso a cien. Verlo escalar también la excitaba. Su cuerpo era duro como la roca, y no parecía tener ni un gramo de grasa en su cuerpo, solo un montón de músculos firmes.

Sintió como el calor crecía en su interior al pensar en lo que sería toda esa fuerza, equilibrio y concentración en el dormitorio. Cogió aire. Frederic y ella habían dejado de tener sexo mucho antes del divorcio y Diana no había estado segura de que pudiera volver a experimentar deseo. Sentirlo ahora, tan poco tiempo después de haber conocido a alguien…

Antes de que pudiera ahondar en aquel pensamiento, Gael se impulsó junto a ella,

enganchándose con rapidez a un anclaje que había a su lado. Le dedicó una amplia sonrisa y Diana se dio cuenta de lo mucho que estaba disfrutando.

Sintió un momento de vergüenza por habérselo comido con los ojos. Confiaba que entre sus talentos no se contara el leer mentes.

—¿Qué tal la experiencia, Diana?

La forma en la que pronunció su nombre hizo que algo se encogiera en su interior. Aunque su pronunciación era casi perfecta, sus frases tenían una ligera entonación cantarina y cuando dijo su nombre, la hizo sentir…

—Muy bien —dijo con rapidez, concediéndose una ligera sonrisa—. Realmente bien.

Gael rio, una carcajada con la boca abierta que hizo relucir sus dientes blancos. Las comisuras de sus ojos verdes y brillantes se arrugaron.

—Sienta bien estar aquí arriba, ¿verdad?

Parecía casi sorprendido, como si no esperara divertirse.

—Entonces, ¿he superado la prueba?

Gael sacudió la cabeza.

—Aún no. Dijimos dos largos, ¿no?

Movió la cabeza, asintiendo. Ahora que había descansado un poco, se sentía lista para el desafío.

—¿Vuelvo a ir primero yo?

Gael negó con la cabeza despacio.

—Esta vez voy a ir delante. Siempre y cuando no te importe asegurarme, claro está.

Agradeció aquella muestra de confianza. Quería demostrarle que se tomaba aquella responsabilidad en serio.

—Puedes confiar en mí —se limitó a decir.

Gael dio un asentimiento seco y a Diana le dio la impresión de que había muchas cosas que no le estaba contando.

—Peso mucho más que tú —dijo Gael.

—Entonces mejor asegurarte directamente desde el anclaje, ¿no?

Gael asintió, satisfecho con la sugerencia.

Diana se concentró en la tarea. La parte más difícil de asegurar a un escalador competente era garantizar que tuviera suficiente cuerda disponible lo bastante rápido, sin dejarla demasiado suelta. Gael ascendió hasta lo alto en cuestión de minutos y volvió a ser su turno.

Para cuando Diana llegó arriba, los brazos le ardían por el esfuerzo y las piernas y los pies la estaban matando. Tomó la mano que le ofrecía Gael y este tiró de ella hacia arriba, alejándola del borde con un movimiento fácil. La alegró que volvieran a pie y que pudiera cambiarse aquellas botas de escalada tan apretadas y ponerse las cómodas zapatillas que llevaba en la mochila. Había olvidado lo que se sentía al tener los pies comprimidos durante horas en aquel calzado.

Mientras lo hacía, Gael buscó la botella de agua en su mochila y se la ofreció. Diana dudó —tras vivir con Frederic, que era misófobo, se había acostumbrado a analizar todo lo que se llevaba a la boca— antes de coger la botella. Le dio un trago largo. Nunca nada le había sabido tan bien.

—Las vistas son increíbles. —Observó las montañas nevadas que había a su alrededor y luego volvió a mirar a Gael—. Tan hermosas.

Mientras Gael se cambiaba las botas de escalada, Diana volvió a ver el oscuro animal que llevaba tatuado en la espalda. Parecía muy real, como si en cualquier momento pudiera saltar de su espalda.

—¿Es un jaguar? —preguntó sin poder evitarlo.

A Gael pareció gustarle que lo reconociera.

—*Un jaguar* —dijo en español—. Es un animal sagrado.

Se agarró al arnés que llevaba en las caderas para contenerse y no tocar su espalda.

—Me gusta.

—Es casi la hora de comer. No he traído un almuerzo de verdad, pero sí algunos aperitivos —dijo Gael. Diana soltó una carcajada cuando sacó una bolsa de nachos—. ¿Qué? Esta bolsa tiene suficientes hidratos de carbono y sodio para mantenernos activos toda la tarde.

Cogió un nacho y lo mordisqueó.

—Y bien, ¿qué tal lo he hecho? ¿Volverás a escalar conmigo?

—¿Estás segura de que quieres subir al Petit Dru? —Gael lo preguntó de forma educada, pero parecía escéptico—. Hay rutas más sencillas.

—Voy a escalar el Petit Dru —respondió, sin importarle sonar testaruda. No iba a conformarse con ninguna otra cosa—. Sé lo que estás pensando: que no estoy lista y que tendría que hacer un montón de entrenamiento antes.

—Lo que estaba pensando es que el jueves tengo el día libre —replicó—. Podemos salir de nuevo.

Diana cogió aire, sorprendida. Era poco habitual dejarla sin palabras.

—Estaría bien, gracias —dijo por fin.

—También me gustaría llevarte a cenar el viernes.

Diana se puso tensa.

—No tiene nada que ver con la escalada —añadió con rapidez—. Vamos a escalar juntos de todas formas. No tienes por qué decir que sí a la cena. Pero tampoco tienes por qué decir que no.

Diana no movió la cabeza. Su cerebro no le dejaba decir que sí, pero al mismo tiempo su cuerpo no le permitía negarse.

Gael rio, se metió un nacho en la boca y lo masticó ruidosamente.

—No has dicho que no. Ya sabes que eso significa que puedo seguir intentándolo, ¿verdad?

«Eso espero».

Bloqueó aquel pensamiento tan rápido como llegó, pero siguió recordándolo durante todo el trayecto de vuelta desde la montaña.

5



Diana

Diana corrió por su apartamento buscando el teléfono que estaba sonando. Los músculos de sus piernas protestaron por las dos sesiones de escalada con Gael aquella semana, pero era un dolor bueno, la clase de dolor que le recordaba que se estaba poniendo en forma.

Por fin encontró el teléfono, que estaba en el bolsillo de su cazadora. Era un número desconocido; una llamada local. Lo cogió, esperando que no hubiese saltado aún el buzón de voz. Si era Gael, no quería perder la llamada.

—¿Hola? —dijo sin aliento.

—Hola, Di.

Se quedó helada al oír esa voz. La decepción de que no fuera Gael se mezcló con un sentimiento más duro y amargo.

—Kyle. —Aquella palabra brotó de su boca como un suspiro estrangulado. No esperaba volver a oír su voz. No quería volver a oír su voz.

—Me alegro de oírte otra vez, Di. ¿Qué tal estás? —Su voz sonaba más cálida. Diana sabía que su carisma era como un grifo: podía abrirlo o cerrarlo a voluntad.

Un montón de pensamientos entraron en conflicto en su cabeza.

«Me llamo Diana, no Di».

«¿Cómo has conseguido mi número?».

Pero se contuvo. Era mejor esperar a ver lo que quería.

—Voy a pasar unos días en la ciudad y he pensado que podíamos tomar un café juntos —dijo con sencillez.

«Solo unos días. Al menos, eso es una buena noticia».

Consideró y descartó varias excusas. Si algo caracterizaba a Kyle, era su determinación. Si quería verla, encontraría la forma de hacerlo. Era mejor controlar el momento y el lugar.

—Tómate un café conmigo por los buenos viejos tiempos, Di —la cameló.

—Puedo quedar esta tarde —dijo Diana—. ¿A las cuatro en el café Matamata?

Las cuatro era una hora segura. Lo bastante pronto para dejar claro que no cenarían juntos después.

—Genial, allí nos vemos. —Su voz había perdido parte del entusiasmo. Diana casi sintió lástima por él. No podía imaginarse a Kyle bebiendo tranquilamente un café en ninguna de las cafeterías de la ciudad. Y, aun así, eso era justo lo que le había propuesto. No lo quería cerca de su madre o de sus tías.

Kyle y ella habían mantenido una relación estrecha en el pasado. Nunca habían estado enamorados el uno del otro, pero sí enamorados de la misma causa. Se conocieron en una manifestación por el cambio climático cuando ella tenía dieciocho y él veinticinco. En aquel momento la diferencia de edad no le importó. Compartían la pasión de proteger el medio ambiente y, durante un tiempo, eso bastó.

En aquella época, Kyle estaba en proceso de formar Last Act, una organización de activistas por el cambio climático. Diana se unió sin dudarlo. En su ingenuidad, había pensado que el activismo podría arreglar todo lo que estaba mal en el mundo.

Mientras el movimiento crecía, Kyle insistió en que se comprometieran a no ser violentos. Al principio, a Diana le pareció un gesto de rectitud moral; se sintió orgullosa de estar junto a aquel hombre, orgullosa del impulso que estaban ganando. El mundo parecía lleno de oportunidades.

Un día, organizaron el bloqueo de una fábrica de carbón. Un grupo de integrantes viajó a una

de las fábricas de carbón más grandes de Alemania para protestar contra el incremento de la dependencia de combustibles fósiles. Emplearon sus propios cuerpos para detener el tráfico en las tres puertas. Si cerraba los ojos, Diana aún podía recordar el peso de la cuerda que la ataba a la siguiente persona de la fila y, más allá, a la doble verja. Habían supuesto que, si nada podía entrar o salir, las actividades de la fábrica de carbón se paralizarían.

Pero no tuvieron en cuenta que las cosas en la vida nunca son tan claras. Su bloqueo pacífico estuvo a punto de matar a un hombre cuando detuvo una ambulancia que se dirigía a atender a una víctima que había sufrido un ataque al corazón.

Diana suspiró. Era un milagro que el hombre no hubiera muerto. Al final, lo único que no sobrevivió al desenlace fue el respeto que Diana sentía por Last Act y por Kyle.

Ella insistió en que tenían que investigarlo, descubrir lo que había pasado y, más importante, cómo podían evitar que algo parecido ocurriera en el futuro. Kyle se rio en su cara.

—¿Por qué crees que insisto en no recurrir a la violencia? —le había preguntado con frialdad.

—Porque la violencia está mal —había respondido Diana rápidamente.

—¿Mal? Nos hemos comprometido a no ser violentos porque la violencia solo nos aleja de nuestro objetivo. Aún no es el momento adecuado para la violencia.

—¿El momento adecuado? —gritó, esperando que fuera un malentendido—. Nunca va a haber un momento adecuado para la violencia.

Su siniestra carcajada le aclaró todo lo que necesitaba saber. Abandonó Last Act y se matriculó en la universidad en busca de su propia forma de activismo: una basada en la ciencia y los hechos. Y, a pesar de que a veces veía a Last Act en las noticias, no había vuelto a ver a Kyle ni había pensado en él en los últimos años.

«Hasta hoy».

Diana eligió a propósito una cafetería a la que pudiera llegar caminando desde la casa de su madre. Necesitaba el paseo para aclarar su mente. Mientras se dirigía hacia allí, pensó en lo mucho que había cambiado durante los últimos quince años y en si Kyle habría cambiado también; se preguntó por qué la había contactado ahora. Pronto lo averiguaría.

Llegó al Matamata a las cuatro menos cinco. Quería estar temprano y tener tiempo para orientarse antes de volver a ver a Kyle, pero cuando entró, descubrió que ya estaba allí, en la mesa de la esquina al fondo.

Estaba sentado, erguido como un palo, en la silla que miraba a la puerta. Diana no estaba segura de qué esperaba encontrarse —un tipo de cuarenta y pico años barrigón y con calvicie incipiente—, pero, desde luego, no al hombre atractivo que estaba frente a ella.

—Di —dijo mientras se levantaba con caballerosidad.

—Hola, Kyle. Ahora todos me llaman Diana.

—Diana. —Pareció saborear la palabra durante un largo instante—. Por supuesto. Trataré de acordarme. Me alegro de verte, estás estupenda.

Los años lo habían tratado bien, hasta el punto de que ahora tenía mejor aspecto que con veinticinco. Aún llevaba el pelo rubio largo, recogido en una coleta que de algún modo parecía regia y seria al mismo tiempo. Se había mantenido en forma y, a pesar de su complexión alta y desgarbada, había adquirido más masa en los hombros. Ahora parecía más fuerte.

Diana alzó la vista hacia sus profundos ojos de un azul frío y se estremeció. No habían cambiado.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó Kyle con rapidez.

—Descafeinado, por favor. —No quería pasarse toda la noche despierta.

Un minuto después, Kyle estaba de vuelta con dos cafés.

—Me alegro de verte —repitió sonriendo.

—¿Cómo te va, Kyle? ¿Qué tal Last Act?

Kyle sonrió orgulloso.

—Bien, bien. Ahora somos cientos y estamos más cerca que nunca de alcanzar nuestro objetivo.

Se preguntó con tristeza si sus seguidores seguirían siendo sobre todo gente joven. Había seguido el movimiento desde lejos y, hasta donde sabía, aún seguían evitando meticulosamente la violencia, pero recordaba sus ominosas palabras y sabía que eso podía cambiar en cualquier momento.

Kyle se recostó en la silla y extendió las manos.

—Mira a toda esa gente, Di… Diana… Bebiendo café como si no pasara nada. Nosotros sí estamos al tanto, ¿verdad? Sabemos que el mundo que conocemos está desapareciendo más rápido que el hielo de sus caros *frappuccinos*.

Diana se encogió de hombros sin darle ni quitarle la razón. Kyle y ella llevaban mucho tiempo sin formar parte de un «nosotros», pero, más importante aún, no creía que culpar a los individuos fuera a mejorar la situación climática.

—He estado pendiente de tu trabajo —le dijo Kyle—. Estoy muy orgulloso de ti.

Aunque sonrió al decirlo, algo en su tono rechinaba. Diana le dio un sorbo al café y esperó, confiando en que no tardara en ir al grano. Por fin, cuando no pudo aguantar más, dejó la taza sobre la mesa frente a ella y lo miró a los ojos.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Kyle? ¿Qué es lo que quieres?

—Qué directa. Has cambiado, Diana.

—Estoy segura de que todos hemos cambiado. Han pasado quince años.

—Yo no he cambiado y tampoco Sven. Se convirtió en mi mano derecha cuando te fuiste. No es tan atractivo o encantador como tú, pero… —Soltó una risotada y luego se detuvo en seco cuando vio que ella no se unía a la risa. Durante un instante, su encantadora sonrisa flaqueó.

—¿Qué quieres de mí?

—Quería verte y ponernos al día. Podríamos aprovechar a alguien con tu talento y experiencia, Diana. Alguien que sepa de ciencia. Eso es lo que nos falta, ¿sabes? La última pieza que se nos escapa.

Las palabras que Kyle había pronunciado hacía quince años resonaron en sus oídos.

«Aún no es el momento adecuado para la violencia».

«¿Y si ahora piensa que ha llegado el momento?».

—¿Qué me dices, Di… Diana? ¿Nos ayudarás? —Su voz profunda bajó una octava—. Aún queda mucho trabajo por hacer.

Diana estuvo a punto de echarse a reír. ¿De verdad le funcionaba esa forma de hablar? ¿Había funcionado con ella en el pasado? Le costaba recordar cómo era cuando tenía dieciocho años. Sabía que había admirado a Kyle. La había halagado que él se fijara en ella. Pero incluso mientras caía presa en su red de adulaciones, siempre había sabido que perseguía sus propios intereses.

Se dio cuenta de que aún estaba esperando a que respondiera y sacudió la cabeza lentamente. Ya no tenía dieciocho años.

—No, Kyle, eso no va pasar. Tengo un trabajo que me encanta. No busco nada más.

—Esto no tendría por qué ser un trabajo —razonó, aun sonriendo—. Piensa en todo lo que podríamos hacer juntos.

Aquella palabra hizo que se le erizaran el vello de la nuca y los brazos. Un lado animal y primitivo en ella era capaz de detectar el peligro.

—He dicho que no, Kyle.

Kyle asintió, sin parecer ofendido en absoluto. Como si esperara su respuesta.

—Lamento oírlo, Diana.

Se fue poco después con la excusa de que tenía un compromiso previo. Solo cuando se hubo marchado, Diana se dio cuenta de que no había tocado la taza de café que había tenido frente a él.



Gael

No estaba acosando a Diana. De hecho, incluso había evitado girarse al verla para que ella no pensara que la estaba siguiendo. Luego se detuvo, consciente de que ahora se estaba comportando como un idiota.

Chamonix era una ciudad pequeña y Diana estaba saliendo de una cafetería que estaba justo al lado de la tienda de deportes favorita de Gael. Había gastado mucho dinero allí; sentía debilidad por el equipo de escalada de buena calidad. También había comprado regalos para sus sobrinas y sobrinos, no porque pensara que podía compensar no verlos crecer, sino porque quería que supieran lo mucho que se acordaba de ellos.

Hoy había ido a buscar un nuevo Grigri. Se había dado cuenta de que Diana no llevaba uno y quería conseguírselo antes de que salieran a escalar otra vez juntos. Ya estaba intentando reservarle un día en su calendario para la semana siguiente, incluso si acababa debiéndole un favor a su equipo.

Diana aprendía rápido. Si seguía así, estaría lista para el Petit Dru en cuestión de semanas. Y Gael estaría allí con ella en cada fase del proceso.

«Habla con ella».

«Podéis elegir el Grigri juntos».

Para cuando tomó la decisión, Diana casi había desaparecido, pero la alcanzó con facilidad.

—¡Diana! ¡Espera! —gritó.

Se giró. Durante un instante, parecía casi asustada.

«¿Qué le pasa?».

Entonces parpadeó y, cuando volvió a abrir los ojos, la impresión se desvaneció y llegó a pensar que quizá se lo había imaginado. En cambio, su rostro se iluminó con una sonrisa. Gael se recreó en ella. Era mucho más hermosa de lo que recordaba.

—Gael, ¿cómo estás?

—Bien, ¿tienes cinco minutos? Quiero enseñarte algo.

Diana asintió rápidamente, lo siguió al otro lado de la calle y bajaron los escalones que conducían a la pequeña tienda. Intentaba no pensar en lo mucho que estaba disfrutando aquel momento.

—Guau, ni siquiera sabía que esto estaba aquí.

—Es mi tienda de escalada favorita.

—Bueno, ¿y qué estamos buscando?

—Un Grigri.

—¿Necesitas un Grigri? —preguntó ella.

—Yo no, tú. Quería comprarte uno, pero, ya que estás aquí, puedes ayudarme a elegirlo.

—No puedes comprarme un Grigri así porque sí. —Diana rio.

—Claro que puedo —replicó él.

Diana pareció darse cuenta de que hablaba en serio, porque dejó de discutir.

—Bueno, pues es un tremendo detalle por tu parte. —Sonaba sorprendida, como si hubiera pasado mucho tiempo sin recibir un regalo—. ¿Cuál elegirías tú?

Comenzaron una acalorada discusión sobre los pros y los contras de los diferentes modelos. Por fin, Diana acabó convenciéndolo de que había sugerido la mejor opción.

—Vale, entonces nos quedamos con este. Pero puedo comprarlo yo, Gael, no tienes por qué hacer esto.

Gael prestó mucha atención a su lenguaje corporal para asegurarse de que no la enfadaba de verdad que quisiera regalarle el Grigri. Existían diferencias culturales entre México y Europa a las que tenía que prestar atención. Pero esa vez no había problema. Su expresión bullía de placer…, quizá de deseo…, pero no la vio avergonzada en absoluto.

—Quiero hacerlo. Y, además, quiero hacer otra cosa.

Diana rio.

—¿Qué cosa?

—Me gustaría llevarte a cenar. Hay un restaurante mexicano a las afueras. No es tan bueno como los mejores de Ciudad de México, pero tampoco es tan malo como los peores.

Diana pareció ponderarlo un momento.

—¿Qué edad tienes, Gael?

Aquel fue su turno de soltar una carcajada.

—¿Acaso importa? —preguntó, dando un paso para acercarse. No llevaba perfume. Desde donde estaba, podía oler el aroma suave, fresco y natural que despedía.

—A mí me importa.

—Veintiocho —dijo Gael.

—Soy mayor que tú.

—Vale…

—Tengo treinta y seis, ¿sabes? —Suspiró, como si tuviera que deletreárselo todo—. Eso significa que cuando tú naciste, yo tenía ocho años.

—Vale. —Gael aún no sabía a dónde quería llegar con eso.

—Algunos de mis estudiantes tienen tu edad. Soy demasiado mayor para ti —le dijo, sacudiendo la cabeza.

«¿Demasiado mayor para mí?».

Gael sintió la necesidad de pasar la mano por la nuca de su delgado cuello.

«Más bien perfecta para mí».

—Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena, Diana.

—Ah, ¿sí?

—Solo es una cena —le dijo, tratando de no sonar tan desesperado como se sentía.

Aquel último comentario pareció suavizarla. Sus labios se abrieron en una media sonrisa.

—Solo una cena.

Gael ya sabía que no iba a ser una simple cena para él. Sería la cena y lo que viniera después. Pero no quería volver a ponerla nerviosa.

—De acuerdo. Entonces iremos solo a cenar.

—Tengo una cita para escalar con un grupo de niños de siete años el sábado. Cena conmigo después. Eso me dará un motivo para sobrevivir al día.

Diana se rio.

—Trato hecho.

6



Diana

Una pared del restaurante estaba cubierta de coloridas esculturas de animales.

Diana miró a la bestia fantástica que había tras la cabeza de Gael. Parecía un burro con alas de mariposa.

—¿Qué es eso?

—Un *alebrije* —dijo Gael, girando la cabeza para mirarlo. La forma en la que pronunció la palabra en español hizo que su corazón latiera más deprisa. Quizá podía conseguir un diccionario para que se lo leyera en voz alta—. Están hechos de papel maché.

—Es como si hubieran salido de un sueño —dijo Diana—. O de una pesadilla.

Gael sonrió.

—No andas muy desencaminada. El creador original era un artesano que enfermó. En sus sueños febriles, estaba en un bosque rodeado de criaturas salvajes de colores extraordinarios. Cuando se recuperó, recreó esas figuras en su taller.

—¿Cómo sabes todo eso?

Gael rio con franqueza.

—Todos los mexicanos que tienen más de cinco años conocen la historia de Pedro Linares.

—Oh.

—Compartiré un secreto contigo. Siempre me ha parecido un poco escalofriante.

Diana sonrió.

—Tal vez un poco. Pero son bonitos. —Dio un sorbo al margarita que le había pedido Gael; estaba ácido, frío y salado. Después, tomaría un poco de quesadilla *huitlacoche*—. La comida aquí es increíble —comentó.

—Me alegra que te lo parezca.

—¿Se diferencia mucho de la verdadera comida mexicana? —preguntó Diana mientras mojaba una pequeña tortilla triangular en guacamole picante.

En una ocasión, había estado en una conferencia en Tokio y había acabado en un restaurante francés con unos colegas. Lo único francés allí era el nombre y el diminuto tamaño de las raciones. Lo demás le había resultado completamente extraño, y eso que llevaba toda la vida viviendo en Francia.

Gael se encogió de hombros.

—México es el país del mundo con más población que habla español. Eso son más de cien millones de personas y a muchas les encanta cocinar. De hecho, hay muchos tipos de comida distinta, desde los platos de carne del norte a las increíbles barbacoas del centro del país y las excepcionales mariscadas del golfo de México.

—¿Cuál es tu plato favorito? —preguntó Diana.

—A mí me encantan las barbacoas mexicanas —le dijo—, pero también preparo un guacamole de muerte.

—¿En serio? —Mojó otra tortilla en el cuenco de guacamole antes de llevársela a la boca—. ¿Mejor que este?

La mirada de Gael bajó a sus labios y se detuvo allí. El calor que desprendían sus ojos llegó hasta su lado de la mesa y la hizo estremecerse.

«Mantén el control, Diana».

«Solo es una cena».

Se recreó en su piel bronceada y sus formas cinceladas, en esos anchos hombros con los que

parecía poder capear cualquier temporal, y en sus manos fuertes. Manos de escalador. Físicamente, estaba fuera de su alcance. Pero hacía mucho tiempo que no sentía ese calor.

—Te pareces a un actor famoso —le dijo sin poder contenerse.

Gael parpadeó una vez.

—Ah, ¿sí?

—Uno con ojos verde intenso como los tuyos. —Diana se detuvo antes de empezar a hablar de sus pómulos de infarto.

Entonces Gael sonrió; una sonrisa luminosa.

—A mí me gustan tus ojos oscuros. Me gusta la forma en la que reflejan la luz y cómo tu pelo parece recibirla.

—Sabes que no es mi verdadero color de pelo, ¿verdad? —le dijo, tocándose su cabello platino cortado al estilo bob.

—En ti parece auténtico —respondió Gael riendo—. Pero da igual, estarías preciosa con cualquier color de pelo.

Diana miró su plato, abrumada por el ansia de sus brillantes ojos verdes. Era raro encontrarse a un hombre tan abierto con respecto a sus deseos.

«Eso es porque es joven».

«Quizá no se da cuenta de lo que hace».

—Te ha molestado algo de lo que he dicho. Lo siento. No quería hacerte sentir incómoda.

—No, no. Solo estaba… pensando en algo.

—He estado leyendo algunos de tus artículos más recientes sobre las masivas transformaciones que se están produciendo en los glaciares.

El cambio de tema la pilló por sorpresa.

«¿De verdad ha estado leyendo mis trabajos?».

—Mi favorito es un artículo de hace dos años en el que escribiste sobre la pérdida de hielo tras medir los marcadores. Luego pasaste a explicar por qué la discusión no podía limitarse al hecho de que los glaciares se estuvieran derritiendo, que los glaciares no son el único indicativo de la crisis climática y que aún tenemos una oportunidad de cambiar lo que pase a continuación.

Diana recordaba aquel trabajo. Era más personal que cualquier otra cosa que hubiera publicado antes en un artículo académico, pero también era uno de sus favoritos. Lo había escrito con el corazón, no solo con la cabeza.

—A veces la gente se entera de lo que hago y piensa que soy una científica forense. Lo odio. Los glaciares aún están aquí. El hielo del planeta no solo «puede», sino que «va» a incrementarse para beneficio de las generaciones futuras. Pero solo lo hará si nosotros tomamos hoy las decisiones correctas.

Los ojos de Gael chispearon de emoción.

—Cuando miro a mis sobrinos, veo el futuro por el que tenemos que luchar, pero hay mucha gente que no toma sus decisiones con base en los conocimientos científicos. Por eso necesitamos gente como tú que nos guíe.

Diana bajó la mirada, avergonzada por el cumplido. Era un tema que la apasionaba, pero nunca lo había hablado con nadie en la primera cita; aunque tampoco había tenido tantas.

—¿Tu familia es muy grande? —preguntó, cambiando torpemente el tema de conversación.

Gael rio.

—Sí, enorme. Dos de mis abuelos, Ernesto y Martina, aún están vivos. Tienen cinco hijos: mi padre y mis tíos, Ernesto, Raúl, Lorenzo y José Martín. Y ellos, a su vez, tienen un montón de hijos, Ernesto Javier, Ángela María… Son demasiados primos para aburrirte con sus nombres. Y

la mayoría de ellos ahora también tienen hijos.

—¿También se llaman Ernesto? —preguntó Diana riendo.

Gael lo pensó un momento.

—Ernesto Martín tiene siete años, y Javier Ernesto, dos.

—Guau.

—Supongo que soy uno de los pocos hombres de mi familia que no llevan el nombre Ernesto en alguna parte. Los pequeñines son geniales. Ernesto Martín ya es todo un escalador.

Diana podía ver, por la forma en la que hablaba de ellos, lo mucho que quería a su familia; viviendo tan lejos, debía echarlos mucho de menos.

—A mí me habría encantado tener montones de hermanos y hermanas, pero soy hija única.

—Te criaste en Chamonix, ¿verdad?

Diana asintió.

—Mi padre falleció, pero mi madre aún vive en la misma casa en la que crecí. Mis tías se han mudado con ella y ahora las tres viven juntas.

—Eso está bien, así cuidan las unas de las otras.

Gael cortó un pedacito de enchilada y usó una cuchara para echarle algo de crema y de salsa mexicana antes de acercarle el tenedor a la boca.

—Prueba esto.

Diana se inclinó más y abrió la boca para recibir la comida que le estaba ofreciendo. Hasta que sus labios no se cerraron alrededor del tenedor, no se dio cuenta de lo íntimo que era aquello. Cerró los dedos alrededor de la mano de Gael, sujetándola mientras mordía.

«Quizá sea yo la que necesita sujetarse, porque estoy temblando».

Las pupilas de Gael se dilataron hasta que el verde se convirtió en un pequeño anillo en el borde exterior. Y, aunque parecía tranquilo, su respiración se había vuelto irregular. Le estaba afectando.

El corazón de Diana latía desbocado. Nunca había sentido antes algo parecido a esa explosión de deseo, salvaje como un rayo que golpeara una roca. Reconoció la urgencia, la necesidad de seguirla allí donde la condujera.

«¿Por qué no?».

—Quiero…

Gael tragó saliva y asintió, animándola a continuar.

—Dime lo que quieres, Diana.

—No creo que debamos tomar el postre aquí —consiguió decir por fin débilmente.

Gael sonrió, entendiendo sus palabras. Aun así, Diana sabía que iba a querer que se lo deletreara.

—¿Qué es lo que quieres, Diana?

—Me gustaría ir a tu casa.

Al parecer, no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Dejó algunos billetes sobre la mesa, se puso en pie y le ofreció la mano.

—Ven —dijo con gentileza, y esperó de nuevo a recibir confirmación.

—Sí. —Diana tomó su mano. Sus dedos, esos dedos que sabía que podían aferrarse a la roca con la fuerza de dos hombres, sostuvieron su mano con delicadeza, como si fuera algo muy preciado.

Y a pesar de que nada había cambiado, a pesar de que Gael seguía siendo más joven que ella, a pesar de que Diana sabía, a un nivel intelectual, que aquello no podía conducir a nada, de pronto no le importó.

Esa noche el deseo que ardía entre ellos y el alivio que iban a encontrar juntos era todo lo que tenían, y tendría que bastar. Nunca, en toda su vida, había estado más segura de algo.

7



Diana

Diana tenía las manos encima de la cazadora vaquera de Gael antes incluso de que este cerrara la puerta.

Había logrado contenerse hasta llegar a su casa, pero ya no podía aguantar más. Le quitó la cazadora, dejándola caer al suelo, y lo empujó con fuerza contra la puerta. Gael era puro músculo y no se habría movido de no haberse dejado caer hacia atrás. Diana apoyó las manos en su camiseta negra. Sentía las formas de sus abdominales bajo los dedos. Subió las manos hasta llegar a los prietos pectorales con los que había estado babeando mientras escalaban.

Cuando deslizó la mano dentro de su camiseta y tiró hacia arriba, Gael la detuvo con delicadeza.

—Oye —le dijo, formando un cuenco con la palma de la mano sobre su mejilla—. Ve más despacio, Diana. Tenemos toda la noche.

Diana no quería toda la noche. Lo quería «ahora». Quería aprovechar aquel momento antes de volver a ser ella misma y perder el arrojo.

Gael bajó la cabeza buscando su boca. Los labios de ambos se encontraron, lentos, dulces y anhelantes, y se dio cuenta de que ir despacio también podía estar bien.

Gael besaba con todo el cuerpo. Con la boca, pero también con las manos, que la hacían sentir escalofríos en los brazos, y con las caderas, con las que presionaba el vientre de Diana. Era más alto que ella, así que no se alineaban del todo, no lo «suficiente», pero, aun así, podía sentir su erección, la prueba palmaria de que él también la deseaba.

Más allá de la conexión física, sintió su completa atención mientras la besaba. Era casi demasiado.

Pasado un rato, Diana tuvo que respirar. Se echó hacia atrás, alejándose de aquella boca que seguía buscándola. Las pupilas de Gael aún estaban dilatadas, pero las bandas de verde intenso que rodeaban sus pupilas brillaban como esmeraldas.

—¿Estás bien? —preguntó, y su voz era un gruñido suave.

Diana sacudió la cabeza, luego asintió y después volvió a sacudir la cabeza. Algo en su expresión debió de alarmarlo, pues Gael se apartó de la puerta arrastrando a Diana consigo. Su cazadora vaquera aún seguía en el suelo, allí donde la había arrojado. No hizo ademán de recogerla.

—Ven dentro, por favor. Deja que te sirva una… ¿bebida?

Diana estuvo a punto de echarse a reír. Era ella la que se había abalanzado sobre él en cuanto habían entrado. No quería una bebida. Quería más de «aquello» y de cómo Gael la hacía sentirse.

—No quiero una bebida —le dijo—. Me gustaría ver tu dormitorio.

Gael emitió un suave ruido con la parte baja de su garganta, pero tomó su mano y la condujo a través de una sala de estar escasamente amueblada y con una televisión enorme.

Diana se habría echado a reír, porque era algo estereotípico: el joven soltero con una tele gigante. Sin embargo, Gael le estaba acariciando la cara interna de la muñeca con el pulgar mientras caminaban, y reírse era lo último que a Diana se le habría pasado por la cabeza. Le temblaban las rodillas. Tenía miedo de no llegar al dormitorio, así que se concentró en poner un pie delante del otro hasta estar allí.

La cama era grande e invitadora, y las sábanas blancas estaban dobladas con precisión militar. No había nada que quisiera más que verlo tendido desnudo sobre esa cama; sabía que la imagen alimentaría sus fantasías durante años.

Gael malinterpretó su mirada y retrocedió un paso.

—¿Estás bien, Diana? Podemos ir más despacio.

«Está nervioso».

—No, no quiero ir más despacio —dijo con impaciencia, puntualizando cada palabra con un corto tirón de su camiseta.

Pronto, sus abdominales estuvieron a la vista y luego, su pecho. Con los tacones, Diana tenía la altura justa para poder retirar la tela negra de sus hombros. Gael se apiadó de ella y se retorció para quitarse la camiseta, dejándola disfrutar del espectáculo. Su vientre desnudo era una obra de arte. Puro músculo, fuerte, esperando ser tocado.

Diana no perdió el tiempo. Bajó las manos, haciendo que esos músculos deliciosos se tensaran mientras vagaban por su estómago hasta encontrar la hebilla de su cinturón.

—No —dijo Gael—. Primero quítate tú algo.

Por primera vez, Diana sintió vergüenza. No era una atleta; a diferencia de Gael, su cuerpo no era una obra de arte. Tenía curvas y arrugas, cosas que no estaban ahí cuando tenía veinte años.

Miró a Gael a los ojos y cogió fuerzas al ver el deseo brillar en ellos. Dejó que le quitara el elegante top plateado y se quedó frente a él vestida con el sujetador gris y los vaqueros azul oscuro.

—*Eres preciosa* —susurró en español.

Acarició la parte superior de sus senos y la mente de Diana se quedó en blanco al concentrarse en exclusiva en aquel contacto mágico. Llenó las palmas con sus pechos por encima del sujetador, apretando con suavidad hasta que sus pezones se endurecieron como pasas.

Arqueó la espalda y Gael captó la indirecta; desabrochó su sujetador rápidamente. Instante después, liberó sus pechos. Gael bajó la cabeza, como arrastrado por un hilo invisible, para chupar sus pezones. El placer se extendió a su entrepierna.

—Sí. Más —suplicó.

Acto seguido, Gael tiró de sus pantalones vaqueros, bajándolos hasta sus rodillas.

Diana se tumbó en la cama y lo observó mientras se quitaba los zapatos y los calcetines, ofreciéndole una vista magnífica del jaguar negro tatuado en la parte superior de su espalda. Comprendía por qué lo había elegido; el artista había conseguido capturar la fuerza del jaguar, su potencia y su ingenio.

«Salvaje».

«Fuerte».

«Igual que él».

La respiración de Gael se convirtió en un siseo mientras Diana acariciaba la piel tatuada. Rápido como un rayo, se quitó los pantalones y los bóxer. Cogió aire al ver su polla gruesa e imponente por primera vez. Después, Gael cubrió a Diana con su cuerpo duro y esbelto.

—Quítame los vaqueros —le suplicó, alzando las caderas para que supiera que aún había algo entre ambos.

—Te deseo tanto, Diana —susurró Gael mientras tiraba de la tela—, pero la próxima vez no voy a permitir que me metas prisa.

Diana levantó las caderas, deseosa de tocar su polla a pesar de que aún había una fina capa de tela por en medio.

Gael deslizó la mano por el interior de sus bragas. Sus ojos plantearon una pregunta sin palabras y ella asintió. Él abrió los labios, sus dientes casi parecían lobunos mientras tiraba, rompiendo las bragas por las costuras.

Ahora ya no había nada entre ellos. Se preguntó si se daría cuenta de lo mojada que estaba; lo mucho que necesitaba ser tocada, ser llenada.

Fue bajando por la cama, besando sus senos, su vientre. Antes de que se diera cuenta, su boca estaba en su sexo. Era algo que Frederic nunca había querido hacer, así que Diana casi había olvidado que era posible; no recordaba lo que se sentía al tener a alguien allí abajo, concentrado solo en su placer.

Y Gael estaba muy concentrado. No se lanzó sin más, sino que se detuvo chupando, lamiendo y acariciando, tomándose su tiempo, usando los dedos y la boca, hasta que el deseo la dejó sin aliento. Para cuando su lengua acarició su clítoris, Diana ya estaba lista para correrse, pero Gael bajó el ritmo y luego volvió a llevarla al límite con los dedos y la boca.

Sus músculos se tensaron por la anticipación. Se sentía como en una montaña rusa; subiendo más y más hasta que, por fin, explotó en un tremendo orgasmo. Mientras se estremecía, Gael volvió a subir a su altura y la besó apasionadamente en la boca.

Podía captar su propio sabor en su boca. Se dio cuenta de que eso era lo que había hecho que Frederic odiara el sexo oral, pero Gael no parecía tener esos remilgos; se relamió los labios, como si así pudiera saborear su orgasmo.

—Tienes un sabor dulce. Vamos a hacerlo otra vez —le dijo.

—No —respondió ella con rapidez—. No puedo, estoy demasiado cansada.

—Vale —concedió Gael—, entonces descansemos.

Su cuerpo fuerte y esbelto encajaba a la perfección junto al suyo, más pequeño y voluptuoso.

Diana echó la mano hacia atrás para agarrar su miembro. Era más grueso y grande que el de cualquier otro hombre con el que hubiera estado.

—¿Cómo vas a descansar con «esto»? —preguntó con toda la intención.

Gael sonrió y la besó otra vez.

—Puedo esperar.

Ella soltó una risita junto a sus labios y lo agarró con más fuerza.

—Puede que no esté tan cansada después de todo…

Gael

Mientras Diana se reía, con sus labios rojos y brillantes y sus ojos oscuros resplandecientes de felicidad y de vida, la polla de Gael se endureció aún más.

«Interesante».

No pensaba que fuera posible.

La deseaba más que a ninguna otra mujer, más que el mismo respirar. La había hecho correrse una vez y no podía esperar a hacerlo de nuevo; esta vez con su polla.

Se puso un condón y se colocó encima de ella con cuidado de no aplastarla. Sentía su calidez y su suavidad. Sus pezones duros y rosados rozaron su pecho; una fricción dulce. Le habría gustado pasar más tiempo reverenciando sus senos, pero su polla necesitaba penetrarla ya.

Alineó su miembro con la entrada y se introdujo en aquel canal caliente y prieto.

«Es como volver a casa».

Cerró los ojos y contuvo un gruñido. Si no tenía cuidado, iba a acabar avergonzándose.

Inhaló y exhaló despacio, tratando de relajarse, antes de abrir los ojos de nuevo para mirar sus orbes oscuros y centelleantes.

«Como luceros en el cielo».

Diana abrió los labios rojos en una «o» de sorpresa, como si ella tampoco estuviera acostumbrada a experimentar este nivel de placer.

—Sí —susurró. Sus uñas romas recorrieron su espalda. Sus caderas empujaban rítmicamente como provistas de voluntad propia, haciendo que entrara tanto en su cuerpo como él se lo permitía. Gael se quedó quieto, pues no quería hacerle daño.

—¿Estás bien? —jadeó. La idea de causarle dolor le resultaba insoportable.

Diana movió la cabeza de forma afirmativa.

—Necesito más. Necesito…

—Dime lo que necesitas.

—Haz que me corra, Gael.

«Jesús. Qué forma de decir mi nombre».

No iba a aguantar mucho. Hundió su pulgar calloso entre ambos, buscando su clítoris, y lo pellizcó con delicadeza.

—Más —suplicó. Acarició y pellizcó su clítoris siguiendo el ritmo de sus embestidas, y pronto ambos estaban acercándose a toda velocidad a la misma intensa explosión.

Gael tensó los músculos, esforzándose por contener el orgasmo. Le habían enseñado —del modo informal en el que los hombres aprendían ese tipo de cosas— a no correrse nunca antes que una mujer. Si no le fallaba la memoria, era la primera vez que iba a fallar, pero no podía hacer nada para evitarlo.

—Voy a… —comenzó.

—¡Sí, sí! —gritó Diana. Sus labios se apretaron, perdidos en el espacio que mediaba entre un mohín y una sonrisa. Sus músculos internos se tensaron alrededor de su polla, y en ese mismo instante Gael se corrió dentro de ella en un orgasmo que pareció durar una eternidad.

—Aghhh.

Cuando por fin pudo respirar de nuevo, apoyó la frente sobre la suya, esperando a que su corazón volviera a latir con normalidad.

—Gael —susurró Diana con una voz áspera y gutural.

—Diana.

—Ha sido… No creo que nunca haya sentido…

La parte animal que había en él aulló.

«Mía, solo mía».

Lo embargó un sentimiento intenso de posesión. Aquello también era algo nuevo, algo que no había experimentado antes. Nunca había sido celoso.

La dejó, porque no podía arriesgarse a seguir dentro de ella más tiempo, y se deshizo del condón metiéndolo dentro de un clínex junto a la mesilla de noche antes de tumbarse a su lado. Diana se puso de lado para mirarlo.

—Tienes un cuerpo precioso —le dijo, acariciando su costado.

Gael rio, pensando en sus manos gruesas y callosas, y en las cicatrices que tenía por todas partes. Su cuerpo funcionaba, estaba adaptado a las cosas que le apasionaban. Pero nunca había pensado en sí mismo como en algo precioso.

—Tú sí que eres preciosa, no yo.

Diana sonrió.

—Tendremos que estar de acuerdo en estar en desacuerdo. —Diana volvió a ponerse seria—. ¿Quieres que me vaya?

Su humor se ensombreció.

—¿Irte? ¿Por qué ibas a irte?

—No lo hemos hablado… antes. Si quieres que me vaya, no es…

Gael apretó sus brazos con más fuerza.

—Quédate.

Diana se relajó y volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

—De acuerdo.

Unos momentos después ya estaba dormida, pero Gael permaneció despierto durante mucho tiempo.

8



Gael

Durante el siguiente par de semanas, Gael pasó todo su tiempo libre con Diana. Sabía que ella también quería estar con él, pues había reorganizado su propio trabajo para adaptarse a su horario y maximizar el tiempo que pasaban juntos. Habían estado aprovechándolo al máximo.

Gael había perdido la cuenta del número de orgasmos que se habían proporcionado mutuamente; solo sabía que había visitado la farmacia dos veces, ambas en mitad de la noche, para comprar más condones.

Siempre había tenido una libido saludable, así que disfrutar del sexo con una mujer hermosa no era nuevo para él. Pero era capaz de reconocer, a un nivel básico, que el sexo con Diana era distinto. Cuanto más tiempo estaba con ella, más tiempo quería que pasaran juntos, y apreciaba cada momento más que el anterior.

Cada vez que se juntaban, le parecía que Diana y él se convertían en una sola persona. Era un sentimiento excitante, uno que Gael había empezado a anhelar.

Se preocupó cuando se dio cuenta de que la cosa iba más allá del sexo. Descubrió que pensaba en ella todo el tiempo, y no solo por su cuerpo *sexy*. Quería saberlo todo sobre ella y, aún peor, quería compartirlo todo con ella.

Aunque la verdad, no era que ella le hiciera muchas preguntas.

Habían escalado juntos un par de veces más y Diana cada vez iba mejor. Gael ya podía ver a la competente escaladora que había sido cinco años atrás esperando emerger. Sin duda, estaría lista para el Petit Dru a finales de verano.

Diana y él siempre quedaban en su casa, lo que tenía sentido, ya que ella estaba pasando el verano con su madre. Lo que no tenía tanto sentido era su falta de interés por ir a cualquier otra parte con él. Escalaban juntos y mantenían relaciones sexuales, pero eso era todo lo que parecía querer.

A él no le importaba, pues el sexo y la escalada eran sus dos actividades favoritas, pero se estaba cansando de mirar las cuatro paredes de su dormitorio a pesar de que también le habían dado un buen uso al sofá, la ducha y la encimera de la cocina.

Se le ponía dura solo con pensar en Diana subida a la encimera de su cocina con las piernas abiertas, lista para que la explorara. Quizá era buena idea comprar algo de nata montada y…

«Mierda».

«Te estás volviendo a distraer».

—Lo que decía era que me gustaría llevarte a cenar fuera esta noche.

—¿Por qué no nos quedamos en casa y pedimos algo? —dijo ella, mordisqueando suavemente su cuello con los dientes—. Esto está bien, ¿verdad?

Estaba bien, sí. Pero Gael quería más.

—Para. Estoy empezando a pensar que solo me quieres por mi cuerpo.

Sus ojos oscuros se pusieron serios.

—¿Tan malo sería? Ya te lo he dicho, tienes un cuerpo precioso.

Gael acarició sus tetas con sus dedos largos y callosos. Sus hermosos pezones se arrugaron.

—Quiero llevarte a cenar. Quiero pasar la noche en tu casa. No quiero ser tu pequeño y sucio secreto —murmuró.

—Pero a mí me gustan las cositas sucias que hacemos. —Cuando Gael no se rio, se puso seria, casi cautelosa—. Vale. ¿A dónde quieres ir, Gael? ¿Qué te gustaría hacer?

—Quiero conocer a tu madre.

Las palabras salieron de su boca antes de poder contenerlas.

«¿Qué diablos te pasa?».

«¿Has perdido el juicio?».

En el pasado había invertido esfuerzos significativos para evitar conocer a los padres de cualquier mujer. Desde luego, nunca había pedido que le presentaran a un progenitor.

—Ja-ja —empezó Diana—. Espera, ¿va en serio?

—Va en serio —admitió Gael, tanto para ella como para sí mismo—. No tiene por qué ser esta noche, pero…

—No será esta noche. Mis tías y ella han ido a jugar al póker —dijo Diana.

Gael se quedó mirándola. Tenía problemas para articular sus pensamientos, pero sabía que ya no podía dar marcha atrás.

—Si te da… Si te da vergüenza que te vean conmigo, yo…

Sus ojos chispearon.

—¿Por qué piensas eso?

—Eres profesora en la universidad, una de las mejores especialistas en su campo. Y yo solo soy…

—Por favor, no termines esa frase ridícula, Gael. No soy… No me había dado cuenta de que sentías…

Por un momento, deseó no haber dicho nada.

«La estás asustando».

«Vas a perderla».

—Oye, sé que no nos hemos hecho ninguna promesa. No espero que…

Diana asintió y pareció tomar una decisión.

—Ven a pasar la noche a mi casa. Apuesto a que nunca antes has dormido encima de un garaje.

—No puede ser peor que hacer vivac.

—Seguro que no —dijo Diana, mordiéndose el labio inferior—. Pero ya me lo dirás después de pasar la noche en el sofá cama de mi madre.

9



Diana

Resultó que ni siquiera aquel sofá cama del demonio le hacía daño cuando Gael la rodeaba con sus brazos. Durmió toda la noche acurrucada contra él y no se despertó ni una sola vez.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó a Gael por la mañana.

—Genial.

—¿No hacía demasiado calor ni demasiado frío? ¿No has notado nada raro?

«Es imposible que no haya sentido los muelles».

Gael sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa, Diana? ¿Has puesto un guisante debajo del colchón o algo así? Dame una pista.

Diana se echó a reír.

—Olvídalo.

—Voy a darme una ducha —dijo Gael—. ¿Quieres acompañarme?

—No estoy segura de que los dos quepamos en esta ducha. ¿Por qué no vas tú primero mientras yo preparo el café?

—Por favor, el mío que sea fuerte. Tendrías que ver el café con el que crecí en mi tierra. Hace que el francés parezca agua de fregar sucia.

Diana sonrió.

—Haré lo que pueda.

Cuando Gael pasó completamente desnudo por delante para dirigirse a la ducha, le dio a Diana un suave azote en el culo. Ella se detuvo a disfrutar de su trasero musculoso mientras se preguntaba si no «debería» tratar de meterse en la ducha con él.

Gael la distraía, y no solo porque estuviera buenísimo, ni porque aún tuviera el impulso y la estamina de un hombre joven; aunque tras estar con Frederic, que pensaba que el sexo era algo que hacer un sábado si y uno no, a las seis de la tarde, aquello suponía un auténtico revulsivo para ella. No. Gael también era el amante más generoso, considerado y amable que había conocido.

«Mierda».

Se había vuelto a quedar sin leche.

Había pasado tanto tiempo en casa de Gael que ni siquiera se había dado cuenta.

Pero se había comprometido a hacer café y no quería faltar a su palabra, así que se puso unos *leggings* y una camiseta y salió corriendo. Confió en estar de vuelta antes de que Gael se percatara de su ausencia.

Llegó hasta el camino de entrada antes de ver la furgoneta blanca aparcada al otro lado de la calle. Se descubrió dando un pequeño paso hacia atrás. Algún tipo de instinto la advirtió un instante antes de que la puerta del vehículo se abriera y saliera un hombre.

«Kyle».

«¿Y qué lleva puesto?».

«¿Camuflaje?».

Sus largas piernas superaron la distancia que los separaba enseguida. Se detuvo cuando estaba a menos de dos metros de ella y la evaluó con la cabeza ladeada; como una serpiente a punto de atacar.

Diana se mantuvo firme, aunque en su cabeza saltaron todas las alarmas. Se estremeció bajo el aire matinal.

—Diana —dijo Kyle. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

Al menos ya no la llamaba Di.

—Kyle, ¿qué estás haciendo aquí?

«¿Cómo sabe dónde vivo?».

—Quería verte.

Diana pensó en Gael, que estaba en la planta de arriba. Pronto terminaría de ducharse. Podría estar ahora mismo en la ducha con él; en cambio, estaba allí con Kyle. Ni siquiera le había dicho a Gael a dónde iba. Sus piernas se contrajeron, quería dar un paso atrás. Consiguió evitarlo en el último segundo.

«No seas ridícula».

«No estás en peligro».

«Kyle no va a hacerte daño».

—Me estaba yendo —dijo con vaguedad.

Kyle asintió rápidamente.

—Solo te robaré unos minutos de tu tiempo, Diana. —Su enorme nuez subió y bajó mientras tragaba. A pesar de su aparente autocontrol, Kyle no estaba tan tranquilo como aparentaba—. Las cosas están cambiando. En mi mundo, hay algunos que sienten que los tiempos de las protestas pacíficas han terminado.

A Diana se le erizó el vello de los brazos.

«Eso» era lo que siempre había temido. Incluso cuando estaba en la central de energía. Aquel era el motivo por el que había dejado Last Act.

Se pasó la lengua por los labios secos.

—¿Te refieres a… violencia, Kyle?

Él ni lo confirmó ni lo negó.

—No puedes permitirlo, Kyle. Ya somos bastante mayores, tanto tú como yo, para saber que la violencia no es la respuesta.

Kyle se encogió de hombros con lentitud.

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —A su pesar, su voz subió de tono hasta transformarse en un graznido—. Si alguien te está coaccionando, tienes que ir a la policía.

«No quiere hacer esto».

«Quiere pedir ayuda».

«Tiene que ser eso. Por eso ha venido».

Entonces Kyle parpadeó y el momento pasó.

—Necesito tu ayuda para entrar.

—¿Para entrar? —susurró.

—Tú tienes acceso al glaciar. Puedes entrar en el área restringida. Ayúdanos y nunca volveremos a molestarte. Hazlo por los buenos viejos tiempos, Di.

Sus ojos eran como dos pedazos de hielo azul del color del glaciar. Diana comprendió que había estado autoengañándose. Nadie estaba coaccionando a Kyle. Era cosa suya y no era algo nuevo. Siempre había tendido a la violencia. Simplemente, esta había tardado quince años en materializarse.

Diana se enderezó. La palabra brotó como una espiración suave y silenciosa.

—No. —Cogió algo más de aire para llenar sus pulmones y lo intentó de nuevo, esta vez en voz más alta—. No. No voy a ayudarte.

—Piénsalo con cuidado. Tú, de entre todo el mundo, sabe lo feas que se han puesto las cosas. Han pasado quince años y las emisiones siguen aumentando. El *establishment* no va a

permitirnos cambiar las cosas. Es hora de mostrarle a la gente que vamos en serio… o perderlo todo.

La tristeza aguijoneó su corazón.

—No lo hagas, Kyle —le suplicó.

—Ayúdanos. No voy a poder protegerte siempre, Di —susurró.

Su boca se abrió con sorpresa.

—¿Qué quieres decir? Kyle, ¿qué estás diciendo?

Kyle abrió la boca para responder, pero la cerró con rapidez. Diana sintió la presencia de Gael tras ella. Entonces dio un paso al frente para ponerse a su lado, hombro con hombro. Y aunque estaba convencida de que no había oído las palabras de Kyle, era imposible que no hubiera captado la tensión en el ambiente.

Los dos hombres se encararon durante un momento largo e incómodo.

—Hola —dijo Gael con tono relajado, aunque no había ni pizca de relajación en la forma en la que se erguía junto a ella, con el cuerpo en tensión y listo para presentar batalla—. Soy Gael León.

—Kyle Rupert —respondió Kyle. Los dos hombres intercambiaron un movimiento de cabeza de entendimiento, un gesto primitivo y eterno—. Tengo que irme —dijo Kyle por fin—. Adiós, Di.

Poco después, la furgoneta se había ido y fue como si nunca hubiera estado allí.

—¿Quién era ese? —preguntó Gael. Su voz era un gruñido grave.

—Kyle fue… un amigo —dijo débilmente—. Llevaba quince años sin verlo hasta que el otro día me llamó.

—Me resulta familiar.

—Lidera Last Act, una organización por el medio ambiente sin ánimo de lucro.

—¿Qué quería? No me ha gustado la forma en la que te miraba.

A Diana le falló la voz.

—Hasta lo de hoy, no pensaba que fuera peligroso.

Se frotó los brazos, temblando bajo el aire frío de la mañana.

—¿Qué te ha dicho, Diana? ¿Te ha amenazado con algo?

—Dijo que el momento de las protestas pacíficas podría terminar pronto. Tengo miedo de que… de que Last Act se esté preparando para ejercer la violencia.

—¿Violencia? ¿Qué tipo de violencia?

—No lo sé. Pero sé que los activistas por el medio ambiente de todo el mundo siempre han mantenido el firme compromiso de no recurrir a la violencia. Es algo que los ha diferenciado en cierto sentido de otros movimientos. Pero si eso cambia…

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—No lo sé. Nada. Pero Kyle sabe que tengo acceso al laboratorio que está sobre el glaciar. Quiere que los deje entrar.

—Mierda. Tenemos que hablar con Damien y con el coronel.

—Pero solo eran palabras, Gael. No sabemos nada con seguridad.

—Aun así. No podemos ignorar esto.

Diana pensó en los miembros de Last Act que había conocido y en los cientos que se habrían unido a la organización desde que ella se desvinculó.

—Tienes razón. No podemos.

10



Gael

—Qué gilipollez, Damien —masculló Gael.

—Está limpio, Gael, ni siquiera tiene una multa de tráfico a su nombre. Lo que sí tiene es una lista de premios tan larga como un día sin pan, reconociendo su liderazgo y su visión en la lucha contra el cambio climático.

—¿Lo has hecho venir para interrogarlo?

—Ha venido él voluntariamente. Parecía realmente sorprendido de que sugiriéramos siquiera que podría estar involucrado en algo tan repulsivo.

—Así que él es todo un caballero y Diana miente —resumió Gael—. Damien, no puedes fiarte de él.

—No me fío. Si lo que dice Diana es verdad, y no tengo motivo para dudar de su palabra, se trata de un sociópata mentiroso. Tenemos que vigilarlo.

—Que le jodan, a quien tenemos que vigilar es a Diana. Hay que mantenerla a salvo.

—¿Qué significa ella para ti, Gael? —preguntó Damien. Su mirada parecía implicar que era consciente de que Gael no había mantenido las distancias con ella.

Él irguió en toda su estatura, aunque era bastantes centímetros más bajo que Damien.

—Sé que es tu amiga, pero esto es algo entre Diana y yo. Lo único que necesitas saber es que no voy a dejar que nadie le haga daño.

Tras una larga pausa, Damien asintió.

—Vale. Asegúrate de que tú tampoco le haces daño, ¿de acuerdo?

—Haré todo lo que pueda, Damien. Hoy Diana quiere subir al glaciar.

—¿Al glaciar? ¿Por qué?

—Hay un pequeño laboratorio arriba. Lleva preocupada desde que habló con Kyle. Quiere comprobar que todo está bien.

—No creo que sea buena idea.

«Decir eso es quedarse muy corto».

Gael se encogió de hombros. Ya sabía que era imposible hacerla cambiar de opinión.

—Pégate a ella como una lapa. No quiero que esté sola allí arriba. Si ese hombre está tan loco como suena…

—Estaré con ella, Damien. Mientras tanto, ¿puedes seguir investigando?

—No de forma oficial —dijo Damien, enseñando unos dientes muy blancos—. La petición de dejar a Kyle Rupert en paz ha venido de París. Debe de tener amigos en las altas esferas. Pero si consigues que Diana te dé algo más de información, podemos pasársela al coronel.

Gael asintió y se fue. Aún pensaba en ello mientras conducía hasta el aparcamiento del *camping* de Deux Glaciers. Estaba lleno, como era de esperar en aquella época del año, y tuvo que aparcar unos cientos de metros más arriba, en la carretera, y volver caminando con sus cosas.

Miró el reloj. Pasaban algunos minutos de las diez. Llegaba tarde. De pronto, le asaltó la idea que Diana se hubiera marchado sola.

«Si no ha esperado…».

Lo sobresaltó un movimiento a su izquierda. Suspiró de alivio al reconocer el cabello plateado de Diana. Llevaba pantalones de senderismo desgastados marrón claro que se ceñían a todas las curvas de su estupendo trasero, una camiseta blanca y encima una camisa verde oscuro. Al verla, sintió una punzada de deseo.

—Gael, has venido. —Diana sonrió y las comisuras de sus ojos se arrugaron.

—Por supuesto que he venido. —Lo sorprendió descubrir que Diana no estuviera segura de que fuera a aparecer. Se comprometió a no volver a llegar nunca tarde a una cita con ella. Adelantaría su reloj diez minutos si era necesario.

Diana miró su mochila, asombrada.

—¿Qué llevas ahí? Es una caminata corta. Volveremos antes de que anochezca.

Gael prefería estar preparado. Nunca hacía senderismo sin su mochila. En ella llevaba su kit de escalada, un kit básico para hacer vivac y bastante comida para alimentarlos a ambos durante un par de días. Decidió tranquilizarla. Podía caminar todo el día y la noche con esa mochila a la espalda.

—No hay problema —dijo con rapidez.

Diana asintió y se encogió levemente de hombros. Su mochila era mucho más pequeña.

Partieron por la parte del bosque que conducía al camino. Los árboles los protegían de la luz del sol. Aquello parecía un universo distinto; un lugar fresco y húmedo.

Ninguno de ellos abrió la boca hasta que llegaron a la linde del bosque. Desde allí, había dos formas de llegar al glaciar: una ruta de senderismo sinuosa con la que llegarían en pocas horas, y una pared rocosa, alta e imponente. Gael la había escalado antes; estaba clasificada como una escalada de tipo 5.10 aunque él recordaba haber pensado, tras culminarla, que un 5.11 habría sido más apropiado.

Miró con anhelo la pared del barranco y descubrió, sorprendido, que prefería pasar las próximas horas caminando junto a Diana que escalando solo.

—¿Crees que podrías escalar eso? —le preguntó, dubitativa. Se tapó los ojos para protegerse del sol.

—Ya lo he hecho antes. No es muy difícil, pero plantea algunos problemas interesantes hacia el final.

Gael no esperaba sobresaltos. Daba por sentado que Kyle Rupert mantendría un perfil discreto después de haber sido interrogado por la policía. Aun así, mientras andaban, mantenía los ojos bien abiertos y prestaba atención a los ruidos.

—Gael, ¿crees que nos sigue alguien? —preguntó Diana con preocupación cuando lo pilló mirando hacia atrás por tercera vez en cuestión de minutos.

Gael sacudió la cabeza.

—No, lo siento. Solo estoy siendo cauteloso.

—¿Qué pasó en la *gendarmerie*? ¿Interrogaron a Kyle?

Gael suspiró. Tenía derecho a saberlo.

—Estuvo allí anoche. Lo negó todo.

—¿Negó haber ido ayer a mi casa?

—No, pero dijo que solo quería verte por los viejos tiempos. Todo lo demás fue un malentendido por tu parte —dijo Gael. Apretó los dientes con fuerza. Había visto la expresión de Diana cuando salió de la casa. No había sido ningún malentendido.

—Y ahora sabe que he ido a la policía. —Diana se estremeció y tiró de los bordes de la camisa para cerrarla más en torno a su vientre.

—No puse tu nombre en el informe, dejé claro que me basaba en mis propias sospechas, pero no sabemos si bastará con eso. Diana, tienes que tener cuidado, al menos, hasta que sepamos más sobre él. Damien y yo seguiremos investigando.

—Os lo agradezco a ambos. Hay algo en la forma en la que me miraba…

Gael apretó la mandíbula. Quería darle una paliza a Kyle Rupert por causar esa expresión de miedo en su rostro.

—Gracias por venir conmigo hoy, Gael. Me siento más segura contigo.



Diana

Diana abrió la caja de metal protectora para revelar el teclado e introdujo con rapidez el código de ocho dígitos que abría la puerta del laboratorio.

Podía sentir la mirada de Gael sobre ella.

—Déjame entrar primero —dijo él, poniéndose a su altura. Diana se hizo a un lado para dejarlo pasar, aunque no creía que Kyle hubiera conseguido obtener el código de nadie más.

Pulsó el interruptor que había a la izquierda de la puerta y sintió alivio cuando las luces se encendieron. El generador zumbó, un sonido bajo pero irritante.

—No tenía ni idea de que esto estaba aquí —dijo Gael.

Parecía mucho más impresionado de lo que Diana habría imaginado. Referirse a aquello como un laboratorio quizá resultaba grandilocuente cuando solo eran unas cuantas habitaciones conectadas por un ancho pasillo. La primera, sobre todo, contenía equipo de campo y electrónico. El segundo espacio, más allá de la puerta abierta, era una sala de ordenadores para recabar, procesar y analizar grandes volúmenes de datos observacionales o captados por los sensores remotos.

Diana no se molestó en comprobar si faltaba algo en alguna de esas dos habitaciones. En cualquier caso, allí no había nada importante. Cuando los científicos no estaban por ahí, se usaban como zonas de almacenaje.

—Por aquí —le indicó. Gael tomó la delantera y pasaron juntos frente a un baño, una pequeña cocina y un comedor. La única zona importante del laboratorio estaba más allá, al fondo del pasillo.

Cuanto más se acercaban a la última puerta, más fuerte escuchaba su propia respiración.

Gael apoyó una mano en su brazo.

—Mira todo este polvo. Nadie ha entrado aquí en mucho tiempo.

—Eso es bueno, supongo.

Gael se detuvo y se quedó mirando la pesada puerta de acero. En un soporte a la izquierda había otro teclado, bañado en una luz azul muy pálida.

—Es como si estuviéramos dentro de *Resident Evil* —bromeó Gael.

Rio y Diana se descubrió riendo con él. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Era la forma perfecta de liberar la tensión que había sentido desde que entraron en el laboratorio subterráneo.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —preguntó Gael por fin. Volvía a tener una expresión seria.

Diana suspiró.

—Ahí es donde se guarda el equipo de extracción de hielo.

Gael enarcó una ceja. No iba a conformarse con esa respuesta.

—¿Qué clase de equipo?

Diana se encogió ligeramente de hombros.

—Taladros, pistolas para la extracción de hielo y explosivos.

—Mierda, ¿quién tiene la clave?

Diana asintió con rapidez.

—De momento, solo yo y el director de mi departamento. Ni siquiera mis estudiantes de posgrado la conocen.

—Ábrelo, Diana. Tenemos que saber si ha desaparecido algo.

La mano de Diana temblaba mientras presionaba las teclas. La puerta emitió un chasquido y Gael la empujó para abrirla.

La habitación estaba a oscuras. Diana buscó el interruptor y bañó el cuarto con una luz brillante y amarillenta. Al igual que el exterior, aquel lugar estaba cubierto de una fina capa de polvo.

—Son buenas noticias, ¿no?

Gael se paseó por el cuarto, mirando los taladros de diferentes tamaños con mucha atención.

—Muy buenas noticias. ¿Dónde guardáis los explosivos?

—En ese armario —dijo Diana, señalando un gran armario que había en un rincón—. Los tenemos ahí para asegurarnos de que están a la temperatura adecuada.

Gael asintió y tiró de la puerta. Estaba cerrada. Por primera vez desde que habían entrado, parecía feliz.

—¿Y qué me dices de esa otra puerta? ¿Qué hay ahí? ¿Más explosivos?

Diana sonrió.

—No, es nuestra cámara de frío.

—¿Una cámara de frío?

—Es donde calibramos los sensores de temperatura, llevamos a cabo experimentos de deformación del hielo y cosas así.

Gael sonrió, mostrando sus dientes muy blancos.

—Claro, cosas así.

Tras apartarla, Gael abrió la puerta. Un aire gélido brotó de la cámara frigorífica. Estaba vacía, salvo por un banco de trabajo y un taburete.

—Todo tiene buena pinta —dijo Diana—. Está igual que la última vez que vine aquí, hace más de seis meses.

—Se lo diré a Damien. ¿Y no has vuelvo desde entonces? ¿Es algo normal?

Diana se encogió de hombros.

—Depende. Vine a la sala de ordenadores cuando instalé unos marcadores nuevos, pero no tenía motivos para acercarme al equipo de extracción. Me he pasado casi todo el verano escribiendo. —Inhaló con fuerza—. Estoy trabajando en un libro sobre el potencial de los glaciares para ayudar al planeta.

—¿Es algo que podría enfadar a Kyle?

Diana se mordió el labio inferior.

—No veo por qué. Estamos en el mismo bando en lo que respecta a la crisis climática, incluso si llevamos quince años sin hablar.

—¿Fue entonces cuando te fuiste de Last Act? ¿Qué pasó?

—Cuando me uní a Last Act, pensaba que el activismo era la mejor manera de combatir la crisis climática. Luego empecé la universidad… y descubrí mi propio camino.

—¿Te fuiste de buenas maneras?

En su cabeza, Diana vio la expresión fría de Kyle cuando le comunicó que se marchaba. No estaba contento.

«Pero nadie guardaría rencor por algo así durante quince años».

—Fue hace mucho tiempo. Mucha gente entraba y salía.

Gael asintió, todavía examinando el laboratorio.

—Ni siquiera sé lo que son la mitad de estas cosas —comentó sin darle importancia—. ¿Quieres coger o hacer algo ya que estamos aquí?

Diana abrió la boca de par en par.

—¿De verdad? ¿No te importa si paso quince minutos en el ordenador? Hay algo que quiero comprobar. Pero si…

—Claro, no me importa esperar.



Gael

Diana le estaba ocultando algo.

Cuando le había preguntado si había abandonado Last Act en buenos términos, había mirado hacia arriba y a la derecha durante un instante; no como lo haría alguien tratando recordar lo que había ocurrido, sino alguien decidiendo cuánto podía contar.

Lo que no sabía era si solo ocultaba algo o le estaba mintiendo. La línea entre una mentira y una omisión a veces era muy fina.

Gael suspiró. Venía de una cultura donde las mentiras bienintencionadas —*mentirijillas*— eran socialmente aceptadas y a veces incluso se asumían para no «causar problemas», como decía su madre. Pero las mentiras bienintencionadas llevaban a zonas grises y daban como resultado un mundo donde la verdad había sido fabricada y distorsionada para ocultar o silenciar las cosas que no le gustaban a la gente, o que pensaban que los hacían quedar mal. Era una costumbre que a Gael nunca le había gustado.

Odiaba las mentiras. Y también que Diana considerara que tenía que mentirle o, al menos, que había algo que creyera que no podía compartir con él sobre lo que había ocurrido en aquel entonces.

Para ocultar su decepción, la dejó en la sala de ordenadores y salió al pasillo. Las estanterías estaban llenas de libros sobre glaciares. Muchos de ellos era probable que hubieran sido escritos por los mismos científicos que habían ido allí a trabajar. Examinó los lomos en busca del nombre de Diana y lo encontró en la segunda balda. Doctora Diana Granger.

Cogió el volumen para hojearlo. Le habría llevado años entender el modelo estadístico que presentaba; Gael no había estudiado muchas matemáticas desde el instituto. Su padre había insistido en que fuera a la universidad, pero había tenido libertad para elegir su campo de estudio y había optado por Gestión Deportiva. En ese momento había supuesto que se pasaría toda la vida escalando.

Volvió al principio y se sentó en el sofá para leer. Y, aunque se saltó las matemáticas, acabó enganchado gracias a la prosa intensa y vivencial de Diana.

—Estoy lista —dijo Diana desde la puerta. Gael miró el reloj. Eran las tres de la tarde, mucho más tarde de lo que pensaba—. ¿Qué estás…? Oh.

—He cogido uno de tus libros. Espero que no te importe.

—Solemos traer aquí una copia de cada libro que publicamos. Suena un poco presuntuoso, ¿no crees?

—Qué va. He conocido escaladores que han dejado parte de su equipo con su nombre en lo alto de una ruta difícil solo para probar que tuvieron éxito. Al menos, tu libro no está causando ningún daño al medio ambiente. ¿Puedo quedármelo?

Las mejillas de Diana enrojecieron por la vergüenza.

—Supongo. Si estás seguro de que lo quieres.

Gael metió el libro con cuidado en su mochila.

—Gracias. Deberíamos irnos o habrá anochecido cuando lleguemos abajo.

Después de asegurarse de que todas las puertas estaban cerradas, Gael tomó la delantera. Se había relajado mientras estaban en el laboratorio, sabiendo que oiría a cualquier persona que se acercara. Pero ahora que estaban al aire libre otra vez, volvía a sentir ese picor en la piel; como si alguien los estuviera observando.

Sabía de sobra que no debía ignorar esa sensación. Le había salvado la vida más de una vez.

Pero tampoco quería asustar a Diana de forma innecesaria.

Se detuvo, arrodillándose mientras pretendía atarse los cordones de las botas. Aprovechó la oportunidad para mirar el suelo. Lo alivió no encontrar nada destacable. Con veintipocos años, mientras vivía en Perú, le había dado un pronto y había decidido formarse como rastreador táctico. Por aquel entonces no sabía lo útil que le resultaría aquella habilidad cuando empezara a trabajar en el rescate de montaña.

—¿Va todo bien, Gael? —preguntó Diana—. ¿Crees que nos está siguiendo alguien?

Gael suspiró. Diana era lista.

—No veo a nadie más aquí —dijo con sinceridad. Aun así, el picor no cesaba. Se incorporó y estiró los brazos, buscando cualquier cosa fuera de lugar. Algo titiló a lo lejos y desapareció antes de que pudiera enfocarlo.

«Solo es el hielo reflejando los rayos de sol».

Probablemente, no había nada de lo que preocuparse, pero no quería que Diana estuviera allí fuera más de lo necesario. Era un espacio muy expuesto.

En lugar de bajar por el sendero marcado, Gael dirigió a Diana hacia a los árboles.

—Vamos —le dijo, empujándola con delicadeza para que caminara por delante de él.

No lo cuestionó; si acaso, aceleró el ritmo. Cuando llegaron a las sombras de los primeros árboles, Gael se relajó por primera vez.

«Todo va a ir bien».

Un trueno resonó tras ellos. Gael agarró a Diana, empujándola por delante de él mientras recorrían los pocos pasos restantes hasta llegar al árbol más cercano. La echó contra la corteza, lo bastante fuerte como para saber que al día siguiente tendría un moratón, y luego se lanzó sobre ella, cubriéndola con su propio cuerpo.

Diana lo miró con una absoluta confusión.

—¿Qué…?

—Eso no ha sido un trueno —susurró.

Su cara mostró comprensión y un instante después demudó en miedo.

—¿Alguien estaba…?

—Disparándonos —completó Gael—. Sí.

Su respiración se detuvo durante un instante, y luego volvió a empezar, fuerte y rápida.

—¿Qué hacemos?

—Hay que seguir avanzando por el bosque. No podrá dispararnos dentro.

Contó hasta trece —un número lo bastante aleatorio como para que el tirador no se lo esperara— y luego tiró de ella para hacerla salir de detrás del árbol.

—Corre, Diana —la instó, asegurándose de mantenerla frente a él.

Bum.

Algo impactó en su brazo.

Gael se habría caído, pero el instinto lo hizo seguir adelante. La corteza salió volando cuando la bala impactó en un tronco que había a su derecha.

Suspiró de alivio. No había pasado cerca de Diana.

—¿Gael? —La voz de Diana destilaba miedo, pero, por suerte, no se detuvo.

—¡Sigue corriendo! Adéntrate en el bosque, Diana.

Gael corrió, ignorando la tirantez de su brazo hasta que sintió como la sangre goteaba hasta su mano.

«Mierda».

«Miguitas de pan para quienquiera que nos esté persiguiendo».

—Para aquí —dijo en voz baja. Se acuclilló con Diana tras un tronco grande y esperaron un momento. No oyeron ningún otro sonido.

—Estás sangrando. —El susurro de Diana se transmitía por el aire a más distancia que la voz baja de Gael.

—Es solo un rasguño —le dijo, pensando en que la bala había seguido su curso para terminar impactando en el árbol.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Diana, y su voz se volvió más aguda.

Gael se quitó la mochila y miró la herida de doce centímetros que tenía en el brazo. Era como si la bala le hubiera quitado un pedazo del brazo a su paso, junto con parte de la camiseta negra. Intentó no pensar en la suciedad dentro de la herida; no había nada que pudiera hacer al respecto.

Diana hurgó en su mochila y le ofreció un pequeño trozo de tela.

—¿Qué es?

—Mi bandana. Me sujeto el pelo con ella cuando hago ejercicio. Pero está limpia. Podemos usarla para sujetar esto a tu brazo y detener el sangrado en la medida de lo posible. —En la mano llevaba lo que parecía una camiseta blanca.

Gael sonrió. Era de esperar que Diana encontraría una solución a aquel problema. Apretó los dientes mientras ella apretaba con fuerza la camiseta sobre su brazo.

—Sujétala ahí. Lo siento, no quiero hacerte daño.

—No me estás haciendo daño —dijo Gael—. Tengo una alta tolerancia al dolor —le explicó. En esa situación, ni siquiera le importaba, sobre todo, comparado con el miedo que había tenido de que hirieran a Diana.

Pronto, tenía el brazo envuelto en aquella venda rudimentaria.

—Deja que yo me encargue de eso —le sugirió Diana, ofreciéndose a llevar su mochila, más pesada.

—No pasa nada. Solo es un rasguño, te lo juro.

—No te me irás a desmayar, ¿verdad?

—Hace falta mucho más que esto para detenerme.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. No entiendo qué es lo que está pasando.

Gael inclinó la oreja para escuchar los sonidos del bosque y también los de su propio cuerpo. El hormigueo había desaparecido.

—Creo que se ha ido.

—¿Quién era? ¿Un cazador?

Gael sacudió la cabeza.

—No lo creo.

La caza no solo era ilegal en esa zona, tampoco tenía sentido a aquella altitud. No, fuera quien fuera el que sostenía el rifle les había estado esperando.

«Al menos, a uno de los dos».

Gael repasó su pasado reciente. No se le ocurría nadie a quien hubiera molestado; no tanto como para que quisieran dispararle. Y era demasiada coincidencia después de lo que había pasado el día anterior con Diana.

Ella estaba tan pálida como el glaciar que había tras ellos.

—¿Crees que alguien intenta matarnos?

—No quería matarnos —dijo Gael con una súbita certeza. Cualquiera que intentara hacer un disparo a tan larga distancia como ese tenía que estar muy seguro de sus propias habilidades. Y, aun así, solo había conseguido rozarlo. Solo podía haber una razón para eso. Sentía tanta rabia que le costaba pronunciar las palabras—. Era un aviso.

—¿Un aviso?

Gael asintió convencido.

—Tenemos que salir de esta montaña e informar al equipo de lo que ha pasado.

Cogió el teléfono y marcó el número de Damien.

—Damien —dijo Gael.

—Hola, Gael. Soy Tess. Damien se ha dejado el teléfono en casa. Está en el hospital.

—¿En el hospital? —preguntó bruscamente. Luego se relajó al comprobar que Tess estaba muy tranquila. No lo estaría si Damien estuviera herido.

—Kat está de parto. El equipo ha ido para estar con Luc. Yo me he quedado en casa con Jamie.

—Ah.

—¿Va todo bien? —preguntó Tess con rapidez. La esposa de Damien era muy perspicaz, pero Gael no creía que fuera a conseguir nada preocupándola.

—Sí, todo va bien.

—Si quieres hablar con Damien, llama a Hiro, a Jens o a Drake. Deberían estar allí con él.

—Lo haremos. Gracias, Tess.

—Tenemos que ir al hospital —dijo Diana.

—Sí —coincidió Gael de inmediato.

—¿En serio? —preguntó mientras arrugaba la frente—. ¿Lo dices para recibir tratamiento médico o solo para ver a tu equipo?

Gael se miró el brazo. La sangre había empapado la venda improvisada y ahora escocía una barbaridad, pero no era una herida mortal. Sin embargo, si Damien y el resto de su equipo estaban en el hospital, ir allí tenía sentido.

—Por ambas cosas.

Se puso de pie despacio, esperando el cosquilleo que lo informara de que el tirador aún estaba por allí, pero no se produjo.

—Tenemos que echar a correr otra vez, Diana. Mantente frente a mí en todo momento, ¿vale?

11



Gael

Dejaron la camioneta donde estaba aparcada y cogieron el coche de Diana.

—Tú preocúpate de no sangrar sobre la tapicería de los asientos, ¿de acuerdo?

Gael sonrió a pesar del dolor agónico de su brazo. Se preguntó qué calibre tendría la bala con la que le habían impactado y si serían capaces de deducir algo sobre el arma sin ella.

«Tendría que haberme parado a buscarla».

—Nunca te di las gracias —dijo Diana de pronto.

—No necesitas dármelas.

—No soy idiota, Gael. Sé que puedes correr mucho más rápido. Te quedaste atrás para protegerme.

Gael no iba a negarlo.

—Y lo haría otra vez, Diana, pero, aun así, no tienes por qué agradecérmelo.

—No lo entiendo. Yo… —Tomó una profunda bocanada de aire para calmarse y redujo la velocidad al aproximarse a una curva cerrada—. Probablemente, este no es el momento ni el lugar para pensar en estas cosas.

—Probablemente no —coincidió Gael—. A menos que quieras que conduzca yo.

La mujer ignoró aquel comentario.

—¿El hospital sigue siendo el mismo? Llevo más de veinte años sin ir.

—Estoy seguro de que no han cambiado ni un ladrillo.

Diana condujo más rápido de lo que Gael esperaba, confirmándole así lo preocupada que estaba.

—Diana, estoy bien.

Ella no lo miró.

—Te han disparado, Gael. Disparado. Y hablas como si te hubieras hecho un rasguño con una piedra en el brazo.

—Soy un escalador. He sufrido heridas más graves que esta.

Para cuando llegaron al hospital, estaba anocheciendo. Diana hizo ademán de dirigirse a la entrada de urgencias.

—No, sigue avanzando. Podemos dejar el coche en el aparcamiento para visitantes.

—Esta es, literalmente, la definición de una emergencia, Gael.

Él sacudió la cabeza.

—Para nada. De todas formas, quiero entrar por la puerta principal para ver a Damien y al resto del equipo.

—Ah, sí. He escuchado tu conversación con la esposa de Damien. ¿Uno de tus compañeros va a tener un bebé?

—Mellizos —dijo Gael sonriendo al pensar en lo felices que eran Kat y Luc con el embarazo. Iban a echar de menos a la piloto durante los próximos meses cuando estuviera de baja por maternidad. Miró el reloj—. Han pasado unas cuantas horas. Quizá los bebés ya hayan nacido.

—O no. —Diana resopló—. No le metas prisa a la pobre mujer. Imagínate a un grupo de hombres metiéndote prisa mientras tú tratas de traer dos niños al mundo.

—Me cuesta imaginármelo —dijo Gael con socarronería—. De todas formas, no sabe que el equipo está fuera. Estarán apartados, haciendo compañía a Luc.

—El padre, ¿verdad? ¿También forma parte de tu equipo?

Gael agitó la cabeza.

—No, Luc es esquiador paralímpico.

Lo vieron en cuanto entraron. Gael nunca habría pensado que alguien pudiera dar paseos nerviosos con una silla de ruedas, pero eso era justo lo que Luc estaba haciendo: recorrer el pasillo de arriba abajo. Hiro caminaba pacientemente a su lado. No vio a Bailey por ninguna parte, pues aquel era el único sitio de la ciudad donde ni siquiera el perro mejor educado del mundo tenía permitida la entrada.

Luc se detuvo cuando los vio.

—¡Gael! —lo llamó Luc. Su cara reflejaba tanto su felicidad como sus nervios—. Gracias por venir. Todavía estamos esperando noticias.

—No me lo habría perdido por nada —dijo Gael, y era verdad. Si no hubiera estado en las montañas recibiendo disparos, habría ido corriendo al hospital nada más recibir el mensaje de Luc.

—Eh, Gael, ¿eso es sangre? —preguntó Hiro con calma.

Gael miró el vendaje temporal empapado.

—¡Sí! —dijo Diana, lo bastante alto para que una cabeza se alzara en el mostrador de las enfermeras—. Lo siento. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro ronco—. Han disparado a Gael.

—Tuvimos algunos problemillas en las montañas, pero solo es un rasguño. Luc, Hiro, os presento a la doctora Diana Granger.

—Doctora Granger. —Hiro la saludó con una inclinación de cabeza.

Diana se frotó las manos.

—Diana, por favor.

—¿Estás herida?

Diana sacudió la cabeza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Gael es el único que está herido.

—Iré a buscar a un médico —dijo Luc, rotando bruscamente la rueda de su silla con la mano y dirigiéndose al mostrador de enfermería.

—¿Qué ha pasado, Gael? —preguntó Hiro en voz baja.

—Subimos al glaciar. Arriba hay un pequeño laboratorio donde a veces trabaja Diana. Estábamos volviendo cuando alguien nos disparó. Conseguimos llegar hasta los árboles y, tras un rato, el tirador se fue.

Hiro entrecerró los ojos, transformándolos en finas rendijas.

—¿A quién estaban disparando?

—No lo sé, pero creo que trataban de asustar a Diana.

—Lo consiguieron —susurró Diana. Gael la rodeó con el brazo sano. Una médica y una enfermera aparecieron al fondo del pasillo—. Aquí estarás a salvo con Hiro. Por favor, quédate con él.

Ella asintió.

—Lo haré. No pienso ir a ninguna parte hasta que no vuelvas.

—Señor, ¿cómo se llama? —preguntó la enfermera con tono eficiente.

—Gael León.

—Soy la doctora Carrel —dijo la médica. Era una mujer joven; tenía que haber salido hacía poco de la facultad de Medicina, pero parecía relajada y competente. Su pelo estaba teñido de rojo brillante, un color que combinaba bien con su tez pálida.

—Señor León, ¿necesita una silla de ruedas?

Gael sacudió la cabeza con rapidez.

—Entonces, acompáñenos.

Gael asintió, pero se giró una vez más para ver a Hiro y a Diana. Los ojos de Hiro parecían prometerle que no la dejaría sola.

—Te esperaremos aquí con Luc y el resto del equipo.

Gael siguió a la doctora y a la enfermera a un cuarto pequeño sin ventanas. Se sentó en la camilla. La enfermera lo ayudó a quitarse la camiseta destrozada. Ojalá alguno de sus colegas tuviera algo que pudiera ponerse al salir de allí.

La venda improvisada emitió un sonido pegajoso cuando la médica la retiró de su brazo. A su pesar, Gael miró la herida. Tenía tan mal aspecto como esperaba dado el dolor; quizá incluso peor. Se mareó un poco al verla.

—¿Qué ocurrió, señor León?

Gael sonrió, agradeciendo su intento de distraerlo.

—Soy miembro del PGHM. Estaba escoltando a una científica por el glaciar. Estábamos iniciando el camino de vuelta cuando nos dispararon.

—¿Con un rifle?

—Nunca vimos al tirador, pero yo diría que sí, a juzgar por la distancia y el sonido.

La enfermera se acercó con una jeringuilla.

—Esto debería ayudar. Adormecerá la zona.

Gael se encogió de forma instintiva. Nunca le habían gustado las agujas. Ni los analgésicos.

—Créame, esto le va a doler mucho menos que lo que voy a hacer a continuación.

Gael sacudió la cabeza.

—Gracias, pero no lo necesito.

Si alguien estaba persiguiendo a Diana, iba a tener que mantenerse alerta.

—Esto no es el siglo diecinueve, señor León —dijo la médica. Por primera vez, su voz se tiñó con una ligera impaciencia—. No hay necesidad de sufrir innecesariamente.

Cuando, aun así, Gael sacudió la cabeza, la médica se encogió de hombros. Le entregó la jeringuilla a la enfermera y cogió una botellita y una gasa.

—Avíseme si cambia de opinión.

Gael apretó la mandíbula mientras la médica rociaba a conciencia su brazo con un líquido.

—Es solo suero. Tenemos que asegurarnos de que eliminamos toda la suciedad de la herida.

Ahora el brazo le ardía una barbaridad.

«Piensa en otra cosa».

Le vino a la cabeza una imagen de Diana con el aspecto que tenía la mañana del glaciar, con los ojos oscuros brillantes y las mejillas encendidas a causa del esfuerzo.

—Ya está, casi hemos terminado. Es una herida demasiado grande como para cerrarla con puntos, así que habrá que vigilarla mientras se cura. Señor León, eso lo ha hecho un arma de gran calibre. Tiene suerte de que solo le haya rozado. Voy a tener que sacar una fotografía.

—Hágalo, por favor. Puede ayudarnos cuando cojamos al culpable.

«Y vamos a cogerlo».

Soltó el aire con un siseo al sentir una punzada de dolor.

—Lo siento, estoy poniendo un poco de crema antibiótica y cubriéndolo con una venda estéril. Tendrá que aplicársela mañana y noche durante los próximos días. Hay que prevenir una infección; es lo más peligroso con este tipo de heridas. Bueno, y la cicatriz, pero estoy segura de que eso no le importa demasiado —concluyó, enarcando una ceja al observar las viejas cicatrices de sus hombros y su torso.

—No, eso no me preocupa mucho —corroboró, sonriente.

—Ya está. Si quiere, puede descansar un poco —dijo la médica. Volvía a emplear un tono amigable, como si hubiera perdonado su metedura de pata.

—Hay varias personas preguntando por usted fuera —comentó la enfermera—. Les he impedido el paso, pero uno de ellos me ha dado esto para usted.

Gael cogió la camiseta agradecido. A juzgar por su gran tamaño, debía de ser de Drake o de Jens, pero al menos estaba limpia. Se la puso, contrayendo el rostro en una mueca dolorida cuando movió el brazo.

—¿Seguro que no quiere tomar ese calmante, señor León?

—Estoy bien, doctora. Gracias por todo —les dijo, incluyendo también a la enfermera en el agradecimiento.

Todos lo estaban esperando fuera. Damien, Drake y Jens estaban de pie junto a la puerta. Gael miró al fondo, donde Hiro y Diana estaban sentados en las sillas de plástico duro de la sala de espera. La cara de Diana, que estaba contraída por la preocupación, se relajó en cuanto lo vio.

—Estás bien —dijo mientras se ponía en pie rápidamente y se acercaba a él.

—Lo estoy. Solo ha sido un rasguño —respondió. Trató de no mirar a la doctora Carrel mientras caminaba hacia ella. Podía sentir cómo ponía los ojos en blanco.

Apretó los dientes cuando Drake le dio una palmada en la espalda, y solo a duras penas consiguió no tropezar.

—Tienes que hacer un poco más de ejercicio, Gael —Drake rio.

—Entonces asumo que esta camiseta es tuya —dijo Gael—. Me estaba preguntando qué clase de gorila sería el propietario.

—Me alegro de que estés bien, tío —dijo Drake con socarronería, en absoluto ofendido. Con su metro noventa y tres y más de ciento diez kilos, era consciente de su tamaño.

—Diana nos ha contado lo que ha pasado —intervino Damien. Sus ojos brillaban como el hielo—. También hemos hablado con Beau. Subirá con su equipo mañana a primera hora.

—Bien pensado —coincidió Gael. Entonces se percató de que Luc no estaba—. ¿Y Luc?

—Lo han llamado hace unos minutos. Los bebés nacerán pronto.

Gael sonrió y se puso a esperar junto a Diana.

—Estás pálida. ¿Has comido algo?

—No quería comer nada, pero Hiro me trajo un café.

—Genial. Si crees que es insistente, espera a conocer a su pareja, Bailey.

—¿Es su novia?

Hiro echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Bailey es un perro de búsqueda y rescate. Trabaja con nosotros. Gael solo está celoso.

—¿Seguro que estás bien? —le susurró Diana al oído. Sintió el cosquilleo de su aliento, pero no era la clase de cosquillas que le daban ganas de reír. Lo hacían querer arrojarla al suelo y poseerla allí mismo.

—Estoy bien. —Se encogió de hombros—. Supongo que estoy preocupado por Kat.

Miró a su alrededor y comprobó que todos estaban algo tensos, aunque intentaban ocultarlo. Drake era el único que parecía tranquilo, quizá porque su esposa Isolde y él habían pasado por el mismo proceso hacía solo unas semanas. Gael esperaba que todo les salieran bien a Kat y a Luc. Habían pasado por muchas cosas juntos y se merecían aquella felicidad.

Gael nunca había pensado demasiado en niños. Estaba orgulloso de ser tío y no esperaba nada más. Pero ahora, por primera vez, se descubrió fantaseando.

«¿Qué se sentirá al amar a alguien y saber que este amor es correspondido hasta tal punto de

que decidís traer juntos a una persona al mundo?».

La imagen de una niña pequeña con una mirada conmovedora de ojos oscuros y una tierna sonrisa acudió a su mente.

«Los ojos de Diana».

«La sonrisa de Diana».

De pronto no le pareció tan disparatado. Se dio cuenta de que ya estaba enamorado a medias de aquella científica preciosa y aquel amor crecía a cada hora que pasaba.



Diana

Diana no tenía mucha experiencia con bebés. Muchos de sus amigos de Grenoble habían tenido hijos, pero Diana no mantenía un trato tan íntimo como para acompañarlos al hospital. Siempre había asumido que era algo reservado a la familia, no a los amigos.

Aun así, estaba frente a un grupo de personas que, evidentemente, tenían una idea distinta de lo que era una «familia». En el último par de horas había presenciado cómo esos hombres grandes y duros bromeaban entre ellos mientras vigilaban la puerta por la que había desaparecido Luc. Al cabo de un rato, se les había unido una mujer; se había presentado como Sarah. Estaba claro que era la pareja de Jens.

«Están nerviosos».

«Están preocupados».

«Arden en deseos de ver a los bebés».

Diana ni siquiera le había sugerido a Gael que se fueran a casa a pesar de que la fina línea que formaban sus labios evidenciaba que el hombre estaba experimentando dolor.

La puerta se abrió de pronto. Una enfermera la sujetó para que pasara Luc, que empujó las ruedas de su silla rápido hacia ellos. Aunque Diana acababa de conocerlo, no hacía falta preguntarle qué había pasado; estaba exultante.

—¡Ya están aquí! —exclamó—. Una niña y un niño. Los dos en perfecto estado de salud. Igual que Kat.

—¡Felicidades, Luc!

—*Félicitations*.

Todos los hombres miraron tras él, como si los bebés fueran a llegar andando en cualquier momento.

—Están descansando —les explicó Luc riendo—. Arriba, en la habitación con Kat.

—¿Qué tal se encuentra?

—Kat también está descansando. Lo que hizo fue increíble, simplemente increíble. —Parpadeó con fuerza, como si estuviera a punto de llorar.

—Venga, tío, dinos cómo se llaman. Nos tienes en ascuas —dijo Drake.

—Laurent y Sarah.

Sarah jadeó.

—¿Habéis llamado a la niña… Sarah?

—Por ti, por supuesto —dijo Luc. Sus ojos de un azul intenso chispearon de emoción. Cualquier rastro de humor había desaparecido de su expresión.

Sarah se llevó el puño a la boca, pero fue incapaz de contener un pequeño grito. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—No puedo… No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo espero que nuestra Sarah sea como tú cuando crezca.

Mientras Jens abrazaba a Sarah, apretándola contra él, Diana se preguntó qué habría pasado entre ellos.

«Aquí tiene que haber alguna historia».

—Laurent es un buen nombre, pero ¿no habéis considerado llamar Gael al niño? —preguntó Gael mientras su boca se curvaba en una sonrisa irónica—. Quién sabe, podría llegar a ser un gran escalador.

Todo el mundo se rio y pasaron a hablar de otras cosas. Jens lanzó a Gael una mirada

agradecida por encima de la cabeza de Sarah.

Gael estiró el brazo… y palideció de inmediato.

Diana se acercó a él, aunque no sabía si podría cogerlo si se caía.

—Estoy un poco cansada —dijo Diana—. Me pregunto si pasaría algo si…

Gael reaccionó de inmediato.

—Por supuesto, ya tendría que haberte llevado a casa. —Se giró hacia el nuevo padre—. Felicidades de nuevo, Luc. Por favor, dile a Kat que quiero conocer a los bebés en cuanto esté lista.

Diana esperó hasta que estuvieron cerca de la salida para hablar.

—Sabes que no me vas a llevar a ninguna parte, ¿verdad? Soy yo la que va a llevarte a ti a casa.

Él asintió.

—Lo sé. Y te lo agradezco, créeme. Estoy agotado. —Cinco minutos después, abrió los ojos —. Por aquí no se va a mi casa.

—Te estoy llevando a mi casa. Es medianoche y no creo que hoy debas estar solo.

—Estoy de acuerdo. No creo que ninguno de nosotros deba estar solo —dijo Gael. Parecía sumido en un estado reflexivo—. Gracias por quedarte.

—Me alegro de que los bebés estén bien.

—Yo también.

—La mujer, Sarah, parecía muy emocionada de que hubieran elegido su nombre.

—No me sorprende que hayan querido honrarla así. —El rostro de Gael se ensombreció—. Hace unos meses, Kat y Sarah fueron secuestradas por un loco que estaba acosando a Sarah. Kat empezó a tener un parto prematuro. Ni ella ni sus hijos habrían sobrevivido, pero Sarah logró negociar con el secuestrador y convencerlo de que la liberara. Así fue como las encontramos a ambas.

«Dios mío».

—Así pues, entenderás por qué han llamado al bebé como ella.

—Todos vosotros mantenéis una relación muy cercana —observó.

—Sí, esta gente son mi segunda familia. —Gael miró a Diana—. Damien nos ha pedido que vayamos mañana a la *gendarmerie*. Espero que no te importe.

Diana asintió con rapidez.

—No sé si vamos a poder contarle mucho más.

—Tenemos que tomar nota de todo lo que pasó. Podría resultar útil cuando cojamos a quien sea que hizo esto. —Su voz se endureció—. Y «vamos» a cogerlo, Diana.

—Sigo sin entender quién querría hacernos daño.

—¿Cómo de bien conoces a tu amigo Kyle?

—No es mi amigo. Por favor, deja de referirte a él como si lo fuera.

—Lo siento.

—Kyle no era un hombre violento en el pasado, pero llevo quince años sin verlo. Después de nuestro encuentro de ayer, no sé si alguna vez llegué a conocerlo, la verdad. —Su respiración se aceleró.

—Lo descubriremos, Diana.

Ella apagó las luces antes de dirigirse lentamente al camino de entrada a la casa.

—A esta hora preferiría no despertar a mi madre o nos pasaremos el resto de la noche dando explicaciones en lugar de durmiendo.

—Bien pensado.



Gael

En cuanto entraron en el pequeño estudio, Diana fue directa al baño.

—Siéntete como en casa —le dijo—. Necesito darme una ducha.

Gael se sentó en el sofá cama. Vaciló durante un momento, sin saber si a Diana le parecería bien que se quedara medio desnudo. Luego decidió que no importaba y se quitó los pantalones de campo y la camiseta. Aunque en casa le gustaba dormir desnudo, se dejó los bóxer puestos.

Rotó el brazo derecho unas cuantas veces, evaluando el dolor. Quizá tendría que haberse tomado uno de los calmantes que le había ofrecido la doctora.

Se tumbó, pero le costaba relajarse. En su cabeza, aún podía ver a Diana corriendo frente a él en el bosque. Independientemente de a quién hubiera estado apuntando el tirador, si la bala se hubiera desviado unos centímetros hacia un lado, podría haber errado el blanco y haber impactado en Diana. Quién sabía la clase de daño que…

Mantuvo el brazo derecho inmóvil y se cubrió los ojos con el izquierdo, haciendo esfuerzos para calmarse.

Debió quedarse adormecido, pues cuando despertó, Diana estaba a su lado. Gael se puso de costado y gimió de dolor.

«Mala idea».

—¿Estás bien, Gael? Puedo ir corriendo a casa de mi madre y traerte un calmante si quieres.

Gael sacudió la cabeza.

—No, solo ven aquí. Eres todo lo que necesito.

Su boca se secó mientras bajaba la mirada hasta su cuerpo, apenas cubierto por un ligero top sin mangas y una braguita.

—¿Vas a dormir solo con eso? —protestó.

En respuesta, Diana lo miró de arriba abajo.

—¿Y tú?

A Gael, el escrutinio se la puso dura como una roca.

—*Ven aquí* —le dijo en español mientras abría los brazos.

Ella se dejó caer sobre él con sencillez y se acurrucó contra su lado izquierdo.

—Me alegro de que estés bien —susurró.

Gael se inclinó y apretó sus labios contra el suave cabello color platino. Tenía un olor fresco y floral. Su polla se puso aún más dura.

«Es muy tarde».

«Ha sido un día largo».

«Deberías dejarla dormir».

Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiera evitarlo:

—¿Cómo de cansada estás?

Diana alzó la vista. Sus ojos oscuros brillaban de deseo.

—Deberías descansar. Hoy te han disparado.

—La bala apenas me rozó. Y tendría que estar muerto para no desearte.

Diana miró su brazo, indecisa.

—¿Y si tenemos mucho cuidado? —dijo Gael. Tiró de las tiras de su top hacia abajo, revelando uno de sus senos.

Ella se movió para acercar la boca a su oído.

—¿Qué es lo que tienes en mente exactamente?

—Quítate esto. Quiero verte entera. —Diana se sentó y se quitó el top. Gael susurró—: Ahora quítate esas bragas tan sexis.

En un instante, Diana estaba desnuda. Antes de que pudiera decir nada, se puso encima de Gael con una rodilla a cada lado de sus caderas.

Nunca había visto nada tan hermoso. La punta de su polla goteó en sus bóxer mientras ella restregaba su sexo contra él.

—Si no tienes más cuidado, voy a acabar corriéndome en los calzoncillos.

—¿De verdad? ¿Solo con esto? —se burló, haciéndolo otra vez.

Le puso el pulgar en la boca y Gael lo chupó con ansia, pero este desapareció un segundo después. Observó fascinado cómo se lo llevaba al clítoris y empezaba a moverlo en suaves círculos al ritmo de sus caderas. Sus tetas oscilaban en sincronía con sus movimientos.

Gael le metió el pulgar en la boca, imitándola. Diana chupó y Gael sintió los efectos directamente en la entrepierna. Gimió, a punto de olvidar lo que quería hacer. Su pulgar —ahora humedecido por la saliva— se unió al suyo en la suave exploración de su clítoris.

Estaba mojada y despedía un olor fresco y celestial; una combinación de su gel de ducha y su propio aroma.

—Sí —gimió, girando sus caderas más rápido—. Si sigues haciendo eso, voy a correrme.

Los músculos de su cuello se tensaron con la anticipación.

Al oír la advertencia, Gael estuvo a punto de echarse a reír. Era como si tuviera una diosa encima y el placer de ella fuera su propio placer. Prosiguió con su delicado asalto hasta que Diana culminó, entusiasmado al detectar las señales: la forma en que su boca se abría en un gemido y su cuerpo temblaba y se estremecía.

Cuando terminó, tiró de ella hasta que apoyó la parte superior de su cuerpo sobre él.

—Ha sido hermoso —le dijo mientras besaba su pelo—. Eres tan hermosa.

Diana murmuró algo ininteligible y besó su clavícula, el lugar donde había apoyado la boca. Gael la abrazó para acercarla más. Su polla palpitaba, pero no quería renunciar a aquel abrazo ni un instante.

Justo cuando pensaba que podía haberse quedado dormida, vio cómo se sentaba, revigorizada.

—Aún llevas demasiada ropa —protestó. Tiró de sus bóxer, que bajaron por sus caderas y sus piernas hasta que él también estuvo desnudo.

Su polla se estremeció de alegría.

—¿Tienes un condón? —Hablaba con voz firme, aunque sintió que si la respuesta era negativa, se iba a echar a llorar.

—No lo necesitamos—dijo ella con timidez—. Quiero decir… No tengo nada y llevo tomando la píldora desde que era adolescente. Problemas de acné.

—¿Estás segura? —preguntó—. Me hago análisis todos los meses, pero no quiero que…

En respuesta, Diana agarró su polla y descendió sobre él, introduciéndola en su sexo prieto, caliente y mojado. Al sentir aquel placer súbito e intenso, Gael perdió la capacidad de hablar. Era la primera vez que estaba dentro de una mujer sin barreras entre ellos.

Agarró sus caderas con delicadeza para que se apoyara, pero dejó que ella marcara el ritmo. Las piernas de Diana eran fuertes y firmes —piernas de escaladora— y sintió la potencia de sus músculos mientras subía y bajaba sobre él.

Gael agarró su culo y lo presionó con fuerza. Diana jadeó y emitió un suave gimoteo. Incrementó el tempo y la velocidad de sus movimientos mientras ambos se dirigían juntos al orgasmo a toda velocidad.

La presión dentro de Gael se incrementó. El sudor resbalaba por su frente. Logró resistirse por pura determinación hasta que sintió que el cuerpo de Diana se tensaba sobre él.

—Voy a…

—Tranquila, Diana —gruñó Gael entre dientes—. Córrete para mí.

Momentos después, mientras sus músculos internos se contraían en torno a su polla, Gael arqueó el cuello hacia atrás y rugió mientras eyaculaba.

12



Diana

Diana sentía calor en la espalda, mucho más que por delante. Se echó hacia atrás, buscando esa calidez, y descubrió un cuerpo duro y musculoso a su lado. No sintió sorpresa, solo un intenso placer.

También sabía, gracias a la tensión de su cuerpo, que Gael estaba despierto.

«Despierto y empalmado».

Gael apartó las caderas, pero Diana ya se había dado cuenta de lo duro que estaba. Frotó su culo contra él y lo hizo gruñir.

—Para —dijo Gael. Diana detectó la sonrisa en su voz—. Ayer nos saltamos la comida y la cena. Quiero prepararte el desayuno.

—¿Antes de hacer nada más? —preguntó, inocente.

—Antes —confirmó mientras se ponía los bóxer.

—Vale, si estás seguro —le dijo Diana mientras salía de la cama y se ponía la pequeña braguita que llevaba la noche anterior.

—Ponte otra cosa antes de que cambie de idea. Preferiblemente, algo que no haga que quiera arrancártelo. Algo…

Diana lo besó en los labios para acabar con su diatriba. Gael abrió la boca, ansioso por tomar lo que le estaba ofreciendo. Por fin, Diana se echó hacia atrás.

—¿Cómo tienes el brazo? ¿Has dormido bien?

—Como un bebé. —Rotó la muñeca con facilidad y luego levantó y bajó el brazo un par de veces—. ¿Ves? Se mueve bien.

Diana se percató de que no había dicho nada sobre el dolor.

—En fin, en cuanto a la comida… La verdad es que aquí no tengo gran cosa. —Miró el teléfono—. Pero aún es pronto. Podemos ir a casa de mi madre. Te prepararé el desayuno. Mis tías y ella aún no deberían estar despiertas.

Lamentó sus palabras en cuanto terminó de pronunciarlas. Había algo demasiado personal —demasiado íntimo— en aquella propuesta.

—Vale —dijo con sencillez.

—¿Vale?

—Claro. Pero antes quiero darme una ducha rápida. —Hurgó en su mochila, que había subido allí la noche anterior, y tras un rato logró sacar un paquetito enrollado—. Mi camiseta de emergencia. Así no me pasaré todo el día pareciendo un niño vestido con la enorme ropa de Drake.

Diana contuvo una sonrisa ante aquel pequeño despliegue de vanidad. El cuerpo duro y musculoso de Gael era evidente incluso bajo la camiseta XXL que le había prestado su amigo.

—Volveré en un minuto —dijo, y desapareció en el baño.

Diana se puso unos vaqueros ceñidos y un polo. Por un momento, se debatió sobre cuál sería el calzado más adecuado para visitar una comisaría y acabó decidiéndose por un par de zapatillas rojas relativamente limpias.

Tocó su corta melena, demasiado enredada para su gusto.

Su instinto le decía que a Gael no le importaría que entrara un segundo al baño a coger su cepillo para el pelo, pero cuando abrió la puerta, ya había terminado de ducharse y estaba junto al lavamanos, con una toalla envuelta con firmeza en su esbelta cadera.

Se quedó embelesada mirando la protuberancia musculosa que iba de sus caderas hasta sus

abdominales.

—Encontraouncepiodaientesuevoajolavamaosperoenoteimorte —murmuró con la boca llena de pasta de dientes.

Diana tardó un segundo en comprender las palabras.

«He encontrado un cepillo de dientes nuevo bajo el lavamanos. Espero que no te importe».

Se echó a reír.

—Por supuesto. Debería habértelo dado anoche.

Gael le dejó espacio junto a él en el lavamanos y la miró con intensidad mientras se cepillaba el cabello hasta conseguir un aspecto medio arreglado.

—Me encanta tu pelo. Es tan brillante y suave… ¿Por qué elegiste ese color?

Diana alzó la vista al espejo y la clavó en los ojos verdes de Gael. Había elegido aquel color hacía años y hasta ahora nadie le había hecho esa pregunta.

—Fue una decisión impulsiva. Se lo vi a otra mujer en la peluquería. Parecía un color tan alegre y simple que pregunté si me lo podían teñir a mí también.

—Me encanta.

La estrechó entre sus brazos y contrajo el rostro en una mueca de dolor. Su expresión se suavizó tan rápido que Diana no se habría dado cuenta si no hubiera estado mirándolo.

Se giró con rapidez para observar su brazo. Se había quitado la venda para ducharse y aquel tajo rojo y furioso tenía peor aspecto que el día anterior. Sus ojos se llenaron de lágrimas; parpadeó con rabia para deshacerse de ellas.

—Oye, estamos a salvo —dijo Gael, frotando sus brazos con las manos.

—¿Te queda crema antibiótica? Deberíamos ponerte más —replicó—. Debo tener unas gasas aquí por alguna parte…

Para cuando ambos se vistieron y estuvieron listos para irse, eran las siete menos diez de la mañana.

—¿Seguro que a tu madre no le importa que me presente en su casa sin una invitación? —preguntó Gael.

—Es muy temprano. Mis tías y ella aún estarán durmiendo. —Se detuvo un momento al comprenderlo—. Ya no soy una adolescente precisamente, Gael.

Los labios del hombre se curvaron en una sonrisa *sexy*, todavía más *sexy* gracias a la leve barba incipiente, pues no se había afeitado.

—Lo sé, créeme —susurró en su oído. Su mirada intensa dejaba traslucir todas las cosas que quería hacer con ella más tarde.

Su corazón tamborileaba. Se preguntó cuándo había dejado de importarle la diferencia de edad entre ellos. Al principio la había molestado, pero se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo sin pensar en ello, y no solo porque fueran increíbles en la cama. También parecían encajar de muchas otras formas.

«Para el carro, Diana».

Entró en silencio en la cocina de su madre y agitó la mano para que la siguiera, solo para descubrir a las tres viudas sentadas a la mesa bebiendo té con tranquilidad.

Diana entró en pánico y miró hacia la puerta, preguntándose si era demasiado tarde para escapar. Quizá podían…

Pero Gael había entrado en la cocina, saliendo de detrás de ella. Evaluó a cada una de las tres mujeres y luego asintió con suavidad hacia la que había identificado correctamente como su madre.

—*Madame* Granger —dijo, respetuoso—. *C’est un plaisir de faire votre connaissance*.

Tenía un francés fluido, pero utilizaba un tono cantarín que hacía que Diana sintiera mariposas en el estómago.

Si su madre estaba sorprendida de ver a su hija y a un extraño en su cocina a las siete de la mañana, no lo manifestó.

—Madre, este es Gael León. Gael, mi madre, mi tía Berthe y mi tía Celeste.

—Es un placer conoceros —dijo Gael.

Fue Celeste la que rompió primero el silencio.

—¿De dónde eres, Gael?

—De Ciudad de México, *madame*.

—Ah, México… *Yo amo a los muchachos mexicanos* —dijo en español, abriendo la boca en una amplia sonrisa.

—*Y yo amo a las mujeres hermosas y simpáticas* —correspondió Gael.

Su tía soltó una risita nerviosa y feliz.

Diana la miró sorprendida.

—¿Hablas español, tía Celeste? —Luego se dirigió a Gael y bajó la voz—. ¿De verdad habla español?

—*Chérie* —empezó su tía—, el día que tú naciste yo era una mujer adulta. Los lugares a los que he viajado…

Fue tía Berthe quien la interrumpió.

—Y nos encantaría oírte contarlo, Celeste, pero quizá estos jóvenes estén hambrientos si se han quedado despiertos hasta tarde.

Las mejillas de Diana adoptaron la misma tonalidad que sus zapatillas. Nunca antes había tenido motivos para preocuparse de que su estudio estuviera insonorizado.

—Gael, ¿te gustaría tomar un café? —preguntó su madre con educación—. Ya sé que mi hija necesita uno.

—Sí, por favor. Gracias, *madame* Granger.

—Llámame Adrienne.

Diana abrió la boca de par en par. Algunos de sus mejores amigos de la infancia, Damien incluido, aún se referían a su madre como *madame* Granger; y desde luego ella nunca les había pedido que lo hicieran de otra forma.

—¿A qué te dedicas, Gael?

Aquella pregunta hizo que a Diana se le encendiera la bombilla. Su madre, que nunca había sentido simpatía por Frederic, y que se había sorprendido muy poco cuando le dijo que se estaban divorciando, parecía a punto de descorchar el champán y llamar a la iglesia para ver si tenían algún hueco disponible.

—No vamos a casarnos, mamá —susurró.

Gael y las tres mujeres la ignoraron intencionadamente.

—Soy miembro del Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne.

Su respuesta provocó un alzamiento de cejas de admiración en las tres mujeres.

—Ah, cuéntanos más, Gael —le pidió tía Berthe.

Durante la siguiente media hora, se hizo evidente que su madre y sus tías estaban maravilladas con Gael. A su vez, Gael parecía muy complacido de ser el centro de atención y feliz de corresponder.

Se sirvió más café y Diana comenzó a relajarse en la silla. Para cuando terminaron de desayunar, tenía la sensación de que su madre y sus tías estaban medio enamoradas de él.

Aquella idea hizo que se frenara en seco.

«Sería tan fácil enamorarse de él».

Pero Diana no buscaba amor; ya había estado casada una vez y sería una idiota si volvía a hacer lo mismo.

13



Gael

—Vale, a mi madre y a mis tías les encantas —dijo Diana mientras se iban de casa.

Gael miró su reloj. Eran casi las nueve de la mañana. Mucho más tarde de lo que esperaba.

—Son estupendas, tienes mucha suerte. Me recuerdan un poco a mi propia familia. Más pequeña, porque mi familia es «muy» grande, pero he visto lo cercanas que son entre ellas y lo mucho que te quieren.

—Las tres enviudaron con pocos años de diferencia. Solía preocuparme mi madre, pero está mucho mejor ahora que tía Berthe y tía Celeste se han mudado con ella. Es como si volvieran a ser adolescentes. Y, desde luego, parecen apreciarte. ¿No he pillado a tía Celeste acariciándote el pecho?

—Había una mota de polvo en mi camiseta —dijo Gael sonriendo.

—Gracias por ser tan amable con ellas. Aunque igual te arrepientes cuando empiecen a invitarte a sus fiestas. Tienen una vida social sorprendentemente ocupada.

—Me encantará si tú estás allí.

—Pero no las llevarás a escalar.

—Solo hay una mujer con la que quiero escalar —le dijo, y hablaba en serio. Quería escalar con ella otra vez.

Demonios, quería hacer cualquier cosa —todas las cosas— con ella.

—Le dije a Damien que nos reuniríamos con él a las diez. Puedo coger mi camioneta de camino para que no tengas que seguir llevándome a todas partes.

—¿Seguro que tienes el brazo lo bastante bien para conducir?

—Está bien, Diana. Por mucho que me guste recibir atención, solo ha sido un rasguño aparatoso. —Hizo una pausa—. Veo que no le dijiste nada a tu madre sobre Kyle o lo que pasó ayer.

Su rostro se ensombreció.

—No quería preocuparla. ¿Crees que debería…?

—Primero vamos a reunirnos con Damien, a ver si Beau y su equipo han encontrado algo ahí fuera —dijo con cuidado. No pensaba que fueran a encontrar nada y no quería crear falsas expectativas.

Diana condujo el coche marcha atrás con pericia por el camino de entrada y luego redujo la velocidad cuando llegaron al buzón de correos que había en el exterior.

—Qué extraño. No lo vi cuando fuimos a desayunar —dijo Diana, señalando un sobre que sobresalía.

Gael se quitó el cinturón de seguridad.

—Deja que lo coja. —Momentos después, estaba de vuelta en el coche con el sobre tamaño A4—. Es para ti, pero no hay sello. Alguien lo entregó a mano.

Diana no hizo ademán de poner el coche en marcha.

—Eso es… extraño.

Gael miró a su alrededor, pero el vecindario estaba en silencio. La mayor parte de la gente que iba al trabajo ya tenía que estar allí.

Aún apretaba el sobre en la mano.

—¿Te importa si lo abro? —preguntó con cautela.

—¿Quieres abrirlo? —dijo Diana con una mirada significativa.

Gael asintió. Al sostenerlo, ya había estimado que dentro solo había papel. No tenía muy

claro de qué estaba protegiéndola exactamente. En aquel punto, solo tenía la sensación de que las cosas estaban escalando y necesitaba proteger a Diana.

Abrió la solapa superior con rapidez y sacó una única hoja de papel sin doblar, impresa por un solo lado.

Si la falta de sello no era suficiente indicativo, la fuente de letra oscura y en negrita era más grande que la que utilizaría cualquier banco o compañía eléctrica. Gael sostuvo la hoja para que Diana también pudiera verla. Fue ella quien la leyó en voz alta. La mano de Gael temblaba, pero la voz de Diana no vaciló mientras leía las palabras escritas en inglés.

—«Eres una cobarde y una traidora y pronto recibirás lo que te mereces. No digas que no te hemos avisado». —El único indicio de que estaba afectada fue una súbita inhalación—. Está dirigida a mí. ¿Pero quién querría…?

—¿Tienes enemigos?

—¿Enemigos? —susurró.

—Esto no lo escribió un amigo.

Diana hizo una pausa reveladora antes de responder.

—No —le dijo—. Soy investigadora. Enseño. No tengo enemigos.

A Gael no se le escapó que Diana tenía los ojos fijos en el papel en vez de mirarlo.

Suspiró.

—¿De dónde es Kyle?

—¿Kyle? En origen, de Australia. Pero lleva veinte años en Francia.

—Pero su lengua materna es el inglés.

—No sé, Gael, esto no… No le pega. ¿Por qué iba a amenazarme? ¿Qué gana con eso?

—Háblame más sobre él.

Diana se recostó sobre el asiento del coche.

—Yo… conocí a Kyle durante mi primer año de universidad. Era algo mayor, tenía unos veinticinco, pero nos entendíamos. Ambos veíamos la crisis climática de forma parecida y queríamos hacer algo al respecto. Nos hicimos amigos. Él fundó Last Act, una organización de activistas por el cambio climático. —Se detuvo un momento y consideró sus siguientes palabras con cuidado—. Luego fui a la universidad y perdimos el contacto.

Aunque la luz del sol penetraba a través de las ventanas, calentando el coche, Diana se abrazó el cuerpo con los brazos. Gael se preguntó hasta dónde podría presionarla.

—¿Estabais los dos… involucrados? —preguntó con calma.

—No sé qué importancia tiene eso, Gael.

Suspiró.

—Solo trato de entenderlo, Diana…

—Lo siento. Siento haber saltado. —Suspiró—. Éramos jóvenes. También nos veíamos con otras personas. Nuestra relación no era de ese tipo.

—Y cuando te fuiste de Last Act…

—Last Act era Kyle. Yo estaba allí al principio, pero enseguida empezó a crecer. No creo que mucha gente se percatara de mi salida.

—Él no estaba enfadado —dijo Gael, insistente.

Diana entrecerró los ojos.

—Ya te lo he dicho. No le gustó. Pensaba que seguiríamos haciendo grandes cosas juntos. Pero no estaba enfadado en plan «estoy enamorado de ti» si es lo que me estás preguntando. ¡Y han pasado quince años, Gael! —Sacudió la cabeza—. No tiene ningún sentido.

—¿Qué me dices de tu exmarido?

Diana apretó con fuerza el volante a pesar de que no estaba conduciendo. Le lanzó una mirada lúgubre.

—¿Sabes lo de Frederic?

—Damien lo mencionó.

Diana se encogió de hombros.

—No es ningún secreto. Frederic es profesor de Filosofía en la Universidad de Grenoble. Éramos amigos y, con el tiempo, nos casamos. No deberíamos haberlo hecho. Nuestro divorcio concluyó hace meses.

—¿Te desea algún mal?

Diana soltó una carcajada corta y carente de humor que hizo que Gael quisiera tomarla entre sus brazos y apretar con fuerza.

—No, si acaso manifestaría indiferencia. Eso fue lo que acabó con nuestro matrimonio.

—¿No hubo un tercero involucrado?

Diana sacudió la cabeza.

—No, no hubo nadie más. Y Frederic está pasando el verano en Islandia. Y lo conozco. Él no escribió esta carta.

A Gael se le encogió el corazón con aquella elección de palabras.

«Indiferencia».

«¿Cómo a alguien podía resultarle indiferente Diana?».

Esta vez, Gael sí la abrazó con torpeza por encima de la palanca de cambios. Su brazo palpitaba, pero ignoró el dolor.

—Lamento estar haciendo todas estas preguntas, solo quiero que estés a salvo.

Sintió como se relajaba junto a su hombro y la apretó con fuerza, esforzándose por mantener el control. Como cualquier escalador, a Gael se le daba bien compartimentar; era un experto en concentrarse en «el siguiente desafío». Pero lo embargó una sensación funesta. La cacofonía de voces en su interior crecía y crecía, y solo una de ellas tenía sentido: la que gritaba que protegiera a esta mujer.

14



Gael

—¿Seguro que se está quedando aquí? —preguntó Gael, dubitativo.

Hiro se encogió de hombros.

—Confío en Alex.

Viniendo de Hiro eso era decir mucho, pues no confiaba en nadie a la ligera. Gael coincidía con él. El experto en informática y seguridad de su unidad hermana en Annecy era un genio. Si Alex decía que Kyle residía allí, procederían asumiendo que así era a pesar de que aquel hostal de mochileros no era lo que Gael esperaba.

Era raro ver a Hiro lejos de Bailey, pero esa vez se había quedado en la *gendarmerie*. A pesar de que Chamonix era una ciudad tolerante con las mascotas, llevarla a un hostal solo llamaría la atención.

—Vamos allá —dijo Gael.

Hiro esbozó una sonrisa lobuna. Con su piel dorada y sus ojos oscuros y tiernos cortesía de su madre japonesa y su padre francés, había sido bendecido con la lotería genética. Sin embargo, su apariencia agradable ocultaba una gran determinación y fuerza de carácter.

—Vamos.

Aunque Gael estaba dispuesto a amenazar o engatusar a quien fuera en el mostrador de la recepción para conseguir información, pronto descubrieron que no era necesario. Acababan de entrar cuando vieron a un grupo de jóvenes saliendo del edificio.

Algo en ellos captó su atención. Hizo una señal a Hiro y juntos los siguieron hasta la cafetería que había al lado. Había un cartel que rezaba: «Evento privado». Dentro, el lugar estaba hasta los topes. No quedaba ni una silla libre y apenas quedaban lugares donde uno pudiera apoyarse en la pared.

Gael y Hiro se quedaron en la parte de atrás, tratando de pasar tan desapercibidos como fuera posible.

—Es un grupo un poco joven para nosotros —susurró Hiro.

Tenía razón. Ellos eran las únicas personas en el cuarto que superaban los veinticinco años, y la mayor parte parecían acabar de cumplir dieciocho. También había una cierta energía, una excitación en el aire, que Gael llevaba mucho tiempo sin experimentar. La gente mantenía conversaciones nerviosas en susurros a su alrededor y también sentía con claridad que «algo» estaba a punto de ocurrir.

Gael escuchó a la gente que tenía al lado hablando entre ellos en inglés.

—¿Cuándo empieza? —preguntó para sonsacarles información.

—Él llegará pronto —respondió una mujer joven con trenzas y una sonrisa contagiosa—. La reunión con el ministro de Medio Ambiente se alargó más de lo esperado.

«El ministro de Medio Ambiente».

Gael sintió como la energía y el pulso de la multitud basculaba. La gente se giró hacia el escenario elevado que había al fondo del café justo cuando entró Kyle Rupert. Gael lo reconoció por haberlo visto cuando estaba hablando con Diana fuera de su casa. El gentío jadeó, como si estuvieran fascinados de compartir el mismo aire que su héroe.

—¿Es él? —susurró Hiro.

Gael asintió con rapidez. Ese día Kyle llevaba vaqueros desgastados y una camisa holgada de lino. Había recogido su pelo largo en una pulcra coleta. Tenía una expresión sobria, pero se animó al alzarse alto y orgulloso en el escenario, con los pies separados a la anchura de los

hombros, como un vaquero del Salvaje Oeste.

Sus ojos recorrieron el local, estableciendo contacto con muchos de los presentes. Gael bajó la mirada a sus botas y confió en encontrarse lo bastante lejos como para que no se percatara de su presencia.

Kyle cruzó las manos frente a él como un predicador a punto de empezar su sermón. La multitud seguía cada uno de sus movimientos. Aún no había pronunciado ni una sola palabra y ya los tenía a todos al borde del asiento.

—¿Sabéis por qué estamos aquí? —empezó Kyle por fin.

Sus palabras fueron recibidas con algunos asentimientos.

—Claro.

—Sí.

—¿Sabéis por qué estamos aquí? —repitió Kyle con insistencia.

—¡Sí! —En esta ocasión, las voces respondieron al unísono.

Kyle les dedicó una sonrisa franca e invitadora.

—Quiero daros la bienvenida hoy. Muchos de vosotros habéis venido de muy lejos para estar aquí. Y, como os conozco, sé que no habéis llegado volando en un *jet* privado.

Hubo algunas risas entre la audiencia, pero se extinguieron rápido. Nadie quería perderse lo que iba a decir a continuación.

Kyle insistió.

—Os doy la bienvenida. Pero debo deciros que desearía que no estuviéramos hoy aquí. Desearía que no hubiera razones para estar aquí. Cuando fundé Last Act, no pensaba que estaríamos hoy aquí. Pensé que la crisis se habría resuelto mucho antes. —Abrió las manos—. Y, aun así, aquí estamos. La marea está cambiando. Por primera vez, la gente está escuchando lo que tenemos que decir. Escuchando «de verdad». Es nuestro momento. Y eso es por lo que hoy estamos aquí…

Gael vio cómo Kyle seducía a la audiencia como un orador experto. Pero, al contrario que aquellos críos, él era lo bastante mayor para identificar a un farsante cuando lo veía, y no tenía dudas de que eso era exactamente lo que era Kyle.

—Odio a ese tío —dijo Hiro con un tono de voz bajo, más difícil de propagarse que un susurro.

Gael asintió.

—Pero mira a tu alrededor. Le están comprando todo el discurso.

—Este sábado —dijo Kyle alzando la voz. La audiencia se inclinó, embelesada—. Este sábado le mostraremos al mundo la pasta de la que estamos hechos.

Gael se acercó a la joven con la que había hablado antes. Parecía bastante amigable.

—¿Qué va a pasar este sábado?

Los ojos de la chica se abrieron como platos y luego se estrecharon en dos finas rendijas. Ya no sonreía.

—¿No lo sabes? Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

Gael le dedicó una sonrisa que esperaba que pareciera sincera.

—Mi prima está aquí por alguna parte. Me dijo que tenía que venir. Que todos teníamos que ayudar.

Se detuvo, confiando en no estar dándole demasiada coba, pero la joven estaba sumida en la excitación del momento. Gael se dio cuenta de que, de haberlos tenido, podría haberle dicho algo parecido a sus propios primos perfectamente.

La chica descruzó los brazos.

—Sí. Necesitamos toda la ayuda posible para que la gente se dé cuenta de que no podemos seguir destruyendo el planeta.

—¿A qué hora empieza? —dijo, probando a dirigir la conversación en otra dirección.

—A las diez de la mañana. Arriba, en la cara oeste del glaciar.

Gael recordaba el lugar. Estaba cerca del laboratorio al que Kyle quería acceder.

No hizo más preguntas. Sabían la hora y el lugar. Con eso bastaría.

Por fin, Kyle concluyó su discurso. A Gael le parecía que no había dicho nada relevante, pero cuando salieron de la cafetería, los ojos de la audiencia llameaban. Ocurriera lo que ocurriera el sábado a las diez de la mañana, aquellos jóvenes estarían allí para verlo. Y, aun así, no había ningún indicio en el discurso del hombre que indicara la menor violencia.

«Sea lo que sea lo que esté tramando, no va a compartirlo con sus seguidores».

—Debemos irnos —dijo Hiro en voz baja—. El local se está vaciando con rapidez.

Tenía razón, Gael lo sabía. Pero estar cara a cara con el hombre que había amenazado a Diana —y que quizá había intentado dispararle— y no hablar con él… era más de lo que podía soportar.

Antes de poder replanteárselo, se acercó al otro lado de la sala con grandes zancadas, justo al punto donde Kyle estaba bajando del escenario. A su lado, Hiro maldijo en voz baja.

Sus ojos brillaron al reconocerlo, y luego llegó la furia. Entonces Kyle parpadeó una vez y su expresión cambió, tornándose abierta y amigable. A su pesar, a Gael lo impresionó. Aquel hombre tenía un control completo sobre sí mismo.

—Hola, ¿necesitas algo? —preguntó Kyle con las manos entrelazadas frente a su pecho.

«Aún está interpretando el papel de predicador afable».

—Es bueno verlo de nuevo, señor Rupert —dijo Gael.

—¿De nuevo? —Kyle abrió los ojos con sorpresa. Era un buen actor.

—Nos conocimos junto a la casa de Diana Granger la otra mañana.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo —dijo Kyle con lentitud.

—¿Qué hacía visitando a Diana Granger?

Los labios de Kyle se curvaron en una leve sonrisa.

—Solo quería ver a una vieja amiga. Pero si quiere más detalles, señor…

—León. Gael León —dijo Gael, sabiendo perfectamente que Kyle recordaba su nombre.

—Si quiere más detalles, señor León, quizá debería preguntarle a Di.

Gael apretó los puños. Luego vio la expresión complacida de Kyle y se obligó a relajarlos.

—Mantente alejado de Diana —dijo sin intentar eliminar el tono amenazante de su voz—. O te haré lamentarlo.

—¿Me está amenazando, señor León? ¿Habéis oído eso? Acaba de amenazarme —dijo Kyle, mirando más allá de Gael y de Hiro.

Hiro, que miraba con gran intensidad una mota de polvo en sus zapatos, hizo un gesto a Gael antes de darse la vuelta.

—No confundas una amenaza con una promesa —siseó Gael antes de seguir a Hiro fuera de la cafetería.

15



Diana

Cuando Diana regresó a casa de su madre, descubrió una camioneta aparcada en la calle. Por un momento se puso tensa al recordar que Kyle sabía dónde vivía. Luego se relajó al reconocer el vehículo de Gael. Poco después, la puerta se abrió.

—¿Gael? —preguntó, sorprendida.

Bajó la mirada al reloj. Eran casi las diez de la noche.

«¿Cuánto tiempo lleva esperando aquí?».

Planeaba regresar de Grenoble a primera hora de la tarde, pero se había entretenido en el laboratorio de la universidad. Siempre había muchas cosas que hacer y los ordenadores del laboratorio eran mucho más potentes que el de su casa.

—Es bueno verte, *bella* —dijo Gael con su voz suave y profunda.

«Bella».

La palabra la impresionó, porque la hacía sentir justo así: hermosa.

—¿Qué tal en Grenoble?

—Estaba vacío sin mis estudiantes —respondió Diana. También había echado de menos a Gael durante el día, pero no pensaba decírselo.

—Te he echado de menos —dijo Gael.

Se tomó sus palabras como el regalo que eran, pero, aun así, fue incapaz de corresponderle.

«Es mucho más valiente que tú».

Diana sacó su mochila del coche.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó mientras caminaban hacia su estudio—. Pareces preocupado.

—Estuve en una reunión que Last Act celebró esta mañana en la ciudad. Kyle estaba allí, hablándole a una multitud —dijo con calma.

—¿Aún está aquí? —preguntó Diana. Fue a la cocina y sacó una botella de vino y un par de vasos. Le daba la impresión de que no iba a ser una conversación sencilla.

Gael cogió la botella y el sacacorchos de sus manos y la abrió con un movimiento fluido. Mantuvo la etiqueta visible mientras echaba el vino limpiamente hasta llenar cada vaso con un tercio exacto de su capacidad.

—Guau —dijo Diana, tomando el vaso que le ofrecía—. Impresionante. Estás lleno de sorpresas.

—Fui camarero en el Four Seasons de Cancún un año entero.

—¿Así financiabas la escalada?

Se encogió de hombros.

—Al principio, sí. Luego tuve suerte. Me hice amigo de un escalador que sabía grabar buenos vídeos. Entonces empezaron a llegar los patrocinadores.

Diana sintió como se le secaba la boca. Había googleado a Gael y había visto algunos de esos vídeos; los músculos de su espalda y sus hombros se tensaban mientras se contorsionaba en posiciones imposibles para llegar a lo alto de un tramo.

—Por la escalada —dijo Diana, alzando el vaso.

—Por nosotros —replicó Gael muy serio.

Entrechocaron los vasos de cristal barato. Diana pensó en las copas caras que tenía en Grenoble. Habían sido el regalo de los padres de Frederic por su boda: vino tinto, champán, oporto… Vasos para cualquier ocasión, ocupando un armario entero de la cocina. Se preguntó si

Frederic se los habría llevado al irse. De lo contrario, le sugeriría que lo hiciera la próxima vez que lo viera.

Sorbió su vino muy concentrada. No necesitaba una vajilla cara para disfrutar de aquellos sabores intensos.

—Es un buen vino —comentó Gael.

Diana se inclinó.

—No entiendo por qué Kyle sigue en la ciudad.

—No me fío de él, Diana. Está planeando algo. Tendrías que haberle oído soltar su discurso hoy.

—A Kyle siempre se le dio bien hablar en público —dijo Diana, asintiendo.

—No. —Gael tragó saliva, como si buscara las palabras adecuadas—. No es lo que dijo. Es cómo lo dijo, como si fuera algún tipo de profeta. Está organizando una protesta el sábado en el glaciar.

—¿Una protesta? ¿Allí arriba? Es una locura. Piensa en el daño medioambiental que…

—Siento decirte que esa es la menor de mis preocupaciones. Me gustaría saber qué es lo que está planeando.

—Podría ir a hablar con él.

—No, no quiero que te acerques a él —dijo Gael con dureza. Luego suavizó la voz y tiró de su muñeca. El vino saltó en el interior de su vaso—. Lo siento. Mañana por la mañana voy a hablar con el coronel. Quizá todavía haya una forma de detenerlo.

—Pero si tú no puedes…

—No pensemos en eso ahora. Esta noche, eres mía.

Diana se acomodó entre sus brazos, sintiéndose segura y protegida. Podía concederse aquello; ese momento de placer y felicidad. Gael ni pedía ni ofrecía un «para siempre» pero, aquella noche, se necesitaban mutuamente.

16



Gael

—No. —La voz del coronel Pelegrin no admitía réplicas.

Aunque su tono era suave, Gael sabía, por la forma en la que se pasaba la mano por el cráneo como si quisiera tirar de un cabello que ya no poseía, que estaba afectado.

—¿No? —dijo la esbelta mujer sentada frente al coronel.

Gael estudió las grietas de la enorme mesa de reuniones con intensidad. Era como si alguien la hubiera golpeado muy fuerte con los puños un par de veces. Alzó los ojos un momento para mirar a Damien y a Jens, que estaban al otro lado; no necesitaba mirar a Hiro y a Drake para saber que ellos también desearían estar en cualquier otra parte.

—No —repitió el coronel. Ahora su cuello estaba ligeramente enrojecido.

«Espero que no esté sufriendo una apoplejía».

«Al menos, hay un médico en la sala».

El humor negro lo hizo reír para sus adentros.

—¿Hay algo que encuentre divertido, *monsieur* León?

«Ups».

Gael se giró para mirar a Yvette Legrand, la jefa de personal del alcalde.

—Por supuesto que no, *mademoiselle* Legrand —dijo esperando que su voz sonara más firme de lo que le parecía. Legrand hacía que todo el mundo se pusiera nervioso. Incluso el coronel parecía afectado, y eso que Pelegrin nunca perdía la calma.

La mujer concentró su considerable energía en él durante un instante, como decidiendo si debía creerle. Incluso su cabello oscuro y rizado vibraba de energía. Hoy llevaba un traje de pantalón verde esmeralda con unos pendientes colgantes a juego.

Fue el coronel el que al final acudió en su ayuda.

—¿Más de un centenar de personas subiendo al glaciar al mismo tiempo? No podemos permitirlo, Yvette.

Yvette les enseñó sus dientes blancos.

—Lo que no podemos es «no» permitirlo, coronel. —Movió sus pequeñas manos en un gesto expansivo—. Imagine el titular: «La ciudad de Chamonix prohíbe la libertad de expresión». O aún mejor: «Chamonix contra el derecho de reunión pacífica». No nos dejaría en buen lugar.

—Entiendo que las elecciones son la próxima primavera —dijo el coronel con cansancio—, pero ese es su problema, *mademoiselle* Legrand. El nuestro es más inmediato, y no podemos permitir que un grupo tan grande de gente deambule por la montaña en sandalias y deportivas.

—Yvette, las montañas son peligrosas —dijo Damien, hablando por primera vez—. No queremos que nadie salga herido.

Los ojos de Yvette brillaron con algo que parecía comprensión, pero un instante después el brillo había desaparecido.

—Pierden el tiempo, caballeros —les dijo—. Y, más importante aún, me están haciendo perder el mío. El alcalde ya ha decidido que vamos a permitir la protesta.

Pelegrin suspiró.

—¿Y qué pasará cuando la gente se empiece a torcer los tobillos, Yvette? ¿Cómo los bajamos del glaciar? ¿Cómo los mantenemos seguros?

—Eso —dijo la mujer, apoyándose en el respaldo de su silla— es justo lo que ustedes, caballeros, tienen unos días para averiguar.

—Esto es ridículo. —Drake resopló mientras se paseaba impaciente entre las mesas—. Somos responsables de la seguridad en las montañas, no de la oficina del alcalde.

Daniel se recostó en su escritorio.

—Ya has oído al coronel. Tenemos órdenes, así que debemos decidir cuál es el mejor curso de acción —dijo con tranquilidad.

—De todas formas, ¿cómo es que hemos acabado cogiendo la pajita más corta? —preguntó Drake—. ¿Por qué tenemos que ejercer de niñeras de un grupo de abraza-árboles que se pasean por el glaciar mientras el equipo de Annecy sigue con su trabajo habitual?

Gael pensó en Diana.

—No los llames así.

—Lo siento —dijo Drake—. Ya sabes lo que quiero decir. Gael, ¿qué te pasa? Estás muy callado. Pensaba que estarías tan enfadado como el resto de nosotros.

Gael se encogió de hombros.

—Estoy bien, simplemente, tengo muchas cosas en la cabeza.

Los labios de Jens se curvaron en una sonrisa.

—Esas cosas no tendrán que ver con una hermosa mujer de cabello color platino…

—No sigas por ahí. Mi relación con Diana…

—¿Tu «relación»? —estalló Drake—. ¿Acabas de decir «mi» y «relación» en la misma frase, Gael? Nunca pensé que viviría para ver este día.

El comentario de Drake tenía sentido, pero a Gael no le apetecía hablar de ello. Confiaría su vida a aquellos hombres, pero lo que sentía por Diana era demasiado nuevo…, demasiado intenso para verbalizarlo, incluso con ellos.

—Ya sabes lo que dicen —dijo Drake—. Cuanto más alto subas, más dura será la…

Todos sus teléfonos empezaron a vibrar al unísono, pero Damien fue el primero que leyó el mensaje. Por la forma en la que apretaba los labios, supieron que no eran buenas noticias.

—Vale, chicos. Se ha perdido un buscador de cristales. Tristan nos llevará volando al lugar donde vieron al hombre por última vez.

—¿Lo conocemos? —preguntó Gael, sorprendido y preocupado al mismo tiempo.

Los buscadores de cristales —o *cristalliers*, como eran conocidos en aquella región— eran montañistas que realizaban prospecciones en busca de minerales, usando solo su propia fuerza para extraerlos. La mayoría eran expertos que conocían el área de Chamonix como la palma de su mano. Ninguno se habría perdido en las montañas sin más.

—No es de aquí. Solo sabemos que estaba buscando minerales porque anoche se lo dijo a unas personas en su hotel. Se llama Jerome Junot.

—Probablemente, ni siquiera conoce la zona. ¿Contrató un guía, al menos?

Damien sacudió la cabeza.

—Tiene pinta de estar solo. Vamos, equipo, pongámonos en marcha. Hiro, Gael, venid conmigo. Esta vez vamos a necesitar a Bailey. Tristan nos recogerá en el helicóptero. Drake, Jens, vosotros coordinaréis la búsqueda con los guías de montaña de Chamonix movilizados.

—¿Por qué hace falta tanta gente? ¿Sabemos con seguridad si ha pasado algo?

—Un par de senderistas encontraron una cazadora azul clara en la nieve. El recepcionista del hotel la identificó: era la misma que el hombre llevaba puesta cuando se fue por la mañana. Además, es diabético.

«Diablos».

Recogieron sus cosas en silencio. Nadie dijo nada hasta que estuvieron sentados en el helicóptero. Incluso Tristan, el piloto del equipo de Annecy, que era muy dado a las bromas, guardaba silencio.

Gael miró la fotografía de Jerome Junot que habían recibido de Drake y Jens. A sus cuarenta y pico años, el hombre tenía una sonrisa expresiva y ojos brillantes que titilaban de entusiasmo mientras miraba el objeto que tenía en las manos, un mineral del tamaño de un puño. Gael sabía que la fluorita rosa alcanzaba buenos precios en el mercado; quizá incluso varios miles de euros. Había un pie de foto: la imagen estaba sacada de un periódico.

—Al menos, tiene experiencia —dijo Gael a través del micrófono de los auriculares que protegían sus oídos y lo mantenían en contacto tanto con los demás como con los hombres que aguardaban en tierra.

—En realidad no —dijo Jens. Sonaba como si estuviera en el helicóptero con ellos en vez de a cientos de metros por debajo—. El verano pasado contrató a Vallard para que lo llevara a uno de los yacimientos. Fue allí donde encontró el ejemplar que aparece en la foto.

Todo el mundo conocía a Vallard. Aunque tenía más de sesenta años y padecía artritis, era uno de los mejores *cristalliers*. Durante las últimas décadas, se había pasado los veranos deambulando por el valle y tenía un olfato extraordinario para localizar los yacimientos donde se encontraban los minerales más grandes y bonitos.

—¿Dónde fueron? —preguntó Gael.

—Estamos yendo al chalet de Vallard —dijo Jens—. Esperemos que se acuerde.

Gael no dijo nada más. Estaba acostumbrado a correr riesgos como escalador, pero le gustaba pensar que eran proporcionales a su habilidad y experiencia. Como geólogo aficionado, Junot no tendría que haber ido solo a la montaña.

Tristan habló desde la parte frontal del helicóptero.

—Nos estamos acercando a la zona donde encontraron la cazadora. Voy a descender y empezaremos a volar en círculos.

Gael, Damien y Hiro se repartieron el helicóptero, eligiendo cada uno un punto de observación para cubrir la mayor extensión posible. Bailey descansaba junto a Hiro con la cabeza entre las patas. Las vibraciones del helicóptero no parecían molestarla en absoluto.

Gael miró la nieve de abajo. Eran casi las seis de la tarde. Tenían menos de dos horas de luz antes de que la visibilidad se redujera demasiado. Era un día húmedo y nublado, pero nada con lo que no hubieran lidiado antes.

Por suerte, en Chamonix estaba permitido realizar búsquedas desde el helicóptero. En México, donde Gael había recibido su primera formación de rescate en montaña, los helicópteros se usaban para transportar al personal y al equipo a las distintas zonas, pero técnicamente no les estaba permitido buscar personas perdidas desde el aparato.

Gael sonrió con ironía al recordar cómo su superior se había tomado su tiempo para encontrar la zona perfecta de aterrizaje, haciendo un montón de pasadas para «estar seguro» antes de que el equipo descendiera.

Nadie habló mientras miraban el suelo. No era fácil ver a una persona desde el aire a pesar de lo que a menudo se representaba en las películas de acción. Incluso en un terreno nevado, en el que por lógica una persona tendría que destacar, solía haber árboles, matojos, rocas y muchos otros elementos naturales que complicaban la búsqueda.

—¿Sabemos lo que lleva puesto?

—Por desgracia no —dijo Jens—. La recepcionista recordaba la cazadora, pero ya no la lleva.

—Gracias, Jens.

—Vamos a dar un par de pasadas más. Si no vemos nada, tendrás que dejarnos bajar a la zona donde se encontró la cazadora, Tristan —dijo Damien.

Gael parpadeó, preparándose para la siguiente pasada, mientras Tristan trazaba otro círculo. Tenía que mantenerse alerta para detectar cualquier color o movimiento abajo. Todos sabían que a veces hacían falta muchas pasadas para encontrar algo de interés.

Una cantidad innumerable de vueltas después, Gael parpadeó para deshacerse de la sensación de cansancio en los ojos y seguir atento.

—Esperad, acabamos de descubrir que va con un perro —dijo Drake por los auriculares—. No sé cómo no nos hemos enterado antes. Es un pastor alemán.

—¿Has oído eso, Bailey? —dijo Hiro, frotándole las orejas con cariño—. Tenemos que hacerte bajar enseguida a la zona correcta para que puedas buscarlos, chica.

A Gael le daba la impresión de que las frases más largas que pronunciaba Hiro siempre estaban dirigidas a Bailey que, en respuesta, lo miraba con adoración.

—Ahora estamos con Vallard —prosiguió Drake—. Recuerda muy bien el lugar del yacimiento y no está lejos del punto donde se encontró la cazadora. Os estoy enviando los detalles.

—¿Puedes dejarnos en ese claro, Tristan? —le pidió Damien cuando vio lo que Drake y Jens les habían enviado.

Gael sabía que la respuesta sería «sí». Con sus cuarenta y pocos años, Tristan Devallé había acumulado miles de horas de vuelo en las montañas. Aterrizaría ese helicóptero donde a Damien le hiciera falta.

Cuando Tristan inició el descenso, la tensión del grupo se incrementó. Solo les quedaba una hora antes del anochecer. Eso no quería decir que fueran a abandonar después, pero había pocas posibilidades de encontrar a una persona desaparecida en la oscuridad, pues solo se podía buscar en una franja de terreno tan ancha como les permitiera el sonido de sus voces.

—¡Espera! —gritó Gael. Juraría que había visto algo moviéndose.

Contuvo el aliento, esperando, rezando. De pronto, ¡ocurrió de nuevo!

«Ahí».

—¡Es el perro!

Gael sonrió con excitación. Podía ser paciente si era necesario, pero le encantaba la acción, ese momento de una búsqueda en el que las cosas por fin progresaban.

Y que el perro estuviera vivo también era una buena señal para Junot.

Los tres hombres saltaron del helicóptero. Llevaban sus uniformes azul claro y oscuro, con la cremallera de las cazadoras subida hasta la barbilla para combatir el frío. Hiro había protegido las patas de Bailey con dos pares de botas de nieve. Costaba creer que fuera agosto; a esa altura, siempre parecía invierno.

Se movieron rápido. El helicóptero había aterrizado a un kilómetro de donde Gael había avistado al perro —era lo máximo que podía acercarse debido a los riscos y a las rocas de la zona —, pero esa distancia no era nada para ellos. Estaban entrenados para caminar mucho más en todo tipo de terrenos y condiciones climáticas.

Ya no podían ver al perro, pero de vez en cuando lo oían aullando a lo lejos. Bailey correspondió con unos cuantos ladridos estentóreos por su parte. Como la mayor parte de los pastores holandeses, Bailey no era particularmente ladradora; reservaba la vocalización para cuando era necesario.

«Y desde luego, ahora lo es».

El pastor alemán de Junot ladró en respuesta, dirigiéndolos en la dirección adecuada. Por lo menos, los perros estaban en contacto, aunque los humanos aún no estuvieran bastante cerca para mantener una conversación.

Los tres hombres reconocieron el cansancio y la ansiedad en los ladridos del pastor alemán. Eso los hizo incrementar el ritmo hasta casi empezar a trotar.

—Mierda, ¿dónde está ese perro? —preguntó Gael.

—Allí —dijo Damien—. Está sentado junto a…

Hiro fue el primero que vio el agujero en la nieve.

—Bailey, para —le ordenó—. *Sit*.

Aunque no hablaba demasiado alto, Bailey se detuvo de inmediato y se sentó. Luego giró la cabeza para mirar a su cuidador.

Se acercaron al agujero en la nieve, avanzando con cautela.

—Junot debe de haberse caído por ahí.

El agujero no era visible desde el helicóptero. Nunca lo hubieran encontrado de no ser por el pastor alemán tumbado justo al lado.

El perro ladró excitado cuando se acercaron. Sus patas repiquetearon sobre el suelo, arrojando nieve fresca en el agujero.

—Tenemos que sacar a ese perro de ahí o va a acabar cayéndose también.

Hiro tenía una capacidad especial para comunicarse con los animales, así que lo dejaron comunicarse con el perro.

—Lo entendemos, chico. Está ahí dentro, ¿verdad? —dijo Hiro con suavidad—. Has hecho un buen trabajo trayéndonos hasta él. Ahora ven aquí y siéntate con Bailey mientras echamos un vistazo.

El pastor alemán alzó la mirada, gimió y reculó un par de metros. Luego giró la cabeza hacia Hiro y se tumbó otra vez en la nieve, dejando claro que no iba a ir a ninguna parte sin su amo.

Los labios de Hiro se curvaron en una ligera sonrisa.

—*Junot! Jerome! Pouvez-vous m'entendre?* —gritó Damien—. *On est avec le Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne* —prosiguió—. *On va vous aider*.

«Vamos a ayudarte».

Gael y Hiro se acercaron unos centímetros más al agujero, escuchando para ver si captaban algún sonido o movimiento en el interior, pero solo había silencio.

Tumbado sobre su vientre, Gael se deslizó despacio hacia el agujero, que desde tan cerca era mucho más grande de lo que parecía. No tenía ni idea de qué lo había causado; el hielo y la nieve tendrían que haberse fundido y vuelto a congelar muchas veces para acabar provocando aquello. Miró por el borde e iluminó hacia abajo con la linterna. Al principio, no vio nada, solo sombras. Entonces se dio cuenta de que una de ellas en realidad no lo era.

—Lo veo —confirmó Gael—. No se mueve.

Era imposible estimar desde allí si el hombre respiraba o no, pero Gael no dijo eso en voz alta.

Indicó por señas a Damien que estuviera listo y gateó hacia atrás. Cuando se alejó lo suficiente del borde, se sentó.

—Está a unos seis o siete metros de profundidad.

Damien miró al cielo. A Gael no le hacía falta preguntarle a su jefe lo que estaba pensando: trabajaban contrarreloj. Si no llegaban pronto hasta Junot, cualquier intento de rescate tendría que esperar a la mañana siguiente. Y dada su condición médica, esa no era una opción.

—¿Qué opinas? —preguntó Damien por fin.

—Tenemos que bajar a por él —dijo Gael.

Damien asintió.

—¿Hiro?

—Estoy de acuerdo con Gael, no tiene sentido perder el tiempo aquí arriba. Uno de nosotros tiene que bajar.

—No podemos tomar ninguna decisión hasta saber cómo está —dijo Damien—. Primero bajaré y luego veremos qué pasa.

Gael miró el terreno en torno al agujero, donde ellos tendrían que permanecer de pie sujetando la cuerda. El suelo no había colapsado bajo el peso del perro: eso era buena señal. Pero que no lo hubiera hecho aún no quería decir que no fuera a hacerlo ahora, con los tres allí plantados.

Al igual que Damien y Hiro, Gael no estaba allí por su propia gloria personal. Lo único que quería era sacar al hombre del agujero de forma segura.

—Deja que vaya yo, Damien. Peso menos.

Damien apretó los labios mientras reflexionaba. Gael esperó pacientemente, sabiendo que tenía razón. Por fin, Damien asintió.

—De acuerdo. Baja y echa un vistazo rápido. Luego tiraremos para traerte de vuelta.

—*Sí, señor* —dijo Gael sonriendo.

Dejó la mochila sobre la nieve y empezó a sacar el equipo necesario. Todos llevaban petates pesados, pero el de Gael era uno de los más grandes, a excepción de la bolsa de instrumental médico de Jens. Le gustaba estar listo para cualquier eventualidad, y el peso del equipamiento de escalada adicional que llevaba había cumplido su función con creces, pues le había salvado la vida muchas veces en el pasado.

Se puso el arnés y se ató a la cuerda que siempre llevaba. Miró a Hiro, que había retrocedido más y estaba preparando un punto de anclado. Se trataba de un agujero en la nieve, no de una fisura en la roca, pero podrían apañar una polea tipo Z y usar una estrategia similar si ese fuera el caso.

Unos minutos después, todo estaba listo y Hiro y Damien también se habían puesto los arneses.

—Listo —dijo Hiro—. Estás asegurado.

—Iniciando el rapel.

—Rapel iniciado.

Gael se deslizó con facilidad, con cuidado de que la cuerda no se enganchara en el borde del agujero de la nieve. Aterrizó con tanta suavidad como pudo —nada le garantizaba que aquel punto fuera el fondo del agujero— y encendió la linterna de su cabeza.

—Rapel finalizado —dijo. No había necesidad de gritar, porque tenía a Hiro y a Damien al otro lado de los auriculares.

—¿Qué ves, Gael? —preguntó Damien desde arriba.

Gael se acercó a la figura que había en el suelo y se arrodilló junto a él sobre la nieve. Apenas sentía el frío a través de sus pantalones impermeables. Apoyó dos dedos sobre su cuello y contuvo el aliento.

—Respira. —Gael suspiró de alivio—. ¿*Monsieur* Junot?

La figura se sacudió débilmente. Gael se quitó la linterna de la cabeza para no deslumbrarle.

—Jerome —dijo Gael, esta vez más alto—. Despierta, Jerome.

El hombre se sacudió de nuevo al oír su nombre. Abrió los ojos y parpadeó, tratando de enfocar a Gael. Las palmas de sus manos buscaron asideros en el suelo helado.

—No te muevas. Tengo que averiguar si estás herido —dijo Gael. Luego lo repitió en francés para asegurarse de que Junot lo había entendido.

—¿Dónde estoy?

—Te caíste en un agujero en la nieve —dijo Gael—. Tenemos que comprobar…

—¿Dónde está Coco?

Aquella pregunta le dio a entender que su paciente estaba alerta y era consciente de la situación. Eso era bueno.

Gael reprimió una risa.

«¿Por qué les dará a tantos franceses por llamar a sus perros Coco?».

Si le hubieran dado un euro cada vez que había oído gritar el nombre de Coco en aquellas montañas, no tendría que volver a trabajar nunca.

Volvió a ponerse serio.

—Tu perro está bien. Te hemos encontrado gracias a él. *Monsieur* Junot… Jerome. Tengo que comprobar si estás herido.

—Tengo… frío.

«Más bien hipotermia».

Gael había recibido formación para evaluar traumatismos con rapidez. Efectuó un rápido reconocimiento de la cabeza a los pies, comprobando las diferentes áreas del cuerpo en busca de lesiones. Mientras lo hacía, trató de estimar el tiempo que Junot llevaba tendido allí. Era difícil conseguir que entrara en calor allí abajo. La mejor opción era que se levantara y sacarlo del agujero; siempre que pudiera moverse.

—¿Te duele la espalda o el cuello?

El hombre sacudió la cabeza con rapidez. Otra buena señal. Ahora también parecía más alerta.

—Me duele el pie —protestó Junot.

Después de unos minutos, Gael estimó que solo su tobillo estaba herido de forma evidente. Tenía una torcedura bastante fea, quizá incluso estaba roto. Se apartó para hablar con Damien y Hiro.

—Tiene hipotermia y una torcedura o rotura de tobillo.

—Pronto anochecerá, Gael. ¿Crees que puedes sacarlo? —preguntó Damien—. Podemos comprobar sus niveles de glucosa aquí arriba.

—Sí, dame un minuto para ponerle el arnés extra.

Para cuando el hombre estuvo preparado, Gael respiraba con dificultad.

—De acuerdo, estamos listos —dijo por fin. Se colocó detrás y lo puso de pie, cargando con su peso tanto como le fue posible. Aun así, Junot gimió y palideció un poco—. Preparaos para alzarlo en tres, dos, uno, ahora.

Gael soltó a Junot, dejando que Damien y Hiro tiraran del final del Z-Drag que habían preparado. Unos minutos después, la cuerda estaba de vuelta. Gael se enganchó a ella y sintió como lo alzaban. Sacudió la cabeza, sin querer admitir el alivio que sintió al salir de aquel pequeño espacio con aspecto de sepulcro.

No había nada que deseara más que subir a Junot al helicóptero y volver a casa. Se preguntó, ocioso, lo que estaría haciendo Diana. La mujer nunca abandonaba su mente durante demasiado tiempo.

17



Diana

La sorprendieron los suaves golpes en la puerta. Diana miró el teléfono. Eran las diez de la noche. Se acercó, preguntándose si su madre necesitaría algo.

—¿Diana?

Algo se encogió en su interior al oír la voz suave y grave de Gael.

Abrió la puerta rápidamente.

Gael se quedó allí plantado, dándole la oportunidad de mirarlo. Llevaba pantalones negros y un polo del PGHM. Daba la impresión de haberse duchado hacía poco; las puntas de su cabello goteaban sobre el cuello de la camisa, oscureciendo el azul. La tela del polo se apretaba alrededor de sus brazos y su pecho y dejaba sus antebrazos fuertes y surcados de venas a la vista.

Era, sin asomo de duda, el hombre más *sexy* que había visto jamás.

Entonces se dio cuenta de que Gael se había quedado mirando embobado su pijama rosa de seda.

—Oh —dijo Diana.

—Guau, eres…

—¿Rosa?

—Como un regalo listo para desenvolver —le dijo. Se relamió.

Diana se echó a reír.

—Entra. Estaba a punto de meterme en la cama.

Al escuchar la palabra «cama», algo se iluminó en sus ojos verdes. Diana sintió un calor que crecía en su interior y que nada tenía que ver con la temperatura exterior. Los dos eran geniales en la cama; más que geniales, a juzgar por las experiencias pasadas.

Entonces descubrió algo más en su mirada y comprendió que estaba exhausto y casi sorprendido de estar allí, en la puerta de su casa. Diana giró la cabeza hacia la cocina en lugar de la cama.

—¿Has cenado? —preguntó—. Puedo prepararte un sándwich.

Moviéndose con lentitud, casi con cautela, Gael se sentó a la pequeña mesa que separaba el área de la cocina del salón y la zona del dormitorio.

—¿Estás herido? —Nunca lo había visto moverse tan despacio antes.

Gael sacudió la cabeza con rapidez.

—Solo ha sido un día muy largo.

Diana se mordió el labio inferior, planteándose hasta qué punto podía preguntarle. Era difícil imaginarse su día a día; las cosas que veía y que tenía que superar para volver al trabajo a la mañana siguiente.

«¿Ha muerto alguien?».

Optó por una segunda pregunta, más segura.

—¿El resto del equipo está bien?

Gael asintió.

—Todo el mundo está bien. Hemos tenido un rescate complicado, un hombre y su perro, pero los hemos encontrado y se van a poner bien. Hemos dejado al hombre en el hospital y el perro va a pasar la noche con Hiro y con Bailey. —Hizo una pausa y sus labios se apretaron, formando una línea fina—. Solo quería verte —admitió—. Sé que es tarde. Siento no haber llamado antes.

Diana encontró lo que quedaba de una *baguette* del día anterior y la partió con cuidado en dos mitades iguales.

—Me alegro de que hayas venido. ¿Te parece bien queso y pepinillos?

Era básicamente lo único que podía ofrecerle, así que se alegró cuando Gael asintió. Preparó el bocadillo en silencio, apretando con firmeza el pan para que no se saliera el contenido. Luego lo puso en un plato y lo dejó frente a él.

Gael engulló el bocadillo en tiempo récord.

—Gracias. Creo que no me había dado cuenta de lo hambriento que estaba.

—También tengo galletas si sigues con hambre —dijo, dubitativa. Tomar galletas con leche antes de irse a dormir eran su placer secreto, aunque no planeaba tomarlas aquella noche con él presente.

—Estoy bien, gracias. —Se pasó las manos por el cabello encrespado—. Supongo que debería irme. Esta noche no soy la mejor compañía.

Diana no quería que se fuera, pero sabía que lo haría si no se levantaba y decía algo. Se mordió el labio y reunió valor. Luego se incorporó y apoyó una mano en el pecho de Gael cuando este ya se dirigía a la puerta.

—No, por favor. Quédate.

—¿Estás segura? —Cuando ella se lo confirmó, Gael la estrechó en un abrazo caliente, fuerte y protector. Y Diana se dio cuenta de que quería ofrecerle lo mismo en respuesta. Porque, a pesar de que la erección de Gael presionaba su cadera, reconoció a un nivel instintivo que aquella noche Gael necesitaba el sexo mucho menos de lo que necesitaba un abrazo.

—Ven conmigo —le dijo mientras lo conducía a la cama. No hablaron mientras Diana le quitaba el polo, los pantalones y los calcetines, y lo cubrió con el edredón.

—Gracias, Diana —susurró Gael en la oscuridad. Su voz profunda y ronca sonaba como una promesa.

Minutos después, yaciendo en la cama en la oscuridad, con la cabeza apoyada en el hombro de Gael y escuchando los fuertes latidos de su corazón, Diana sintió algo que pensaba que nunca iba a experimentar de nuevo; una sensación de pertenencia muy parecida a la sensación de regresar a casa en los sueños de su infancia. Como si, durante toda su vida, hubiera añorado un lugar que no existía y por fin lo hubiera encontrado en el sitio menos esperado, aquel sofá cama lleno de bultos.

Gael

Cuando Gael despertó, Diana lo estaba rodeando con los brazos.

«No solo con los brazos».

«Con el cuerpo entero».

Recordó cómo se había metido en la cama y lo había abrazado la noche anterior. Aunque había crecido en una familia muy cariñosa, Gael era el primogénito. Nadie se había comportado con él de forma tan protectora… jamás.

Se giró despacio para no despertarla, pero cuando miró su rostro, comprobó que sus ojos oscuros ya estaban abiertos y lo miraban fijamente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. No sonaba como si estuviera juzgándolo.

Gael se aclaró la garganta.

—Me has abrazado durante toda la noche.

Era difícil explicar lo mucho que eso significaba para él.

Diana apoyó la mano sobre su corazón.

—Quiero estar aquí para ti, Gael, para lo que necesites.

Gael bajó la vista, mirando aquel pijama rosa que transparentaba y había aparecido con tanta insistencia en sus sueños. Al parecer, no se lo había imaginado. Jugueteó con el botón superior del pijama, desabrochándolo. Acarició con los dedos un punto entre sus pechos; nunca se había fijado en ese punto con ninguna otra mujer. Bajo la piel suave, el corazón de Diana palpitaba salvaje.

—No tienes ni idea de lo caliente que estoy.

Metió la mano en sus bóxer y agarró su polla.

—A lo mejor sí que tengo «algo» de idea. ¿Quieres saber en lo que estaba pensando ahora mismo?

Gael asintió.

—Me estaba preguntando a qué sabes.

Su polla dio un brinco en su mano.

—¿Has hecho eso a propósito? —preguntó Diana, agarrándolo con más fuerza.

—En lo que a ti respecta, mi polla actúa como si tuviera una mente propia.

Gael liberó los siguientes dos botones de su pijama. Ahora podía ver su ombligo. Era respingón, de esos que salían hacia afuera. Se inclinó para besarlo, pero ella lo empujó para que se echara de espaldas.

—No.

—¿No?

—Ya te lo he dicho. Es mi turno.

Diana se puso sobre sus piernas y chupó la punta de su polla con delicadeza y ternura, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Gael apretó las manos contra las sábanas para evitar empujarla hacia abajo, allí donde la quería. Por fin, Diana se apiadó de él y se metió el miembro en su boca caliente y profunda.

A Gael siempre le habían gustado las mamadas, pero esta vez se dio cuenta de que estaba prestando más atención a cosas que no eran su polla; como a los ojos grandes y oscuros de Diana o la forma en que sus labios se curvaban en torno a él. Cosas que incrementaban su placer por mil.

Gimió.

—¿Más? —lo provocó, liberándolo durante un instante.

—*Sí, más* —suplicó.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, se metió su polla en la boca otra vez, más y más adentro, hasta que Gael sintió que chocaba contra el final de su garganta. Un placer increíble que nunca había experimentado antes lo asaltó. Estaba a punto de decírselo cuando sintió su arcada.

—Lo siento —se disculpó, echando las caderas hacia atrás, alejándolas, a su pesar, de aquella deliciosa boca.

Diana le agarró el culo, interrumpiendo el movimiento.

—No, déjame —le dijo, y empezó a lamerlo de nuevo.

—Dios, Diana. Tu boca está hecha para chupármela.

Ella murmuró algo con la polla en la boca. Sonaba como si estuviera de acuerdo.

—Para, vas a conseguir que me corra.

Entonces Diana lo dejó. Alzó la mirada hacia él con la cara a solo unos centímetros de distancia de su miembro.

—¿Y si quiero que te corras en mi boca?

—Me encantaría. La próxima vez. Pero ahora necesito estar dentro de ti. *Ven aquí, bella* —le dijo, alzándola para alinear sus sexos. Diana contrajo la cara de placer cuando la polla de Gael encontró su clítoris y empezó a frotarlo.

—Tienes suerte de que me muera por sentirte dentro de mí otra vez —jadeó, contoneando las caderas.

—Es verdad —convino él.

—¡Ahí, justo ahí, Gael!

—Métela dentro cuando estés lista, Diana.

Ella hizo justo eso; sus músculos internos lo apretaron hasta que Gael estuvo a punto de estallar.

—Baja el ritmo, *bella*, o esto va a terminar demasiado pronto —gimió mientras la agarraba de las caderas para reducir el ritmo.

—¿Y si quiero correrme ahora? —susurró mientras se mordía el labio inferior.

—Si te corres, me corro.

—Bajaré el ritmo —replicó ella, echándose hacia adelante y aplastando sus tetas contra el pecho de Gael—. Pero hoy me quedo encima.

Él asintió y se obligó a reducir la presión sobre sus caderas, sabiendo que probablemente le estaba haciendo moratones. Diana acercó la boca buscando la suya. Él la besó con fiereza, haciendo con la lengua lo que quería hacer con la polla.

Aun así, mantuvo la calma y esperó a que ella se moviera de nuevo. Cuando lo hizo, el placer fue abrumador. Diana inició un ritmo suave, casi ocioso, que hizo que pronto ambos jadearan de deseo. Sus caderas se mecían adelante y atrás, trabajándole el miembro de arriba abajo.

«Es demasiado».

Gael se chupó el pulgar, lo acercó a su clítoris y lo deslizó con suavidad sobre la pequeña protuberancia. Sus ojos se abrieron de golpe y también la boca, en un sonoro gemido. Gael sintió el placer de Diana con tanta claridad como si se tratara del suyo propio. Lo hizo otra vez, y otra, y en cada ocasión ella emitía aquel delicioso sonido.

—Sí, no pares.

—Córrete conmigo, Diana.

Solo se concedió permiso para correrse cuando sintió que su coño se apretaba en torno a él. Alzó las caderas y eyaculó muy dentro. Diana volvió a derrumbarse sobre él, derrotada, y Gael la

acogió entre sus brazos y giró sus caderas para que ambos estuvieran de costado, aún juntos.

Besó su nuca. Un «te quiero» bailaba en sus labios, pero se contuvo, pues tenía miedo de asustarla con la intensidad de sus sentimientos.

18



Diana

El sábado llegó antes de lo que esperaba. Hacía un calor sofocante en el pequeño estudio, así que fue directa a abrir la ventana. Al principio, la sorprendió ver un polvo espeso y naranja en el alféizar. Pasó el índice por la superficie con cuidado, recogiendo parte de la sustancia. Se sintió como un personaje de un viejo anuncio de Don Limpio.

Diana parpadeó para combatir el sueño. Aquel polvo extraño y anaranjado no estaba solo en el alféizar, también flotaba a su alrededor, enturbiando el ambiente. Lo había visto antes en una ocasión, de vacaciones en Andalucía, cuando un viento cálido y rojizo había soplado hasta España desde el Sáhara, pero no sabía que el fenómeno ocurriera tan al norte.

Cogió aire, pero incluso este tenía un olor extraño; no era como el aire de Chamonix que conocía. Diana cerró la ventana. Lo consideraba un mal presagio para el día que se avecinaba.

No había visto a Gael desde el jueves por la mañana, cuando habían amanecido entre los brazos del otro y él le había mostrado lo íntimo y salvaje que podía ser el sexo matutino. Pensó en cómo habían dormido, acurrucados uno junto al otro. Diana nunca se había considerado una persona así de cariñosa, pero estaba empezando a aceptar que Gael, simplemente, sacaba a la luz aquella faceta suya.

Diana sabía que su equipo estaba trabajando contrarreloj en las preparaciones de la protesta del sábado y no esperaba reunirse o hablar con él hasta que terminara el evento. Sin embargo, Gael la había sorprendido llamándola la tarde anterior. Sentía un ardor en la piel al recordar la conversación que habían mantenido. Gael le había suplicado que aquel día se quedara en casa o, al menos, en la ciudad. A Diana le había costado hacerle entender que, mientras ella siguiera en la ciudad, era responsable del laboratorio y el equipamiento que contenía. Y no era solo el equipo; allí había experimentos que tardarían años en replicar si los científicos involucrados tenían que empezar desde cero. Eran conocimientos que se perderían para siempre.

Si los seguidores de Kyle trataban de acercarse al laboratorio, Diana tenía que estar allí para detenerlos.

Se dio una ducha rápida y se puso la ropa habitual que llevaba cuando visitaba el glaciar: pantalones negros impermeables de senderismo, su camiseta azul de manga larga favorita, con el texto «Los glaciares molan», y botas impermeables.

Sintiéndose molesta e irritable, quizá por no haber tomado aún su café matinal, Diana salió al exterior y chocó contra un muro de músculos.

El muro la mantuvo en su sitio cuando, en circunstancias normales, habría rebotado contra él.

—¿Gael? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hola a ti también, Diana.

—Hola. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Como has dejado claro que no puedo convencerte de que no subas al glaciar —le dijo—, he pensado que podíamos ir juntos.

Diana entrecerró los ojos, pero trató de no parecer tan suspicaz como realmente se sentía.

—¿De verdad? Anoche no dijiste eso… Además, pensaba que ibas a subir con tu equipo.

—Nos hemos separado. Divide y vencerás, ya sabes. A pesar de eso, no esperamos que haya ningún problema allí arriba, solo un montón de tobillos torcidos.

—Vale… Me alegro de ir contigo. Dame un momento para coger la mochila de mi coche si vamos a usar el tuyo.

Gael ladeó la cabeza.

—Hiro y Bailey ya están arriba, y me ha dicho que la gente ya está empezando a llegar.

—¿Tan pronto? Pensaba que no empezaban hasta las diez. —Miró su teléfono. Solo eran las ocho.

A juzgar por la fina capa de polvo oxidado que lo cubría, Gael había dejado la camioneta fuera por la noche.

—¿No es extraño? —preguntó, sentándose en el asiento del pasajero.

—¿El polvo? —dijo Gael sonriendo—. Drake estaba alucinando esta mañana. Creo que le preocupa que pueda ser un escape en una planta química o algo así. En México esto es bastante frecuente.

—¿De verdad? —preguntó Diana, que comenzaba a despejarse. Le encantaba oírlo hablar de su país de origen.

—Claro. Hay una región llamada Zacatecas, famosa por su tierra rica en hierro. Cuando el viento sopla en la dirección correcta, ese polvo puede llegar hasta Ciudad de México y más allá.

—Me encantaría visitarla. —Las palabras surgieron antes de que pudiera meditarlas. Se tapó la boca con la mano, como si así pudiera tragárselas de nuevo.

Gael apoyó la mano en su rodilla y apretó con suavidad.

—A mí también me gustaría que vinieras. Me encantaría que conocieras a mi familia. A mis padres, a mis hermanos y hermanas, a mis tíos, y mis sobrinos y sobrinas…

Diana se echó a reír.

—Eso también me gustaría.

Condujeron sumidos en un silencio agradable hasta que llegaron a la carretera que conducía a Les Deux Glaciers. El tráfico empeoró muchísimo: todos los autobuses, bicicletas y coches iban en la misma dirección.

—Parece que la protesta va a tener mucho éxito —dijo Gael, y llamó a Damien con el manos libres del coche—. Hola, Damien, estoy con Diana. Nos dirigimos al *parking* de Les Deux Glaciers. Hay mucho tráfico aquí.

—Eso he oído. Parece que todo el mundo está intentando llegar pronto. Yvette acaba de llamar para decirme que Kyle se ha puesto en contacto con varias cadenas de televisión.

—Diana y yo aparcaremos e iremos al glaciar caminando.

—Estate pendiente de Kyle, por favor. Hiro todavía no lo ha visto arriba. Me preocupa que guarde un as en la manga.

—Recibido, Damien.

Diana miró a la gente que había en la carretera.

—Todos son muy jóvenes, Gael.

«Jóvenes y de aspecto inocente».

«¿Yo también fui tan inocente alguna vez?».

Cinco mujeres jóvenes que había en el coche junto a ellos pitaron y sonrieron a Gael. En su radio sonaba una estruendosa música *dance*.

—Has hecho unas nuevas amigas. —Diana se rio, consciente de su edad.

—Son un poco jóvenes para mí —respondió Gael, sacudiendo la mano para cederles el paso —. E incluso si no lo fueran, solo estoy interesado en una mujer. —Apartó sus ojos verdes de la carretera y la miró durante un instante.

Diana sintió que enrojecía una barbaridad.

—Asumo que la mayoría tardarán medio día en subir hasta el glaciar —dijo Diana—, y eso asumiendo que no se pierdan por el camino. No sé en qué estaba pensando Kyle.

—No quiero saber en qué pensaba. Solo quiero asegurarme de que toda esta gente está a

salvo allí arriba.

—¿Kyle no ha tenido que firmar algún tipo de petición para que le permitan hacer esto?

—Sí, pero se aseguró de que la prensa ya estuviera informada de la protesta antes de enviar la solicitud.

—Así se garantizó que el alcalde dijera que sí —concluyó ella por Gael.

—Exacto.

Otro coche apareció en el carril contiguo. Aunque el conductor era joven, ya estaba calvo. A Diana le recordó algo.

—¿Qué hay de Sven? —dijo Diana con urgencia—. Tienes que vigilarlo.

—¿Sven?

—Sven Richards. Es la mano derecha de Kyle. Siempre va detrás de él.

—Así que, si encontramos a Sven, es posible que también localicemos a Kyle. ¿Qué aspecto tiene?

—Es enorme. Más que Kyle, y más fuerte. Era corpulento incluso en la veintena, y asumo que ahora será más grande. Completamente calvo. Sufre algún tipo de alopecia.

Gael ya estaba al teléfono.

—Hiro, tenemos nueva información. El lugarteniente de Kyle, Sven Richards, suele seguirlo allí donde va. Si no puedes encontrar a Kyle, búscalo a él. Diana me ha dicho que es un hombre grande y calvo. Si ves a alguien así, ¿nos lo harás saber?

—Lo haré, y dale las gracias a Diana por la información.

Renunciando a encontrar una plaza libre a un kilómetro del sendero, Gael subió la camioneta a una acera y aparcó allí.

—Supongo que es otra forma de hacerlo. —Diana rio—. Me alegro de que hayamos venido en tu coche.

—Le enviaré un mensaje a Damien para pedirle que envíe a unos cuantos gendarmes aquí. La zona se está convirtiendo en un zoo.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Esperar?

Gael sacudió la cabeza.

—Hiro está solo allí arriba. Quiero ir con él.

Diana asintió y cogió la mochila. Llevaba pocas cosas: solo la botella de agua, la capa impermeable y algo de comida.

—Estoy lista.

19



Gael

Gael giró la cabeza para mirar a Diana. Aunque marchaban a un ritmo agotador, no se había quejado ni una sola vez en la última hora mientras rebasaban grupo tras grupo de jóvenes excursionistas.

Se adelantó para agarrarla cuando tropezó con una roca.

«Es hora de hacer un pequeño descanso».

La condujo a un lado del camino, donde empezaban los árboles, para acomodarse en una roca grande y plana. Diana se sentó junto a él, respirando trabajosamente.

—Gracias. Solo necesito un par de minutos. ¿Cómo va Hiro? —dijo entre jadeos.

Gael miró el mensaje que le había enviado Hiro hacía solo unos minutos.

—Está bien. La gente sigue llegando, pero Kyle aún no está allí.

Sacudió la cabeza. Había algo que se les estaba escapando.

—¿Por qué no está allí? —reflexionó Diana—. No parece propio de él con lo que disfruta siendo el centro de atención.

—¿Cómo era Kyle cuando lo conociste?

Diana suspiró.

—He pensado mucho en eso durante los últimos días. Kyle era inspirador… Has de recordar cómo era la sociedad entonces. Las autoridades nos trataban como a radicales peligrosos cuando, en realidad, sabíamos que el peligro estaba en los países y empresas que aún apostaban por los combustibles fósiles.

Gael bajó la voz cuando otro grupo pasó junto a ellos.

—Debe de ser frustrante para Kyle ver que, después de quince años, el mundo no ha avanzado en la dirección que él considera correcta.

Diana alzó la vista a la pared de granito macizo que había entre ellos y el glaciar y luego volvió a mirar el sinuoso camino que habían dejado atrás. Gael supo de inmediato lo que estaba pensando.

—El mundo «ha» cambiado. Todos nos estamos moviendo. No existe una sola forma de llegar a un punto. Mira esa pared —reflexionó—. Resulta imponente. Sería un obstáculo insalvable casi para cualquiera. Y ahora mira el camino. Caracolea, y alguien que decida seguirlo tardará más en llegar a la cima, pero es algo que la mayor parte de la gente puede conseguir. A veces, el camino más directo no es el mejor, y debemos encontrar otras formas de transmitir nuestro mensaje.

Gael sonrió con la analogía sobre escalada. Había trepado por esa pared antes —muchas veces—, pero estaba de acuerdo con ella. Si querías operar un cambio, debías hacerlo de forma que la gente pudiera apoyarlo.

—Pero a veces resulta doloroso, incluso para mí, ver la cantidad de cosas que aún hay que cambiar, y lo lejos que estamos del punto en el que deberíamos encontrarnos.

Miró sus botas, como si el arrebato la avergonzase. Gael quería decirle que nunca debía sentir vergüenza, que le encantaba su pasión y su furia, el entusiasmo por el trabajo que aún había por delante. Pero no podía encontrar las palabras adecuadas en inglés y, de todas formas, ahora no era el mejor momento.

Diana tomó una profunda bocanada de aire y prosiguió.

—Me preocupa cómo todo esto afecta a alguien como Kyle, que decidió luchar contra la crisis climática mediante el activismo.

Gael reflexionó sobre su encuentro con el líder de los activistas en la cafetería del hotel. No había encontrado ninguna debilidad en él; era pura fuerza y carisma.

Pero algo en esa reunión aún le inquietaba.

—¿Por qué el glaciar? Cuando Kyle fue a tu casa, quería que le dieras acceso al laboratorio, que es una zona restringida… ¿Por qué?

—Eso es lo que sigo preguntándome. ¿Por qué hacer esto aquí en lugar de bloquear el tráfico en la ciudad? ¿Por qué quiere Kyle a toda esta gente pisoteando la montaña?

Solo parecía haber una explicación posible. Una que para él aún no tenía sentido, pero que seguía acudiendo a su mente una y otra vez.

«La gente es solo una distracción».

«¿Pero una distracción para qué?».



Diana

El grito sonó lejos, pero era inconfundible: una persona aullando de dolor.

Diana se preguntó si sus oídos la engañaban. A veces, cuando uno estaba fuera en las montañas, los sonidos se transmitían de forma distinta. Quizá un grupo de jóvenes se había salido del camino y estaban jugando…

Ocurrió de nuevo, un grito de dolor imposible de ignorar.

Gael también lo había oído.

—Espera aquí, Diana —la previno. Se echó la mochila al hombro—. Volveré a por ti. —Y empezó a correr hacia el lugar del que provenía el sonido.

Durante un momento, Diana se quedó quieta —congelada— mientras Gael desaparecía tras la espesa arboleda. Pensó en lo que había en aquella dirección. Más bosque, y luego un río.

«¿Y si alguien se ha caído al río?».

Gael no sería capaz de rescatar a una persona solo.

Pensó en ir a buscar a algunos de los jóvenes que iban por el camino, pero estaba desierto. Al parecer, habían pillado una pausa en el tráfico.

—Mierda. —No podía quedarse sentada allí sin hacer nada cuando la vida de alguien podía estar en juego, cuando el propio Gael podía estar en peligro. Tenía que ayudarlo.

Diana miró su teléfono mientras su corazón latía con fuerza. Había transcurrido menos de un minuto. Aún podía alcanzarlo.

—¡Gael, espérame! —gritó, echando a correr hacia los árboles.

Era una zona oscura con follaje espeso y opresivo. Y a pesar de que Diana sabía que el sol brillaba en lo alto, las pequeñas ramas no dejaban que entrara mucha luz.

Vio movimiento detrás y corrió en esa dirección.

—¿Gael?

Sus pies descubrieron el error un instante antes que su cerebro. La silueta oscura y descomunal que tenía frente a ella no era Gael. La figura se giró y se dio cuenta de que lo conocía. Acababa de hablar de él hacía un rato.

—¿Sven?

Cuando el gigante dio un paso al frente, vio lo que su corpachón había estado ocultando. Había un cuerpo inmóvil en el suelo.

—¡Gael! —gritó, angustiada.

—Ah, estás aquí —dijo Sven. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro de rasgos toscos—. Perfecto, así ni siquiera tendré que buscarte.

Diana sabía que debía echar a correr, pero sus pies la impulsaron adelante, hacia Gael. Rodeó a Sven y se arrodilló junto a su cuerpo.

—Gael…

Su pecho subía y bajaba con suavidad.

«Está vivo».

Su mano temblaba, en parte de alivio, pero, sobre todo, de miedo. La sangre manaba de forma constante hasta el suelo desde una herida que Gael tenía a un lado de la cabeza, bajo el cabello.

—¿Qué le has hecho, Sven?

Sven se acercó a Diana. Se movió despacio, dejando claro que no tenía ninguna prisa, que incluso podía estar disfrutando. Diana comprendió que había cometido un error al dirigirse hacia

Gael. Tendría que haber corrido en la otra dirección, hacia el camino y la gente que estaba recorriéndolo.

Pero también sabía que no podía correr, porque ella era lo único que separaba a Gael de una muerte segura. Y la idea de que muriera le resultaba insoportable.

Se puso de pie con piernas temblorosas. Las palabras salieron de su boca de repente.

—No voy a permitir que le hagas daño.

Sven la cogió de la muñeca con mucha fuerza. Diana se echó hacia atrás, intentando soltarse. Su agarre se hizo más fuerte hasta que ella gimió y dejó de resistirse.

—Ya está —dijo con suavidad, usando el mismo tono que podría haber empleado para hablar con un animal asustado. Relajó el agarre solo un poco hasta que Diana sintió que no le iba a destrozar los huesos de la muñeca—. Ya está. Deja que te cuente un secreto, Di —susurró Sven, que volvía a sonreír—. No tengo interés en hacerle daño. Él solo está aquí por casualidad.

«Casualidad».

La palabra resonó durante un momento en su mente.

«Sven no está aquí por Gael».

«Está aquí por ti».

Abrió la boca para gritar.

Rápido como una serpiente, Sven presionó los lados de su cuello con la mano, justo sobre su carótida. Su miedo se tornó rojo, del mismo color que la sangre que recorría su cuerpo… y luego se volvió negro.

20



Gael

A Gael le dolía todo el cuerpo. Era como si le hubieran atado a una camioneta y luego lo hubieran arrastrado por el suelo. Hizo una mueca y apretó los ojos con fuerza. Le dolían hasta las pestañas.

«Diana».

«La dejé en el bosque».

Aquel súbito miedo lo hizo olvidar el dolor.

«¿Dónde está?».

Alzó la cabeza, trató de sentarse… y acabó vomitando en el suelo junto a él.

«Diablos».

Se obligó a abrir los ojos. La habitación estaba de lado o, mejor dicho, él estaba tumbado de costado. Lo primero que vio fueron sus propias muñecas, atadas frente a él con algún tipo de cordel. Sus tobillos también estaban atados del mismo modo.

La segunda cosa que vio fue a Diana, sentada frente a él. Sus manos y pies también estaban atados. Sus ojos oscuros parecían muy grandes en su rostro y su boca se tensaba en una mueca de dolor, pues tenía una mordaza alrededor de la cabeza. Cuando vio sus ojos abiertos, emitió un sonido estrangulado y amortiguado.

A pesar de que la situación pintaba bastante mal, Gael sintió un gran alivio. Diana estaba allí, y estaba viva.

—Diana. —Se aclaró la garganta seca y volvió a intentarlo—. Diana.

Diana miró con desesperación el espacio oscuro y cavernoso que había tras ellos.

«¿Dónde demonios estamos?».

Diana gritó a través de la mordaza.

—¿Estás bien, Diana? ¿Te ha hecho daño?

El miedo que traslucían los ojos de Diana alimentó su ira. Gael frotó sus muñecas entre sí, ignorando el dolor. Habían usado hilo de bramante, una decisión estúpida por su parte. Lo único que necesitaba era algo de tiempo.

Gael presionó sus manos atadas contra el suelo. Ignorando la náusea que amenazaba con dejarlo fuera de combate otra vez, se impulsó hasta sentarse. Entonces descubrió dónde estaban.

«La cueva de Deux Glaciers».

Era una cueva grande, oculta al fondo de la pared de roca, junto al glaciar. Solía ser un destino turístico muy popular en los ochenta, pero un par de chicos se perdieron dentro y la cerraron.

«¿Cómo diantres hemos llegado aquí?».

Entonces acudió una imagen a su mente. Había algo en el camino, y cuando se había parado a echar un vistazo, alguien lo había atacado desde atrás.

La confusión en su cabeza comenzó a disiparse.

«¿Por qué Diana tiene una mordaza y tú no?».

«Porque quienquiera que haya hecho esto no esperaba que recuperaras la consciencia».

Apareció una figura. Llevaba una linterna anticuada en la mano, como un personaje de una novela de aventuras para niños. La luz amarillenta iluminó las facciones de pájaro de Kyle. En la otra mano, llevaba una pistola.

—Ah, estáis los dos despiertos.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo, Rupert? —gruñó Gael.

—No me hables en ese tono o tendré que amordazarte a ti también. Querida, cuéntale lo que pasa cuando me enfadan.

Diana respondió. Las palabras sonaron amortiguadas a través de la mordaza, pero Gael estaba bastante seguro de que había dicho: «Que te den, Kyle».

«Esa es mi chica».

«Mía».

Quizá Gael no supiera lo que estaba pasando, pero tenía una cosa clara: no iba a permitir que nadie hiciera daño a Diana. No mientras siguiera vivo. Lo que implicaba que tenía que dejar de cometer errores de principiante y empezar a usar la cabeza. Y como eso no iba a ocurrir mientras siguiera mirando la expresión aterrorizada de Diana, se concentró en el hombre.

Por fuera, Kyle parecía como si estuviera en un escenario —confiado y en control de la situación—, pero Gael había sido entrenado para ver más allá de lo evidente y había pequeños indicios de estrés que antes no estaban: la ligera capa de sudor que cubría su frente, el incesante movimiento de su nuez…

Cogió aire.

—¿Por qué estamos aquí, señor Rupert? —preguntó con calma.

—Estamos aquí porque tu novia y tú no habéis podido manteneros al margen. Si Di me hubiera dado la contraseña como le pedí y, simplemente, se hubiera apartado, todo «esto» —dijo Kyle, agitando su manaza alrededor— podría haberse evitado.

—Eres consciente de que todo mi equipo pronto estará aquí, ¿verdad? —razonó Gael—. Deja que nos vayamos ya y podremos evitar…

La estridente risa de Kyle resonó con fuerza en el espacio cavernoso.

—La verdad es que no vendrán.

Al oír a Kyle hablar con tanta certeza, los músculos de Gael se tensaron.

—Verás —prosiguió Kyle, alardeando—, ha habido un accidente… a unos treinta kilómetros de aquí. Un incendio. Y un testigo ha informado de que hay tres personas desaparecidas. Todos tus equipos estarán desplegados buscándolas y tendrán que buscar durante mucho tiempo, no sé si me entiendes.

Diana emitió un tenue sonido atemorizado.

—Eso nos concederá una hora —continuó Kyle. Se detuvo, como si esperara una respuesta de Gael.

Gael estaba dispuesto a concedérsela.

—¿Por qué necesitamos una hora?

Los labios del hombre se curvaron hacia arriba, revelando unas encías enrojecidas.

—Hoy vamos a reventar un glaciar.

Si a Gael todavía le quedaba alguna duda, aquella frase terminó por convencerlo. Kyle Rupert estaba loco.

La mordaza de Diana fue incapaz de contener su horror.

—Es la única manera, Di. Hace quince años lo habrías entendido. Confiaba en que pudiéramos trabajar juntos de nuevo. Pero el tiempo te ha cambiado, te ha…

A Gael le dolía la cabeza.

—Por eso necesito acceder al laboratorio. Está en una posición estratégica y tiene explosivos suficientes para destruir el glaciar.

Diana había dejado de gritar. Estaba sentada, encorvada sobre sí misma, con el pecho encogido y los hombros temblando, mientras trataba de respirar a través de la mordaza.

—Ayúdala, por el amor de Dios, no puede respirar —dijo Gael, poniéndose de rodillas con

dificultad. Estaba dispuesto a arrastrarse hasta ella si era necesario.

Kyle fue más rápido.

—Ya está, ya está —dijo, dándole golpecitos a Diana en la espalda con una amabilidad sorprendente mientras retiraba la mordaza y esta se deslizaba por su cuello.

—Agghhh. —A Gael le dolió el sonido agónico y balbuceante que salió de la garganta de Diana—. No… No lo hagas, Kyle —suplicó Diana. Las lágrimas resbalaban por su rostro.

Gael recordó el día que habían pasado juntos en el laboratorio.

«¿Cuántos explosivos guardan los científicos allí?».

Kyle respondió aquella pregunta casi como si le estuviera leyendo la mente.

—Las explosiones controladas forman parte del trabajo de campo en el glaciar. Hay material más que suficiente para cumplir con mi propósito.

Gael pensó en las docenas de jóvenes que estaban subiendo a la montaña en aquel preciso momento.

—Vas a matar a toda esa gente…

«Ese siempre ha sido su plan».

«Son víctimas de un sacrificio».

Kyle se encogió de hombros.

—Es duro, pero inevitable. —Se giró hacia Diana, como si buscara su apoyo—. Esta será la llamada que necesita el mundo para despertar y volverse consciente de la crisis a la que nos enfrentamos.

Diana lloraba.

—No lo hagas, Kyle. Por favor. No es esto lo que necesita el mundo. Siempre hemos defendido el pacifismo, siempre…

—¡Y mira a dónde nos ha conducido! —se lamentó Kyle. Su voz subió una octava—. Llevo meses sin dormir, Diana. Todos los años, los políticos se reúnen para discutir el asunto climático. Todos los años, me digo a mí mismo: «Este tiene que ser el año». Pero nunca lo es. Siempre encuentran alguna excusa, alguna forma de retrasarlo. —La saliva se concentraba en las comisuras de su boca.

Ahora que estaba de rodillas, Gael se preparó para abalanzarse sobre él.

De nuevo, Kyle pareció leerle la mente y se dio la vuelta. Apuntó al pecho de Gael con la pistola. Su mano se mantenía sorprendentemente firme para ser alguien que había perdido el juicio.

—Yo no lo intentaría, señor León. —Se estremeció—. Me encantaría quedarme aquí plantado y debatir con vosotros, pero no tenemos mucho tiempo. Ahora, Diana, dame la contraseña.

—No pienso ayudarte a matar a nadie, Kyle —respondió con voz ronca—. Nada de lo que me digas va a convencerme de ayudarte.

—Dímelo o le dispararé en las rodillas. ¿Cómo crees que escalará entonces?

Diana se giró para mirar a Gael mientras unas lágrimas silenciosas se deslizaban por su cara. Sacudió la cabeza con la expresión congelada en un rictus. Gael asintió una vez, rápidamente. Y aunque se giró para hablar con Kyle, sus palabras estaban dirigidas a Diana.

—Ella sabe que mis rodillas no valen tanto como una vida humana, capullo. —Gracias al desprecio que sentía por él, logró que su voz no dejara traslucir su miedo.

Kyle apretó la pistola con más fuerza.

—¿En serio, Diana? ¿Te parece bien que se quede aquí sangrando hasta morir?

Diana sacudió la cabeza con tirantez, pero no dijo nada más. Parecía al borde del desmayo.

—Joder. —Kyle se acercó a Diana a grandes zancadas.

La agarró de los brazos con la suficiente fuerza como para dejar moratones a pesar de que ella no emitió ningún sonido. Le puso la pistola en la nuca. Cuando habló de nuevo, su voz de loco se había convertido en un susurro estridente.

—Necesito esa contraseña, Diana. Crees que no te dispararé porque tenemos una historia juntos, por la forma en la que en el pasado… nos conocimos el uno al otro. Pero te dispararé, hay demasiado en juego. Tú y yo, nuestra historia, la tristeza personal que yo sienta por tu muerte… Todo eso es irrelevante. Dame la contraseña ahora o te mataré y encontraré otra forma de entrar en el laboratorio.

La tristeza de su voz le hizo comprender a Gael que decía la verdad. Le dispararía.

Diana abrió la boca.

—Cuidado, Diana. Sven ya está ahí arriba. Se asegurará de que dices la verdad.

La boca de Diana se cerró de nuevo. Gael agradeció que sus expresiones fueran tan evidentes, tan fáciles de leer. No iba a decirle a Kyle lo que quería saber. Y Gael la amaba por eso; diablos, la amaba y punto.

Le poseyó un miedo como nunca había experimentado antes. Le pareció que se estaba hundiendo, ahogándose, como si nunca fuera a respirar aire fresco de nuevo. Porque Kyle mataría a Diana. Y cuando lo hiciera, también acabaría con el futuro de Gael.

El dedo de Kyle presionó el gatillo con más fuerza. Diana apretó los párpados.

Y Gael habló.

—458132.

Había visto cómo introducía el código cuando estaban juntos en el laboratorio y tenía facilidad para recordar números.

Kyle y Diana se giraron al unísono para mirarlo. Kyle lo observaba como si fuera una sorpresa agradable. Diana parecía a punto de vomitar.

—¡No! —gritó Diana.

—Repítelo, más despacio —le ordenó Kyle. Era evidente que estaba escuchando a alguien que le hablaba a través del auricular.

—458132.

La sonrisa de Kyle se ensanchó.

—Muchas gracias, señor León. Me alegro de que uno de vosotros se comporte de forma razonable. Ahora, la segunda contraseña.

Diana palideció. Gael tomó aire con fuerza.

«¿Cómo es posible que sepa eso?».

—¡No la conoce! —gritó Diana.

—¿En serio? Quizá pueda refrescarle la memoria. —Kyle dirigió de nuevo la pistola hacia ella.

Maldiciendo, Gael le dio el número.

—Una vez más, gracias. Ahora siéntese, señor León.

—¿Qué vas a hacer, Kyle? —preguntó Diana con un hilo de voz.

—Tengo un *quad* esperando fuera. Me llevará casi hasta la cima del glaciar e iré andando el resto del camino. Para cuando llegue, Sven lo tendrá todo listo. Entonces… —Pareció casi entristecido al mirar a Diana—. Si mis cálculos son correctos, cuando la bomba explote en el glaciar de arriba, esta caverna se derrumbará. No te preocupes, Di, será rápido.

Poco después se había ido, llevándose la linterna consigo. Gael contó los segundos para asegurarse de que no iba a volver. Permaneció sentado en la oscuridad durante casi un minuto,

escuchando la respiración entrecortada de Diana.

Cuando no pudo aguantarlo más, habló:

—Diana. —No hubo respuesta—. Diana, por favor, habla conmigo.

—Le diste… —susurró en la oscuridad. Gael no necesitaba luz para detectar su dolor y su decepción—. Le diste la contraseña. —Su voz era más átona que nunca—. ¿Cómo pudiste hacerlo?

«Porque no podía quedarme aquí plantado y dejarte morir».

«Porque no podía».

Apretando los dientes para contener el dolor, Gael reanudó la tarea, girando y tirando sistemáticamente de sus muñecas. No podía ver hasta qué punto estaba teniendo éxito, pero, al menos, tampoco veía el destrozo que se estaba haciendo en la piel.

«Por todos los diablos, Kyle sabe hacer nudos».

Con el corazón palpitando con fuerza, Gael rezó por no haber cometido el peor error de su vida. Diana estaba viva y él debía creer que aún podía cambiar la situación. Que podía detener a Kyle antes de que fuera demasiado tarde. No podía rendirse ahora.

Por fin, sintió que el hilo cedía. Tiró con más fuerza, incapaz de contener un gemido descarnado que escapó de entre sus labios.

—¿Gael? —Ahora la voz de Diana sonaba dubitativa.

Liberó sus manos unos momentos después. Se palpó los bolsillos, pero no tenía el teléfono. Sven o Kyle se lo habrían quitado cuando estaba inconsciente.

—¿También se ha llevado tu teléfono? —preguntó.

—Sí, y tu mochila.

«Así que lo único que tenemos es la ropa que llevamos puesta».

—Mi mochila aún sigue aquí —dijo ella, señalando la pequeña mochila que había en un rincón—. Tenemos agua, nuestros arneses y las zapatillas de escalada. Eso es todo.

Por suerte, a Gael le gustaba estar preparado. El llavero que colgaba de la cremallera de su cazadora tenía una linterna diminuta pero potente. También una navaja pequeña. Enfocó la luz para ver los nudos alrededor de sus tobillos y empezó a cortar los más gruesos.

—¿Cómo…? —Las palabras murieron en la boca de Diana—. Gael. Tus muñecas.

Gael miró al estropicio que había provocado y comprobó que aún podía flexionarlas. Dolían una barbaridad, pero le tranquilizó confirmar que sus dedos aún respondían.

—Es superficial, no te preocupes.

Deseó tener su mochila. El cuchillo que llevaba en el bolsillo izquierdo habría acabado con esos nudos enseguida, y, en cambio, estaba allí perdiendo el tiempo.

Por fin, liberó sus piernas.

Se levantó tembloroso. El dolor de cabeza lo estaba matando. No sabía con qué lo había golpeado Sven, pero le encantaría devolverle el favor la siguiente vez que se vieran.

Un instante después, estaba junto a Diana. La pequeña linterna iluminó su rostro desde abajo, dándole un aspecto fantasmal.

—Diana, ¿estás herida?

Ella sacudió la cabeza y le ofreció las muñecas. Gael introdujo el dedo entre la cuerda y su piel para asegurarse de que no le hacía daño mientras segaba la primera.

—¿Por qué se lo dijiste? —repitió Diana con tono desapasionado.

Gael tragó saliva. No tenía ninguna respuesta, salvo la verdad. Sentía algo húmedo detrás de los ojos. Estaba convencido de que no lloraba desde que era niño.

—No podía permitir que te disparara.

—Pero esas personas… Es mucha gente. Son solo críos.

Sus manos temblaban, ansiando tocarla, pero no estaba seguro de que ella quisiera tocarlo alguna vez después de lo que había hecho.

Las siguientes palabras salieron de su boca casi como un sollozo.

—No podía… No podía dejar que eso pasara, Diana. No *podía*.

Diana lo miró con una ternura infinita y posó la mano sobre la suya.

—Estoy aquí, Gael. Estamos juntos en esto.

Y de pronto, Gael supo que tenía que haber una forma de arreglarlo. Una forma de que ambos sobrevivieran a aquello, junto con el resto de inocentes que había en la montaña. Un plan comenzó a formarse en su cabeza.

—Vamos a salir de aquí y vamos a detenerlo —dijo Gael con seguridad. Si todo lo que había oído sobre Sven era cierto, aquel hombre no haría explotar nada sin la confirmación de Kyle. Eso quería decir que aún tenían una oportunidad de detenerlos si llegaban a lo alto del glaciar a tiempo. Y podían jugar otra carta más. Incluso si el resto del equipo había sido redirigido a otra parte, incluso si Gael no tenía forma de contactar con ellos, Hiro y Bailey ya estaban arriba.

—¿Cómo? —preguntó Diana—. Nos saca ventaja, Gael. Al menos, diez minutos. Y Sven ya está arriba. Ya has oído lo que ha dicho Kyle. En cuanto llegue, va a hacer que…

Gael terminó de cortar el hilo de bramante alrededor de sus muñecas. Diana se las frotó, agradecida.

—Vamos a llegar arriba antes que Kyle —dijo Gael.

«O, al menos, yo».

Todo se reducía a conseguir subir, y Gael sabía exactamente cómo hacerlo.

—¿Cómo? —preguntó Diana. Por primera vez, su voz sonaba esperanzada.

—Voy a escalar hasta arriba.

21



Diana

—No, no pienso quedarme atrás.

Con una expresión exasperada, Gael se pasó una mano por el cabello oscuro.

No era que a Diana le importara lo más mínimo cómo se sintiera. Entendía por qué había hecho lo que había hecho. Ella misma había sentido la energía en la cueva, lo cerca que Kyle había estado de apretar el gatillo; y estaba agradecida de seguir con vida.

Pero imaginarse a todas esas personas muriendo porque había priorizado su vida por encima de las demás… Nunca sería capaz de mirarse al espejo de nuevo, y Gael tampoco.

Alzó la cabeza y contuvo el miedo que sentía. Tenían un plan, y todo lo que podían hacer era ejecutarlo; juntos.

—No estoy sugiriendo que te quedes aquí, Diana, pero sabes que escalaré más rápido si voy solo. Tú bajarás el camino, buscarás a alguien de la zona, alguien que no esté con Last Act, y conseguirás ayuda.

Diana lo consideró. Tenía razón, por supuesto. Gael treparía más rápido sin ella, pero ese extra de velocidad no serviría de nada si no podía detener a Kyle y a Sven. Juntos tenían más oportunidades de conseguirlo.

—No, me necesitas allí arriba, Gael. Puedo ayudar a evacuar a la gente mientras tú encuentras a Hiro. Además, ¿quién sabe si Kyle y Sven están trabajando solos? Podría haber otros miembros de Last Act involucrados. Si me ven…

Podía sentir cómo Gael sopesaba las opciones en su mente, los engranajes girando tras sus ojos verde oscuro. A Diana le encantaba que quisiera cuidar de ella, pero no así.

—Sé que intentas protegerme, Gael, pero no puedes hacerlo a expensas de nadie más. Nunca jamás. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

La nuez de Gael subió y bajó varias veces hasta que, por fin, asintió.

Diana miró la pared rocosa.

—No tiene mal aspecto. ¿Qué es, un 5.10?

Gael asintió.

—Puedo escalar un 5.10.

—No tenemos equipo. ¿Has hecho escalada libre antes, Diana? —le preguntó.

Sí, lo había hecho años atrás en un rocódromo; un entorno controlado.

«Aquí no hay margen para cometer errores».

Se encogió de hombros.

—Estás aquí para ayudarme, ¿verdad?

—De acuerdo —dijo por fin—. Lo haremos juntos.

Diana miró sus manos anchas y fuertes. Luego contrajo el rostro al ver el destrozo de carne ensangrentada de sus muñecas.

—Deja que te vende eso primero —le dijo—. Estás sangrando por todas partes. —Arrancó tiras de la parte inferior de su camiseta—. Estaba limpia esta mañana —dijo, dudando en el último segundo.

—No te preocupes por eso. En estos momentos, una infección es el menor de nuestros problemas. —Gael rio.

Diana vendó su muñeca derecha mientras Gael miraba estoico al frente. De no ser por su mandíbula tirante, no habría sabido que estaba haciéndole daño.

—Lo siento —susurró.

Cuando terminó, fue directa a su otra muñeca, que tenía idéntico mal aspecto.

—¿Qué hay de tu cabeza? —preguntó, pasando la mano por el lado izquierdo, donde ya estaba empezando a formarse un chichón.

Gael se tocó la zona con cautela.

—Parece que ha dejado de sangrar. No te preocupes por eso.

Cada uno se puso su respectivo arnés y se ataron las zapatillas de escalada.

—Vamos a dejar las botas de montaña aquí. No podemos permitirnos llevar ningún peso extra.

Gael sacó un trozo de cuerda del bolsillo de su cazadora y lo enganchó a dos de los mosquetones que colgaban del arnés.

Sacó uno de los mosquetones, lo enganchó al arnés de Diana y dio un tirón.

—Guau, eres todo un MacGyver —exclamó—. Seguro que ni siquiera sepas de quién estoy hablando.

Gael sonrió irónicamente.

—Por favor, no me ofendas. He crecido viendo al *señor* MacGyver. ¿Sabes que el actor vive ahora en España y habla con fluidez el español?

—Quizá podamos ir a visitarlo. No me importaría pasar un par de días en la playa. —Diana se echó a reír, pero volvió a ponerse seria—. Eh… No creo que esa cuerda vaya a aguantar nuestro peso ni un segundo, la verdad.

—El objetivo no es que sostenga nuestro peso. Hará que nos mantengamos juntos mientras subimos.

—¿Quién va primero? —preguntó Diana. La respuesta de Gael no la sorprendió. Alzó la mirada a la pared y extendió los brazos.

«No tiene tan mala pinta».



«No tan mala pinta».

Parecía que hubiera pasado una eternidad desde que Diana lo había pensado, en lugar de hacía veinte metros.

«Veinte metros en dirección vertical».

«Y ni siquiera hemos cubierto la mitad del camino».

Gael no había mentido sobre la dificultad. A nivel de escalada, la pared suponía un desafío a nivel técnico, pero era manejable para alguien de su nivel; no era tan lisa como parecía desde lejos, pues estaba llena de pequeñas cazuelas, hendiduras, romos y todo tipo de agarraderas para sus manos y pies.

El problema no eran los lugares donde agarrarse. El problema era su miedo. Cada vez que abría la boca para respirar, tenía que ahogar un grito de pánico. Lo único que la mantenía entera era la cuerda que llevaba alrededor de la cintura, pues le recordaba que Gael estaba justo detrás.

La seguía de cerca mientras escalaba, asegurándose de que la cuerda nunca estaba lo bastante tirante para que se soltara. Había subido a su altura tras los primeros diez metros para comprobar cómo estaba.

Diana le había mentido y le había dicho que estaba bien.

«Estás bien».

«Has trepado por lugares más difíciles en las últimas semanas».

«Pero no sin cuerda».

Todo tenía que ver con la cuerda. Nunca se había dado cuenta de lo mucho que significaba para ella la seguridad que le proporcionaba. Sin eso, se sentía desnuda. La presión de conseguir que todos sus movimientos fueran correctos era inimaginable. Y sabía lo bastante de escalada para comprender que un cierto nerviosismo era normal, pero no la sensación de miedo incapacitante que crecía en su interior.

—Baja la rodilla, Diana —le dijo Gael con calma desde abajo. Hablaba como si estuviera dando un paseo por el campo en lugar de en mitad de una pared de roca sin protección o cuerda que lo sostuviera si caía.

Diana enseguida comprendió que tenía razón. Presionando con firmeza un agarre con el pie, giró la rodilla hacia abajo y al centro, tan profundamente que le preocupó que su pierna pudiera explotar. Como por arte de magia, el equilibrio de su peso cambió, haciendo que el brazo de ese lado ascendiera a más altura que el otro y permitiéndole alcanzar el siguiente agarre.

Apretando los dientes, Diana se impulsó hacia arriba y se quedó allí durante un momento con los brazos temblando por el esfuerzo.

El sol brillaba con intensidad a su espalda. Se concentró en la sensación durante un minuto, confiando en que la ayudaría.

No lo hizo. Cuanto más tiempo pasaba allí, más le temblaban los miembros y sus caóticos pensamientos siempre acababan formando la misma funesta idea.

«Si caigo, los dos moriremos».

«Y también el resto de gente que está en esta montaña».

22



Gael

—Desátame —gimió Diana.

«¿Qué?».

Gael pensó que no la había oído bien. Cuando alzó la vista, la vio aferrada a la piedra con fuerza sin hacer ademán de moverse.

—Voy a subir para ponerme a tu lado —le dijo. La comunicación durante una escalada era clave, y lo último que Gael quería era asustarla. Se detuvo a su lado—. Vas bien, Diana. Estamos a mitad de camino.

Pensó que aquella información la tranquilizaría, pero solo consiguió que se encerrara aún más en sí misma. Gael sabía perfectamente lo que estaba pensando.

«No está nerviosa».

«Ni insegura».

«Está aterrorizada».

Se fijó en la forma en que le temblaban los brazos y los hombros con los que se agarraba a la roca. Había usado sus brazos demasiado y las piernas, no lo suficiente.

«Diablos».

Era culpa suya. Él, que pensaba que lo sabía todo sobre la psicología de la escalada, había subestimado el efecto que tendría sobre ella un ascenso sin cuerda.

—Desátame, Gael —repitió—. Solo por si acaso.

«¿Solo por si acaso?».

Ahogó una carcajada macabra.

«En la escalada libre eso no existe».

—Lo estás haciendo bien, Diana —repitió, fingiendo que no la entendía—. Descansa un poco y luego seguiremos avanzando. Estoy viendo un par de buenos agarres justo encima de ti.

Diana se pasó la lengua por los labios secos.

—No me trates como si fuera idiota, Gael. Si caigo, te arrastraré conmigo.

Gael se estremeció de miedo por primera vez.

—No vas a caerte, Diana, y no vas a arrastrarme.

Gael confiaba en que fuera verdad. Haría todo lo necesario para mantenerla en aquella pared. Pero sabía lo bastante sobre la física para admitir que, si Diana sufría una mala caída, su peso podía hacer que ambos se soltaran.

«Así que no dejes que se caiga».

Tenía que sacarla de allí. Bajó la mirada, pero el suelo estaba a demasiada distancia, y descender costaría el mismo esfuerzo que subir.

«No es una opción».

Volvió la vista a Diana. Lo primero era hacerla entender que no desataría la cuerda que los unía. Sus destinos estaban ligados tanto física como metafóricamente.

—Por favor —suplicó. Apoyó la frente sobre la piedra, dejando a la vista su garganta delgada —. Hay demasiado en juego.

Eso era cierto. Pero Gael no era lo bastante fuerte para considerar la opción que ella había planteado con tanta claridad.

—No voy a desatar la cuerda, Diana —dijo Gael con voz seca—. Vayas a donde vayas, iré contigo.

Diana soltó un gritito. Su cuerpo tembló aferrado a la pared.

«Se va a caer».

Gael nunca se había sentido así. Se preguntó si podría soportar la suma de sus pesos cuando Diana cayera; también se preguntó si la cuerda, que no había sido diseñada para eso, aguantaría siquiera, y cómo podría conseguir que volviera a agarrarse a la roca. Miró arriba y abajo, en busca de cualquier cornisa pequeña donde Diana pudiera descansar mientras él pensaba en algo.

No había nada.

«Joder».

Dio vueltas al problema en su cabeza. Llevaba toda la vida escalando. Tenía que haber algo que…

Cuando encontró la respuesta, le pareció bastante sencilla.

Tras localizar lo que parecía un 5.9 con buenos agarres, Gael se acercó un poco a ella.

—Estoy aquí, Diana. Estoy a tu lado y no pienso irme a ninguna parte.

Diana gimoteó.

—No quiero matarte, Gael. Alguien tiene que dar la voz de alarma…

—Eso es lo que vamos a hacer —dijo él con calma—. Vamos a hacerlo juntos.

Asió un canto que había a un lado de Diana con la mano izquierda. Era un buen agarre, sólido. Tendría suerte si encontraba algo similar al otro lado. Bajó la mirada y vio una grieta junto a sus pies.

«Esto funcionará».

—Voy a quedarme detrás de ti, Diana.

Pareció confusa, pero no dijo nada mientras él pasaba sobre ella para agarrar un canto más pequeño con los dedos de la mano derecha. Se giró hasta estar en la posición más confortable posible.

—Vale, ya estoy. Échate hacia atrás y apóyate en mí.

Diana rio, histérica.

—¿Estás loco?

—Lo digo en serio. Sacude las manos y los brazos. Lo que estás experimentando es normal. Necesitas liberar la tensión y deshacerte del ácido láctico que se está acumulando en tus músculos.

—Haré que te caigas.

—No me voy a caer —dijo con paciencia—. Confía en mí.

Suspirando, Diana dejó de agarrar la roca como si le fuera la vida en ello y se inclinó hacia atrás. Gael tensó los abdominales para absorber el peso de la parte superior de su cuerpo. Se quedó muy quieto para demostrarle que tenía razón. Tras un largo instante, Diana se echó un poco más hacia atrás.

Cuando soltó la roca, se le escapó un suspiro de placer.

—Ahora recoloca los pies, Diana. Hay una grieta… ahí, justo ahí. Bien. Ahora relaja los dedos, sacude los brazos. Te tengo.

—Oh, Dios —suspiró.

—¿Te sientes mejor?

—¿Estás seguro de que estás bien, Gael?

—Podría quedarme así todo el día, *querida* —dijo, empleando un tono arrogante a propósito —. Respira conmigo. Con suavidad y con calma.

Gael sintió cómo la tensión abandonaba el cuerpo de Diana. Sentía su espalda caliente contra su pecho, pues habían estado recibiendo el sol mientras trepaban.

—Gracias —susurró Diana.

—Estamos bien —le dijo con la boca junto a su cuello. Le concedió unos minutos hasta que su respiración se estabilizó.

Gael nunca se había alegrado tanto de su fuerza como en aquel momento. Sentía el esfuerzo en brazos y hombros, pero sabía que podía mantener aquella posición todo el tiempo que hiciera falta; todo lo que Diana necesitara.

—Estoy lista para continuar —dijo Diana por fin. Su voz sonaba tranquila.

Gael asintió junto a su cuello.

—Si necesitas parar, podemos hacer esto de nuevo. Las veces que haga falta.

Pasó el brazo derecho por encima de su cabeza, retornando a su anterior posición junto a ella. Esta vez Gael no fue por debajo y se mantuvo a su lado.

Diana se movía con más seguridad a medida que encontraba su ritmo. Gael permanecía callado la mayor parte del tiempo y solo hablaba para animarla en momentos concretos en los que había que tomar decisiones.

—Bien. Bascula tu peso a la pierna izquierda. Lo estás haciendo genial, Diana.

—¿Cuánto tiempo llevamos escalando?

—Ni la mitad de lo que piensas. Estamos haciendo una buena marca —le dijo, y no mentía. En aquel instante, su definición de «buena marca» era que ambos llegaran a la cima de una pieza.

Incluso si Kyle tenía un *quad*, iba a tener que caminar durante el último tramo. Aún podían llegar antes que él.

Pensó en Hiro y en Bailey, que estaban en el lugar equivocado, y luego trató de olvidarlo. No podía hacer nada hasta que no llegaran al glaciar. Y la forma de conseguirlo era ascender aquella pared.

Por fin, vio la cima.

—Ya casi estamos, Diana.

—Solo dices eso para… —Cuando alzó la vista, las palabras murieron en su garganta—. Ya casi estamos.

Gael soltó una carcajada.

—¿No te lo acabo de decir?

Un par de movimientos más tarde, Diana sacudió la cabeza. Parecía preocupada.

—No sé a dónde ir desde aquí.

Gael identificó el problema. La erosión había limado la última sección de la pared. El último tramo no era un 5.10. Apretó los dientes. Lo que estaba a punto de hacer no le gustaba nada, pero no había otra opción.

—¿Ves esa pequeña cornisa, Diana? Necesito que te quedes ahí y descanses un segundo. Voy a desatarnos.

—¿Por…? ¿Por qué?

«Porque no puedo arrastrarte conmigo si me caigo».

—Necesito más margen para llegar. Espérame aquí, ¿vale?

Aunque podía ver lo mucho que le costaba, Diana asintió con valentía.

—Todo irá bien. Ten cuidado, Gael. —Se pasó la lengua por los labios agrietados—. Como te caigas, te mato.

Gael rio.

—Dame un minuto.

Miró al punto al que quería llegar. Inspiró y espiró muchas veces para tranquilizarse. Luego se inclinó, acercándose a los asideros de sus pies, agachándose lo más posible antes de impulsarse hacia arriba con un movimiento explosivo.

Pum.

Saltó directamente en el aire, soltando todos los puntos de contacto, con el torso y los brazos extendidos hacia su objetivo. Mientras volaba, apeló al lado frío y reptiliano de su cerebro, sin ver nada, vaciando su mente de todo lo que no fuera el agarre que quería alcanzar.

Su mano lo encontró… y resbaló. Gael flexionó los dedos, apretando con todas sus fuerzas. El tiempo se detuvo durante una fracción de segundo.

Sus dedos aguantaron, lo que le dio la oportunidad de buscar un asidero mejor con la otra mano.

«Sí».

Lo encontró y se agarró a él. Apoyó las puntas de los dedos de los pies en un borde pequeño. Se relajó, suavizando un tirón en la muñeca. Uno de los lados de su cabeza palpitaba al ritmo de su corazón.

«Quizá haya sufrido una conmoción».

Al menos, su percepción de la profundidad no estaba afectada. Eso quería decir que no era tan grave.

—¿Gael? ¿Estás bien?

Diana sonaba aterrorizada.

—Estoy bien, Diana.

Tomando otra profunda bocanada de aire, Gael sacó el talón, ascendiendo y aprovechando el movimiento para impulsarse por encima del borde. Comparado con lo que acababa de hacer, aquello casi parecía fácil. Pasó por encima de la cornisa plana, al principio con cautela, y luego con más arrojo al ver que no había nadie alrededor.

Desató la cuerda de su brazo tan rápido como pudo.

«Por favor, que sea lo suficientemente largo».

Diana no era lo bastante alta o fuerte para ejecutar el salto en el aire que había hecho Gael. Su única esperanza era izarla usando la cuerda.

—Diana —dijo en voz muy alta—. Voy a lanzarte la cuerda. Tienes que atarla a tu arnés.

Pasaron unos segundos. Gael oía la fuerte respiración de Diana mientras hacía lo que le había pedido. Dio gracias a Dios por la pequeña cornisa que le permitía ponerse en pie.

—No estoy segura de que sea lo bastante larga. Vale… Así. Creo que ya está.

—Compruébalo otra vez —le ordenó con más severidad de lo que pretendía. Suavizó la voz —. Por favor.

«Aquí no va a haber margen de error».

Momentos más tarde, oyó su voz.

—Está segura.

«Eso está bien».

«*Dios mío, ayúdame*».

«Por favor, que funcione».

Ignorando el dolor de cabeza y muñecas, Gael se sentó, apoyando los pies sobre un borde elevado.

—Te tengo, Diana. Empieza a escalar. Grita cuando llegues a la cornisa. Te izaré durante la última parte.

Gael miró hacia abajo y comprobó que Diana había empezado a escalar. Se movía despacio, con cautela. Aunque no se quejó, podía sentir su agotamiento en cada uno de sus movimientos. Gael tiraba de la cuerda mientras ella se movía, enrollando el final alrededor de su brazo. No importaba lo que ocurriera, no iba a soltarla.

—He llegado —dijo Diana—. Ya no puedo avanzar más.

—Relájate. Tiraré de ti para que subas. Preocúpate solo de mantener los pies pegados a la roca. —Se le secó la boca. Diana ni siquiera llevaba casco. Gael trató de no pensar en todas las cosas que podían salir mal.

—Entendido.

—Voy a tirar.

Controlando su respiración, agarró la cuerda con más fuerza y tiró. Conjuró todas las dominadas y flexiones que había hecho en la vida y cada una de las veces que se había llevado al límite escalando. Aunque era consciente de las físicas, no le preocupaba la tremenda cantidad de fuerza que necesitaba para tirar de Diana y llevarla hasta él. Haría todo lo que hiciera falta.

Enterró aún más los talones en la tierra, con los pies apoyados en la piedra. Con las palmas sangrando y los músculos vibrando, Gael tiró rítmicamente. Sintió como la tensión cedía al mismo tiempo que el delgado tobillo de Diana aparecía por el borde. No podía abandonar aquella posición, así que la observó mientras luchaba. Por fin, logró subir todo el cuerpo a la cima, junto a él.

Temblando de agotamiento y con el pelo pegado a la cabeza por el sudor, seguía siendo la visión más hermosa que había presenciado jamás.

Le costó destensar la mandíbula. Estaba seguro de que se había roto un diente, pero nada de eso le importó cuando Diana se lanzó hacia él. Gael abrió los dedos, soltando la cuerda, y rodeó su cuerpo mientras se echaba contra el suelo.

—Diana… —susurró con reverencia.

Ella se llevó una de las palmas abrasadas por la fricción a los labios.

—Tus manos…

Gael retiró la mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Gracias a ti —respondió. Alzó la cabeza y juntó los labios con los de Gael; ambos estaban secos y agrietados. Diana rio junto a su boca y le lamió los labios, y él la correspondió. El beso fue torpe pero real, una confirmación de que estaban vivos y de la promesa de cosas que aún estaban por venir.

23



Diana

Diana sabía que debía de haber centenares de personas caminando hacia el glaciar o, al menos, docenas, pero todo estaba en completo silencio mientras ascendían por el camino hasta la planicie. Algo estaba mal en aquel silencio.

«Muy mal».

Diana sintió como el aire abandonaba sus pulmones cuando vio el zapato. Era una bota de senderismo grande y nueva: al menos un 46 o un 47. Fue subiendo la mirada por el cuerpo al que estaba conectada. Un hombre grande yacía inmóvil en el suelo.

«¿Está muerto?».

Sus ojos saltaron de aquel hombre a los otros cuerpos.

«Hay muchos».

La meseta estaba repleta de cuerpos tirados por todas partes. Algunos incluso estaban apilados los unos sobre los otros, como si se hubieran agarrado mutuamente al caer.

—*Dios mío* —susurró Gael detrás de ella.

Diana se estremeció.

—¿Están…?

Gael ya estaba de rodillas junto al hombre con las grandes botas de senderismo. Diana contuvo el aliento mientras apretaba los dedos contra su cuello.

—Está vivo —susurró Gael. Su voz expresó con palabras el alivio que sintió Diana. Se acercó en silencio al siguiente cuerpo. El cabello largo y castaño de la mujer ocultaba su rostro. Retiró el pelo con cuidado para acceder a su cuello. Tras unos segundos interminables, asintió—. También está viva.

Se acercó a la siguiente persona.

—Pero qué… ¿qué ha pasado? —preguntó Diana. El rastro de cuerpos llegaba casi hasta la entrada del glaciar. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

—Deben de haberlos drogado —dijo Gael. Apretó la mandíbula con fuerza—. Tenemos que encontrar a Hiro y a Bailey. Busca a Bailey. Si la encontramos, encontraremos a Hiro.

Gael y Diana caminaron entre los cuerpos. Diana quería ser valiente, pero su miedo era como un animal vivo y oscuro, y no habría podido hacerlo si Gael no hubiera estado a su lado, compartiendo su fortaleza.

«No están muertos».

«No están muertos».

Una sombra se movió en la periferia de su visión.

—Ahí.

—¡Bailey!

Bailey tenía su morro oscuro apoyado sobre la cadera de un hombre inconsciente.

Gael se arrodilló junto a su amigo.

—Hiro.

Diana se concentró en Bailey. Estaba inconsciente, pero cada pocos segundos su pezuña se sacudía junto a su cara. Diana posó la mano frente al hocico negro. Estaba seco, más seco de lo que debía estar la nariz de un perro, pero sintió el aire brotando a intervalos regulares.

—Bailey respira. —Pasó la mano por su costado y la perra gimió—. Creo que recuperará la consciencia pronto.

—Hiro también respira, pero está completamente inconsciente. Como el resto.

—Sea cual sea la droga que les hayan dado, quizá afecta a los perros de forma distinta. ¿Qué ha podido ser? ¿Sven y Kyle les darían algo de comer o de beber?

Gael sacudió la cabeza con rapidez.

—Hiro y Bailey jamás habrían comido nada que les diera Kyle. Además, es imposible que todo el mundo lo haya comido al mismo tiempo. Creo que suministraron la droga en forma de aerosol.

—¿Piensas que aún…?

—Estamos al aire libre. Y los dos nos sentimos bien. Sea lo que sea, ya debe de haberse evaporado.

Gael inclinó el cuerpo de Hiro de costado para que adoptara la posición lateral de seguridad.

Diana se preguntó si deberían hacer lo mismo con todos los demás; luego comprendió que, si Kyle cumplía su amenaza, no supondría ninguna diferencia.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

Gael palpó los bolsillos de Hiro. Un momento después, sacó un móvil de aspecto tosco.

Un teléfono via satélite.

Diana lanzó otra mirada furtiva a la entrada del glaciar, pero todo parecía en calma. Solo estaban ellos y los cuerpos.

—Damien, soy Gael. Hiro está inconsciente, igual que las otras cincuenta personas que hay aquí. —Procedió a hacerle un resumen de todo lo que había pasado y luego se quedó escuchando durante un minuto—. Lo entiendo, Damien —dijo antes de cortar la llamada.

Diana miró a Gael, expectante.

—Kyle nos dijo la verdad. Había un fuego en el valle. Han destinado todos los recursos a apoyar la evacuación. Damien cree que pueden estar de vuelta en media hora. Nos ha dicho que nos mantengamos a la espera.

Diana miró el reloj.

«¿Cuánto ha pasado desde que…?».

—Quizá no tengamos tanto tiempo —susurró.

—Lo sé.

—¿Qué vamos a hacer?

Gael tragó saliva y su nuez subió y bajó de tal manera que a Diana le entraron ganas de ponerse de puntillas y besarle el cuello. Bajó la mirada y descubrió que la había cogido de la mano. Su contacto era suave.

—Quiero que vuelvas por la ruta de senderismo, Diana. Si ves a alguien más, diles que bajen. Tienes que alejarte de aquí lo máximo posible.

Su uso de la segunda persona no le pasó inadvertido.

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó—. No puedes detener a Kyle y a Sven solo.

Gael miró la entrada del glaciar. Sus ojos verdes mostraban determinación.

—Encontraré la forma de distraerlos hasta que llegue el equipo.

Diana vio la envergadura de su espalda y sus hombros. No le cabía duda de que Gael haría lo que fuera necesario, sacrificándolo todo, para detener a Kyle y a Sven. Pero también vio la sangre mate y coagulada en su pelo oscuro, y la que se deslizaba por las improvisadas vendas de sus muñecas. No dejaba de ser humano y no podía hacerlo solo.

—Voy a quedarme contigo.

—No —dijo Gael con firmeza.—. Solo me distraerás. Necesito saber que estás a salvo… O tan a salvo como sea posible. Lo entiendes, ¿verdad? —Tragó saliva con dificultad.

Diana se plantó en el sitio. Claro que lo entendía. A ella le pasaba exactamente lo mismo con

él. Por eso su propuesta no iba a funcionar. Diana solo tenía que hacerle ver que serían más fuertes si permanecían juntos.

24



Gael

Diana se llevó las manos a las caderas, justo donde a Gael le gustaba agarrarla. Estaba enamorado de sus caderas, y también del resto de su cuerpo.

—No voy a ir a ninguna parte —le dijo—. Si hay una bomba, puedo ayudarte.

—¿Cómo? ¿Acaso uno de tus pasatiempos secretos es desactivar bombas?

Diana arrugó el entrecejo, pero el comentario no le divirtió.

—Hay una sala para explosiones controladas en el laboratorio. Sé cómo funciona.

«Mierda».

Eso podía salvarles la vida a los dos… Podía salvársela a todos.

—No, Diana. No quiero que arriesgues tu vida.

—Toda esta gente está arriesgando su vida, Gael. Tenemos que hacer lo que podamos. Además, esto es culpa mía.

—¿Culpa tuya? —siseó Gael.

—Debería haberme dado cuenta del estado mental de Kyle. Tendría que haber sido más insistente cuando la policía desestimó mis preocupaciones.

Gael apretó los dientes.

—Esto no es culpa tuya, Diana.

Diana se encogió de hombros.

—Tienes razón, la culpa es de Kyle. Pero depende de nosotros que esto no se convierta en una masacre, así que iré contigo. Y cada momento que pasemos discutiéndolo aquí, estaremos un segundo más cerca de la muerte.

La protesta murió antes de abandonar sus labios. Diana tenía razón. Por mucho que Gael quisiera envolver a Diana en papel de burbujas y llevarla a un lugar seguro, tenía razón. Miró los cuerpos a su alrededor. Había mucha gente, y todos eran muy jóvenes.

«Maldita sea, tiene razón».

Gael se arrodilló junto a Hiro y lo alivió ver que el pecho de su amigo subía y bajaba con suavidad. Alzó su pernera derecha y encontró el cuchillo de su bota justo donde sabía que estaría. Lo cogió con cuidado, sopesándolo antes de ceñírselo al cinturón. Aunque el combate con cuchillos no era uno de los puntos fuertes de Gael, podía usar uno si era necesario. Y estaba dispuesto a usarlo para proteger a Diana y a cualquier otra persona que estuviera en la montaña.

Se incorporó y miró a Diana a los ojos.

—De acuerdo, tú ganas. Estamos juntos en esto. Pero necesito que te quedes detrás de mí y hagas lo que te diga cuando estemos dentro.

Sus ojos se encontraron. Diana asintió con expresión cautelosa. Vio la tensión en sus hombros y espalda, y el miedo que intentaba ocultar con tanto ahínco. Por mucho que odiara aquella situación, también la admiraba por su coraje.

Algo se movió tras ellos. Era Bailey. Se puso en pie tambaleante, meciéndose levemente.

—Bailey. ¿Cómo estás, chica?

Ignorándolo, Bailey frotó el hocico contra el cuerpo inconsciente de Hiro, gimiendo con suavidad.

Gael se arrodilló junto a ella y le pasó la mano por la cabeza negra y suave.

—Va a ponerse bien, Bailey. Todo va a ir bien.

La perra inclinó la cabeza con una expresión con la que parecía decir «puedo oler tus mentiras» mucho mejor de lo que las palabras podían transmitir.

Diana sacó de la mochila de Hiro una botella de agua con un cuenco en forma de hoja enganchado a un lado. Lo llenó de agua y se lo ofreció a Bailey.

—Toma, bebe un poquito.

La perra lamió el agua, al principio con desinterés y luego con creciente urgencia. Por fin se detuvo y los miró. Aunque sus ojos oscuros parecían algo más opacos de lo normal, al menos, ya no temblaba.

—Vas a ponerte bien, Bailey. Quédate aquí con Hiro —dijo Gael, poniéndose en pie. Diana y él se apartaron de Bailey, pero la perra los siguió.

Gael se detuvo y se giró hacia ella.

—Quédate con Hiro, Bailey. Quédate —le ordenó.

La perra gimió y Gael comprendió que dudaba entre proteger a Hiro o irse con ellos. De alguna forma, sentía que ellos también la necesitaban. Por fin, bajó la cabeza en un gesto de aceptación, volvió con Hiro y le lamió la mano con su lengua rosa y tibia.

—Guau —dijo Diana mientras reanudaban la marcha—. Parece muy inteligente.

Se detuvieron en la entrada del glaciar. Gael llevaba la linterna que había cogido de la mochila de Hiro en la mano izquierda. No quería encenderla y alertar a Kyle de su presencia, pero llevarla lo hacía sentir mejor; igual que el cuchillo de su cinturón.

Entraron y se giraron hacia la puerta del laboratorio. Estaba cerrada.

—¿Hará ruido si la abrimos?

—Hará un clic, pero no demasiado fuerte.

—Genial. Abre, Diana, pero quédate atrás. Deja que entre yo primero.

Gael cuadró los hombros, dispuesto a todo. Oía el leve pitido de cada dígito de la secuencia que Diana tecleaba.

Clic.

Con la mano derecha junto a su cintura, justo al lado del cuchillo, Gael abrió la puerta con rapidez. Sus ojos examinaron el corredor oscuro de izquierda a derecha, y luego de derecha a izquierda.

No podía recordar si Diana había encendido las luces la última vez que estuvieron allí, o si se habían activado de forma automática cuando habían entrado.

Se giró hacia Diana y habló en voz baja.

—¿Se encenderán las luces…?

Diana sacudió la cabeza con rapidez.

—El interruptor está a tu izquierda.

—Dejémosla apagada. —La luz de emergencia sobre cada una de las puertas iluminaba lo bastante el pasillo para ver adónde iban, y era mejor no llamar la atención sobre su presencia.

Gael se quedó inmóvil y escuchó. Oyó el leve rumor de los generadores y un sonido más grave que parecía provenir del hielo que había a su alrededor, pero nada más. Se puso más nervioso.

«¿Estaba Kyle echándose un farol?».

«¿Y si nunca tuvo intención de subir aquí?».

«¿Y si…?».

Un gemido tras él lo hizo volverse… y se encontró directamente con Kyle.

«Mierda».

Gael se sintió como un completo imbécil. Había visto la puerta del almacén cuando habían pasado por delante, pero no se había parado a pensar que podía haber alguien escondido dentro.

Se echó hacia atrás y agarró a Diana, tirando de ella con fuerza para dejarla detrás de él,

aunque eso no serviría de nada si Kyle disparaba la Ruger 9mmm que llevaba en la mano; a aquella distancia, la bala atravesaría el cuerpo de Gael y le daría de todas formas. No podía permitirlo. Gael dio un paso hacia Kyle.

—Quieto —dijo este con una expresión neutra—. No sé cómo escapasteis de la cueva o cómo habéis llegado aquí tan rápido, pero no importa. Este sitio va a explotar de todas formas. No podéis hacer nada para evitarlo.

—Toda la gente que hay fuera… —dijo Diana desde detrás de él con voz baja y trémula. Apoyó la mano en el hombro de Gael y dio un corto paso para colocarse a su lado.

«Va a intentar convencerlo de que no lo haga».

Gael gruñó. Quería que Diana se quedara detrás.

—Por favor, Kyle, no lo hagas. Las personas de fuera son solo unos críos. Como lo éramos nosotros hace quince años.

El labio de Kyle se curvó con disgusto.

—Son gente que crecerá para convertirse en parte del problema —replicó. Sus ojos brillaban peligrosamente—. Así su contribución a la causa llegará mucho más lejos. Nadie olvidará jamás lo que ha pasado hoy aquí. ¡Nadie!

Diana temblaba junto a él.

—Tú también morirás —dijo por fin.

Los ojos azul claro de Kyle se concentraron en Diana.

—Maldita sea, no lo había pensado. —Su risa fue lóbrega, casi reptiliana—. Era una broma, Di. ¿Crees que no lo sé? Estoy listo. Llevo mucho tiempo preparado para hacer esto.

Gael podía oler el miedo y la desesperación que emanaban de Diana. Tenía que mantener la calma, pero nada podía hacerle perder la cabeza más rápido que ver el terror en sus ojos.

—Deja de hablar con él, Diana. Estás perdiendo el tiempo.

—Lamento que tengas que estar aquí, Di —prosiguió Kyle, como si Gael no hubiera dicho nada. Ladeó la cabeza y su coleta fue detrás—. Si me hubieras dado la contraseña hace días, cuando te la pedí, no habrías tenido que jugar ningún papel en esto. —Se detuvo un momento—. Pero aquí estamos. Has de saber que esto va a cambiar para siempre el activismo climático. Ya no nos quedaremos al margen, permitiendo que los gobiernos y las compañías pisoteen nuestro planeta. Hoy seremos recordados…

«Está loco de atar».

—Si piensas que esto va a cambiar algo —gruñó Gael—, has perdido el juicio.

Kyle apuntó la Ruger directamente a su corazón.

—¿Qué decías?

«No lo cabrees más».

«Si mueres, ¿quién va a proteger a Diana?».

«Hazle creer que tiene el control».

Con mucho esfuerzo, Gael se tragó las palabras que iba a pronunciar.

—Eso pensaba. —Kyle rio—. No puedo decir que lamente tu presencia aquí, señor León. Te investigué después de nuestra primera reunión. Eres un don nadie, pero por algún motivo te crees digno de tocarla. A «mi» Di.

Diana tenía pinta de estar a punto de vomitarle a Kyle en los zapatos. Gael apoyó una mano en su espalda para tranquilizarla. Aquello era algo que podían aprovechar. Quizá.

—¿*Tuya*? Eres un capullo. Si te preocupas por Diana, déjala marchar.

Kyle pareció considerarlo. Luego miró su reloj y sacudió la cabeza.

—No, es imposible. Demasiado tarde. En catorce minutos todos seremos polvo de estrellas.

Será rápido, Di, no te preocupes.

«Catorce minutos».

«Jesús».

—Por favor, no lo hagas, Kyle —suplicó ella. Sus piernas cedieron y cayó de rodillas. Alzó las manos en un ruego y Gael comprendió que estaba suplicando, pero no por su propia vida. Suplicaba por la de Gael y las personas que había fuera y que morirían sin recuperar la consciencia.

Y Gael, que habría hecho cualquier cosa para evitarle a Diana ese dolor y ese miedo, no hizo ningún intento de acercarse a ella. Dio un pequeño paso hacia adelante, y luego otro, mientras la atención de Kyle estaba concentrada en Diana.

—A ver qué hago ahora con vosotros… —La voz de Kyle sonaba casi excitada. Un momento después, Kyle se vio sorprendido por un sonido detrás de él… y Gael aprovechó la oportunidad.



Diana

Gael se lanzó contra Kyle como un defensa de fútbol americano. Juntos cayeron al suelo con fuerza. Kyle reaccionó rápidamente y rodó, luchando por ponerse encima. Era unos centímetros más alto que Gael y, con aparente facilidad, consiguió sentarse a horcajadas sobre él. Gael recibió un puñetazo en la mandíbula; luego otro muy fuerte en la nariz. Lanzó un golpe con la izquierda a Kyle, pero sin verdadera fuerza.

Diana gritó. Sabía que había mucho en juego y todo lo que perderían si Gael no ganaba aquel forcejeo. Desde su posición sobre el suelo de baldosas, miró a su alrededor para ver si había algo que pudiera usar para ayudarlo.

Entonces vio la sonrisa de Gael y comprendió que su intención era mantener a Kyle distraído. Este había soltado la pistola y ahora Gael la sujetaba en la mano derecha. Antes de que Diana hubiera comprendido del todo lo que significaba aquello, Gael salió disparado hacia arriba y golpeó el plexo solar de Kyle con la cabeza.

Kyle rodó hacia un lado, jadeando y sacudiéndose en el suelo como un pez fuera del agua. Se llevó las manos al pecho, como si mágicamente pudiera convencer a sus pulmones de que empezaran a funcionar de nuevo.

Gael lo rodeó y lo golpeó con la pistola en la sien. Se quedó sobre él con el arma lista para darle otro golpe si era necesario mientras Kyle se derrumbaba.

Cogió un par de bridas que llevaba en los bolsillos del pantalón y las usó para atar las muñecas de Kyle a la espalda, y luego, sus tobillos.

«¿De dónde las ha sacado?».

Diana tenía la boca seca. Estaba impactada por la violencia que acababa de presenciar, más aún por haber ocurrido en un lugar que siempre había considerado seguro. Se pasó la lengua por los labios. Se estaría mintiendo a sí misma si no admitía que estaba fascinada por aquella muestra de fuerza y contención por parte de Gael.

—Diana, ¿estás bien? —Gael la miraba con una expresión cautelosa en sus ojos verdes.

Diana se acercó con pasos temblorosos. No se detuvo cuando estuvo frente a él, sino que se adentró en su espacio personal. Rodeó su cintura con las manos y apretó, apoyándose contra su pecho para escuchar los latidos de su corazón. Gael la estrechó con sus propios brazos; Diana nunca antes se había sentido más segura o amada.

Gael bajó la boca, buscando la suya. Diana abrió los labios y lo dejó entrar. El beso fue duro, feroz, y justo lo que necesitaba.

Un momento después, Gael se echó hacia atrás.

—No quiero soltarte —susurró junto a su cuello—, pero hay una bomba por aquí cerca.

Sus palabras la hicieron retroceder. Lo había olvidado.

Diana corrió hacia el almacén del que había salido Kyle, pero no llegó a pasar de la entrada. En mitad del pequeño espacio había una caja que podría haber contenido un perro grande.

—Espérame, Diana —dijo Gael un instante antes de echar a correr tras ella.

«Mierda».

—Mierda. Mierda.

Diana había visto explosivos antes —de esos que se usaban para demolición en glaciares—, pero nunca nada a tan gran escala como eso. Kyle había cogido todos los explosivos del laboratorio, y quizá algunos más que había traído consigo, y los había juntado.

—Diana, ¿qué diablos es esto?

—Esto es nitrato de amonio… y creo que lo de detrás es nitrometano. Hay algo más que no puedo identificar. —Se detuvo durante un segundo—. Esto va a hacer bum muy fuerte, Gael.

—Genial, justo lo que necesitábamos. ¿Es estable? ¿Podemos moverlo?

Diana cuadró los hombros.

—No soy una experta en explosivos. He preparado algunas explosiones pequeñas y controladas en el hielo yo misma, pero solemos llamar para cualquier…

Gael se pasó la mano por el cabello espeso.

—Lo siento, no estaba pensando con claridad.

Ambos se quedaron mirando la caja abierta de explosivos.

—El temporizador es una buena señal —dijo Gael con optimismo—. Nos quedan nueve minutos. ¿Dónde está esa cámara para explosiones controladas de la que hablaste?

Diana asintió nerviosa.

—En la sala de ordenadores, al fondo. Pero no sé si bastará para contener todos estos explosivos. No sé…

El reloj marcó ocho minutos.

«Ocho minutos».

«Podríamos estar muertos en ocho minutos».

—Todo va a ir bien, Diana —dijo Gael en tono tranquilizador—. Estamos juntos en esto, ¿verdad?

Diana casi se echó a reír. Era justo lo que necesitaba oír para librarla del miedo que la atenazaba.

—¿No podemos cortar los cables?

Gael rio irónicamente.

—Podríamos si supiéramos cuáles cortar. Pero no lo sabemos —dijo con sinceridad—. Tenemos que llevarla a la cámara de explosiones.

Un breve pitido los informó de que el minutero había vuelto a cambiar.

«Siete minutos».

Diana se tragó la bilis.

Miró la caja con nerviosismo.

—Tú diriges, Diana. Yo la cogeré. No te separes de mí.

Se acuclilló junto a la caja y usó la fuerza de sus piernas para alzarla. Apretó la mandíbula, pero no emitió ningún sonido mientras la levantaba. Diana salió a toda prisa del cuarto, pasando a mucha distancia de Kyle, que aún seguía atado e inconsciente en el pasillo.

No se detuvo para girarse y mirar a Gael, pero podía oír el sonido de sus fuertes pasos tras ella. Respiraba con dificultad. Diana introdujo con rapidez el código de la segunda puerta. Tras ella, la caja pitó, un sonido que ahora sabía que indicaba que había pasado otro minuto.

«Seis minutos».

«No».

«Cinco».

En algún momento, de alguna manera, había perdido un minuto.

Mantuvo la puerta abierta para Gael. Sus músculos temblaban por el enorme esfuerzo al que estaba sometiendo su cuerpo.

—Ahí, al fondo —dijo Diana, señalando la cámara de explosión controlada. Tenía el tamaño y la forma de una pequeña cocina con una ventana de vidrio para que los científicos pudieran ver el otro lado.

Su respiración se aceleró cuando se dio cuenta de que era demasiado pequeña.

Gael, tranquilo en apariencia, se acuclilló junto a la cámara y dejó con cuidado la caja en el suelo.

Bip.

«Cuatro minutos».

La miró con sus ojos color esmeralda. Diana sabía que quería pedirle que se fuera, pero también sabía que no lo haría.

—Estamos juntos en esto —le dijo, cogiendo su mano. Tras un instante, él la apretó en respuesta.

—¿Cómo la abrimos? —preguntó con una voz sorprendentemente serena.

Diana descorrió el primer cierre y lo subió, e hizo lo mismo con el segundo.

—¿Cabrá? —preguntó, dubitativa, mirando el espacio del interior.

—Cabrá.

No manifestó su mayor temor en voz alta. Incluso si podían encajar la bomba dentro, la explosión sería demasiado fuerte para que la cámara la contuviera.

Gael tragó saliva con fuerza y Diana supo que las siguientes palabras que salieran de su boca no le iban a gustar.

—Vamos a tener que sacar la bomba de la caja. Diana, necesito tu ayuda.

«Tres minutos».

—Dime qué tengo que hacer.

—Yo la levantaré. Tú mantén ese lado recto y ayúdame a meterla dentro.

Con el corazón a cien y las palmas sudorosas, Diana apoyó las manos bajo la bomba, manteniéndola tan firme como pudo.

—Ahí, un poco más alto. Despacio. Ya está.

La maldita cosa pitó de nuevo.

«Dos minutos».

«El tiempo vuela cuando te diviertes».

—Creo que ya está dentro del todo.

—Créeme, *bella*, cuando esté dentro del todo, lo sabrás.

Diana sintió como sus mejillas enrojecían. Su risa disipó parte de la tensión que había estado experimentando. Ajustó el primer y el segundo cierre, sellando la bomba dentro. Ocurriera lo que ocurriera a partir de aquel momento, escapaba a su control. A través del cristal, vio cómo el número cambiaba otra vez.

«Un minuto».

—Ahora echamos a correr —dijo Gael, tomándola de la mano y tirando de ella—. Por si acaso.

Diana dejó que la empujara fuera del cuarto, que se cerró tras ellos, y luego a través del pasillo. Rodearon el cuerpo de Kyle y se dirigieron a la salida. Gael dudó antes de abrir la puerta y alzó la mano izquierda hasta su cara. Con delicadeza, cubrió su mejilla con sus dedos callosos.

«Tan delicado».

—Diana, si esto no funciona, quiero que sepas…

—Ya lo sé, Gael. Lo sé.

Cayó en sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho. Se sentía completamente a salvo. Juntos contaron los segundos hasta el final.

«Ocho».

«Siete».

«Seis».

El mundo se estremeció a su alrededor demasiado pronto. Diana gimió y se apretó aún más contra él. Las piernas de Gael se abrieron para absorber el impacto y la estrujó con los brazos, como si pudiera protegerla del fin del mundo.

Entonces todo se detuvo.

Diana contuvo el aliento, esperando otra explosión más fuerte, pero nunca llegó.

—Ha funcionado —susurró Gael—. Joder, ha funcionado.

Diana lo miró.

—¿Ya ha pasado todo?

—Ya ha pasado todo —le confirmó Gael.

Las rodillas de Diana temblaban.

—Por favor, sácame de aquí.

Gael se estiró junto a ella para abrir la puerta al exterior. Diana dio un paso al frente y luego se giró al oír un ruido detrás.



Gael

«Sven».

De algún modo, Sven había logrado colarse en el almacén cuando Diana y él habían salido con la bomba.

Parecía desaliñado… y peligroso. Gael se dio cuenta con desesperación de que la pistola que llevaba en la mano era la misma que le había quitado a Kyle. La había dejado tirada en el suelo del almacén cuando había salido con la bomba.

«Un error que podría costarle la vida a Diana».

Sven los apuntaba a ambos alternativamente. El arma parecía un juguete en su enorme mano.

—¿Qué diablos has hecho? —preguntó con la voz llena de dolor y furia. La mano y el brazo con los que sujetaba la pistola temblaban, y Gael se estremeció por dentro. No hacía falta aplicar mucha presión en el gatillo para que el arma disparase.

—Ya no hay bomba —dijo Gael, confiando en atraer su atención—. Me he deshecho de ella.

—Apártate de Diana —le ordenó Sven.

—¿Por qué? —preguntó ella. A Gael no le gustó el temblor de su voz. Si pudiera sacarla de allí…

—¡Haz lo que te digo, maldita sea!

Diana se irguió y se apartó de Gael. Este sintió como el vacío crecía a medida que se movía, pero, al mismo tiempo, sintió un asomo de esperanza. Separarlos era un error. Era imposible que Sven los controlara a ambos. Eso podía jugar a su favor.

«Solo un poco más».

«Entonces Sven no podrá apuntarnos a los dos con la pistola».

—Para. Ya es suficiente —ordenó Sven.

—Deberías ir a ver a tu amigo —dijo Gael, alargando las palabras—. Lo he golpeado muy fuerte.

La enorme cara de Sven se puso roja de furia.

—Terminaré lo que Kyle y yo empezamos —dijo Sven.

—¿Y cómo planeas hacer algo así sin una bomba? —se mofó Gael.

Las venas de la nariz grande y chata de Sven enrojecieron más. Por un momento, Gael albergó la esperanza de que sufriera una apoplejía. Entonces el hombretón llenó su pecho de aire, obligándose a mantener el control.

—Habéis destruido todo por lo que hemos trabajado. Pero no saldréis de aquí con vida.

Gael analizó la situación fríamente. La forma en la que sujetaba la pistola le dio a entender que no era un tirador experto. Aunque estaban demasiado cerca como para confiar en que errara el primer tiro, Diana y él permanecían bastante lejos el uno del otro para que Sven tuviera que parar y apuntar una segunda vez si quería dispararles a los dos.

Gael solo tenía que asegurarse de que Sven le disparara a él primero.

Se preparó para entrar en acción. Miró primero a Diana y luego a la puerta, esperando que lo entendiera. Todo lo que podía hacer era darle la oportunidad de correr y confiar en que Hiro o el resto del equipo aparecieran a tiempo.

—No eres nada sin Kyle, ¿verdad? —dijo Gael con tono aburrido.

Las fosas nasales de la nariz gruesa y llena de venas púrpuras de Sven se abrieron con furia; luego, el hombretón rio.

—Sé lo que intentas hacer —dijo mientras dejaba de apuntar a Gael y apuntaba a Diana—.

Permíteme mostrarte por qué no va a funcionar.

La visión de Gael se estrechó.

Se lanzó hacia Diana justo cuando el dedo grande como una salchicha de Sven apretaba el gatillo.

Resonó el disparo.

El tiempo pareció detenerse mientras Gael estaba suspendido en el aire.

«No voy a conseguirlo».

Una forma oscura apareció frente a Diana.

«Bailey».

Un gemido resonó en el aire. Gael no sabía si la bala había impactado contra Diana, contra Bailey o contra ambas, y no podía pararse a comprobarlo.

Giró en el aire, se apoyó sobre las manos y rodillas y se lanzó hacia Sven.

Gael aprovechó la mayor altura de aquel hombre como ventaja. Realizó un ataque bajo, pateando su rodilla desde un lado y celebró el rugido que obtuvo en respuesta. Cuando Sven se inclinó para agarrarse la rodilla, le dio una patada en la mano que llevaba la pistola, que salió volando por el cuarto.

En situaciones normales, Gael sabía que no habría tenido ninguna oportunidad contra aquel gigante. Pero esto no era una situación normal, y Sven no podría hacer nada contra su rabia.

Sven rugió y se incorporó, una proeza increíble después de lo que le había hecho a su rodilla. Golpeó con la mano derecha en su sien y Gael vio las estrellas. Sacudió la cabeza, alegrándose de que dolor resultante lo ayudara a mantenerse consciente.

Alargó la mano hacia atrás y sacó el cuchillo. Hiro confiaba en la hoja de aquel cuchillo, pero Gael no era Hiro. Llevar el arma en la mano le resultaba incómodo y pesado.

Antes de que pudiera decidir su siguiente movimiento, Sven rugió y lo embistió.

El cuchillo se deslizó limpiamente en el pecho de Sven hasta el mango. La impresión hizo que Gael se detuviera en seco y soltara el arma.

Sven abrió mucho los ojos durante un instante, pero no emitió ningún sonido. Se deslizó hasta el suelo, de espaldas, retorciéndose y jadeando de forma errática. Un momento después, incluso las sacudidas pararon. Aunque la sangre continuaba goteando desde la comisura de sus labios hasta las baldosas, Sven estaba muerto.

Ignorando las palpitaciones de su cabeza, Gael corrió hacia Diana.

Se había arrodillado junto a Bailey, que estaba de costado en el suelo y emitía un sonido bajo y quejumbroso. Se había quitado la camiseta y estaba usándola para contener la sangre del animal.

O, al menos, Gael confiaba en que fuera la sangre de Bailey. Las manos, muñecas y pecho de Diana estaban llenas de manchas rojas.

—¿Esa sangre es tuya?

Diana sacudió la cabeza con rapidez.

—Es toda de Bailey. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me ha salvado la vida.

«Gracias, Dios mío».

Los lagrimones de Diana caían sobre el cuerpo oscuro de la perra.

—Por favor, Bailey, aguanta. Por favor, aguanta.

De pronto, alguien entró tambaleándose en el almacén.

Hiro.

Tenía la mirada desenfocada y utilizaba las paredes para mantener el equilibrio.

Bailey ladró una única vez. Su cola, que hasta ese momento había permanecido inmóvil, se

sacudió débil contra el suelo mientras Hiro caía pesadamente de rodillas junto a ella.

—Bailey —dijo con voz áspera—. Estoy aquí, chica. —Miró a Diana y posó la mano sobre la suya—. Yo me encargo. Puedes soltarla.

25



Gael

—Deberías estar en el hospital —dijo Damien por cuarta vez.

—*Sí, papá* —respondió Gael sonriendo—, pero ya he estado allí.

Hacía solo un par de horas le habían puesto doce puntos, le habían limpiado y vendado las muñecas y había sido diagnosticado con una conmoción leve. La doctora Carrel, a quien realmente parecía no caerle bien, le había dado instrucciones estrictas sobre lo que hacer si los síntomas de la conmoción empeoraban.

—No te preocupes, Damien. Creo que pueden atender a Gael igual de bien aquí si pasa cualquier cosa —dijo Drake, lanzando un vistazo a la sala de espera del veterinario.

—Muy gracioso, Drake.

Gael sonrió un segundo más de lo necesario, consciente de que sus amigos lo enviarían de vuelta al hospital de verdad si descubrían lo mucho que le dolía la cabeza. No quería que eso sucediera. Necesitaba estar allí con Hiro.

—Eres un cabezota —dijo Diana, tomándole de la mano.

Gael la apretó con cuidado de no rozar sus muñecas heridas. Nunca se iba a cansar de tocarla.

—Mira quién habla.

A ella también la habían atendido en el hospital, pero al igual que Gael, había rechazado quedarse más de lo absolutamente necesario. Ambos querían estar allí con Hiro y el resto del equipo.

Damien salió para coger una llamada, pero volvió minutos después.

—Era el coronel. Los dos últimos pacientes acaban de despertar. No hay víctimas.

«Salvo Sven».

Sven había muerto en ese pequeño almacén.

Gael era incapaz de sentir remordimientos.

Lo habría hecho otra vez para mantener a Diana a salvo.

Casi deseaba que Kyle también hubiera muerto. Al fin y al cabo, era el más tóxico y peligroso de los dos. Aún estaba en el hospital con una conmoción. Después, con suerte, pasaría mucho tiempo en prisión.

Gael rememoró la escena que se encontraron cuando los tres salieron del laboratorio, con Hiro cargando con el cuerpo inconsciente de Bailey. Los primeros tres helicópteros ya estaban llegando, y en ellos iban Damien, Drake, Jens y un montón de médicos, enfermeros y bomberos que corrieron a atender a todo el mundo.

Ahora sabían que Kyle y Sven habían liberado pequeñas partículas de fentanilo en el aire. Gael ni siquiera sabía que era posible hacer eso al aire libre. Al menos, el estar en el exterior, había protegido a la gente de peores efectos.

Habían explicado a los jóvenes y a sus familias que había tenido lugar un incidente, pero ninguno de ellos sabía lo cerca que habían estado de morir.

«Ahora es Bailey la que tiene que salir adelante».

«Si no lo hace…».

Miró a su amigo Hiro, que estaba sentado lejos de los demás con la cabeza entre las manos. Su camiseta negra y sus pantalones estaban manchados con la sangre de Bailey, pero había rechazado ropa limpia. Tampoco había dicho ni una sola palabra en el tiempo que Bailey llevaba en el quirófano.

Diana soltó la mano de Gael, se acercó a Hiro y se arrodilló junto a él. Uno de los miembros

de su equipo le había prestado una camiseta demasiado grande que le caía muy por debajo de las caderas. Aún parecía demasiado pálida, pero Gael nunca había visto a nadie tan hermosa.

Diana apoyó la mano sobre la rodilla de Hiro.

—Lo siento —le dijo con la voz cargada de culpa.

Gael se puso tenso y se preparó para acercarse. Damien lo tomó del brazo para detenerlo.

Hiro alzó la cabeza y miró a Diana como si se hubiera percatado por primera vez de su presencia. Tras un largo instante, sus ojos oscuros se suavizaron y sus labios se curvaron en una ligera sonrisa.

—Por favor, no lo sientas.

—No estaría aquí de no ser por mí.

Hiro sacudió la cabeza lentamente.

—Bailey es una guerrera. Estaba en el lugar justo para hacer lo correcto… Y tanto si vive como si muere, ya no depende de nosotros. No tienes que pedir disculpas. —Hiro apretó la mano de Diana—. Solo tenemos que ser fuertes por ella.

Diana asintió. Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla.

La puerta se abrió y entró una mujer con un bebé diminuto que descansaba en un arnés sobre su pecho, seguida de un hombre en silla de ruedas con otro bebé enganchado delante.

—¿Kat? —dijo Hiro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nos hemos enterado de lo que ha pasado y queríamos estar aquí para ti y para Bailey —dijo Kat.

—Gracias —dijo Hiro, acercándose para darle un abrazo con cuidado. Se detuvo cuando se dio cuenta de que el bebé estaba en medio—. Oh, lo siento, pequeñín. ¿Cuál de los dos eres tú?

—Yo tengo a Laurent, y Luc, a Sarah.

—Son preciosos —dijo Hiro.

Gael descubrió que estaba mirando a los bebés. Laurent estaba dormido, pero Sarah gorjeó feliz desde el pecho de su padre. Él venía de una familia numerosa; había visto a un montón de bebés antes y nunca se había parado a pensar en el aspecto que tendrían sus propios hijos. Pero ahora le resultaba muy fácil imaginarse una niña con los ojos oscuros de Diana y su piel inmaculada.

«Mierda, te ha dado fuerte».

No había nada que deseara más que tener a Diana entre los brazos. No habían pasado un minuto a solas desde el glaciar.

—¿Aún no hay noticias? —preguntó Kat, tan directa como siempre.

Hiro sacudió la cabeza.

—Está con el veterinario. Llevan horas ahí dentro. —Su respiración se aceleró.

—Bailey es fuerte, Hiro. Tú también tienes que serlo.

Hiro asintió estoico, pero Gael conocía a su amigo lo bastante como para saber lo alterado que estaba.

La puerta se abrió otra vez y una mujer pelirroja entró corriendo, empujando un carrito. Drake se levantó de un salto para tomar el carrito de las manos de su mujer.

—Hiro —susurró Isolde, acercándose directamente para abrazarlo.

—Ey, Isolde, gracias por venir. Aún estamos esperando noticias. ¿Qué tal el pequeño Benjamin? —preguntó, echando un vistazo al carrito donde dormía el bebé.

—Son un montón de bebés —susurró Diana, volviendo al lado de Gael.

—Sí —respondió Gael. Seguía distraído pensando en los hijos que podía tener con Diana; que tendrían si de él dependía.

Una voz con un acento muy americano sonó desde la puerta de la sala de tratamientos de emergencia.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Habéis convertido mi sala de espera en una especie de reunión familiar?

La propietaria de aquella voz parecía medio enfadada, medio divertida.

«Quizá un 60 % enfadada, más bien».

Vestía con una bata de médico blanca y prístina que le sentaba de maravilla y que estaba claro que estaba hecha a medida, porque la mujer era diminuta. No podía medir más de un metro sesenta, y eso con tacones. Llevaba el pelo rubio rizado recogido en la coleta más apretada que Gael había visto jamás.

—Tengo que hablar con el dueño de Bailey.

Hiro se puso de pie con rapidez.

—Soy Hiro Habu, su entrenador.

Los labios de la mujer se curvaron en una pequeña sonrisa que, literalmente, transformó su expresión.

—Doctora Trista Davies —se presentó.

—¿Cómo está? —preguntó Hiro. Gael, que nunca antes había oído la voz de su amigo temblar así, dio un paso hacia él.

«Por si acaso».

—La bala de 9 mm le rozó el pulmón. Pude extraerla y detener la hemorragia, pero ha perdido mucha sangre.

—Si va a…

—De momento está estable —lo interrumpió la doctora Davies. Se detuvo y clavó los ojos azul claro en Hiro—. ¿Te gustaría verla?

Hiro asintió con impaciencia y abandonó el cuarto siguiendo a la doctora.

Diana se derrumbó en el asiento junto a Gael.

«Mierda».

Había estado tan preocupado por Hiro que no se había percatado de lo pálida que estaba.

—¿Diana?

Kat se acercó corriendo con un vaso de agua del dispensador que había en la esquina.

—Toma, bebe esto. Te sentirás mejor. Soy Kat, por cierto.

—Gracias. —Diana dio un sorbo al agua—. Soy Diana.

—Me alegro de conocerte, Diana. Aunque he estado ocupada estas últimas semanas, he oído muchas cosas sobre ti por parte del equipo.

Diana sonrió un poco.

—Por cierto, felicidades. Son preciosos.

Kat miró a su marido y sus hijos con una adoración palpable.

—Gracias. Me alegro de que Gael y tú estéis bien.

Diana se removió en su asiento y alzó la vista para mirarlos a todos por turnos.

—Lo siento, no sé qué me pasa…

—No tienes nada que sentir —dijo Damien—. Hoy, Gael y tú habéis hecho un trabajo increíble. No sabemos cuántas de esas personas habrían muerto de no haber sido por vosotros.

—Te voy a llevar a casa.

—Pero Bailey…

—Se va a poner bien. Ya has oído a la veterinaria —dijo Gael con firmeza—. Damien nos llamará si algo cambia. ¿Verdad, Damien?

Damien asintió con rapidez.
Gael pensó que Diana iba a oponerse, pero terminó por asentir.
—De acuerdo. Pero seré yo la que te lleve a casa, porque hoy no puedes conducir.
Alguien rio al fondo, pero Gael no fue lo bastante rápido para identificar quién había sido.

26



Diana

—Aquí estamos —dijo Diana en voz muy alta tras aparcar.

—No necesitas gritar, Diana. No estoy dormido. Y de todas formas es una conmoción leve, ¿recuerdas?

Cuando recordó la sangre, la recorrió un escalofrío. Apagó el motor y lo miró.

—La doctora ha dicho que no debes estar solo. Me quedaré contigo esta noche, si te parece bien.

—Quédate conmigo todas las noches —dijo Gael en voz baja. Algo salvaje brilló tras sus ojos verdes.

«No hagamos esto ahora».

«No tenemos por qué hacer esto ahora».

—No pareces feliz con la idea —añadió Gael.

«Estoy demasiado feliz con la idea».

«Desearía que pudiéramos estar juntos para siempre».

«Pero si eso no va a pasar, entonces es mejor que nos digamos adiós ahora, no importa lo mucho que duela».

—¿Diana? ¿Qué pasa? Dime en qué estás pensando.

Diana sacudió la cabeza con cansancio. Ahora no era un buen momento.

—Ha sido un día muy largo, Gael. Necesitas descansar. No hagamos esto ahora.

—¿«Hacer» esto? —dijo alargando las palabras.

Diana se sintió enferma, como una aceituna que había sido deshuesada y luego rellenada con algo picante, como jalapeños, cuando la herida aún estaba fresca. Así de fuerte dolía.

—No voy a dejarte decirlo, Diana.

—¿Qué?

—No voy a dejarte decir adiós.

—No estoy diciendo adiós —se defendió ella—. Solo digo que deberíamos ir dentro y dormir un poco. Aún pienso que…

Gael sacudió la cabeza.

—Puedo verlo en tus ojos. Crees que vamos a romper.

Diana cogió aire con fuerza. Le dolía el mero hecho de pensar en esa palabra.

—Hemos pasado por muchas cosas, Gael. Ahora no es el momento de tomar decisiones precipitadas. Pero tenemos que ser realistas. Vivimos en mundos distintos.

La maravillaba lo razonable que podía sonar, incluso mientras su corazón se partía en dos.

—¿Entonces deberíamos esperar a hablarlo cuando estés de vuelta en Grenoble? —preguntó Gael. Él también sonaba muy razonable.

Su corazón se encogió.

«Va a dejarme ir».

«Así, sin más».

«Desaparecerá de mi vida para siempre».

—¿Hasta que dejes de responder al teléfono cuando llame y esperes a que salte el buzón de voz?

Diana alzó la vista muy rápido. Ahora, Gael sonaba muy cabreado.



Gael

Su cabeza palpitaba, la culpa aguijoneaba su pecho. Diana parecía tan exhausta como él. No debían hablar de eso ahora. Gael tendría que estar acurrucándose junto a ella en la cama.

Pero tenían que hablarlo ahora. Porque, a esas alturas, Gael la conocía y sabía que mañana sería demasiado tarde. En los últimos minutos había visto la forma en la que se iba retrayendo más, el muro de ladrillos que estaba empezando a erigir entre ambos. Y aunque Gael estaba dispuesto a golpearse una y otra vez contra cualquier muro por ella, hasta que acabara herido y sangrando, no podía arriesgarse a no poder derribarlo.

Él también estaba enfadado. Lo único que quería era demostrarle lo mucho que significaba para él.

«Te estás mintiendo».

«Quieres algo más que eso».

—Diana…

Su voz se quebró. No estaba seguro de poder hablar sin echarse a llorar.

—Tienes veintiocho años, Gael. Yo cumpliré treinta y siete el mes que viene. Para cuando estés listo para tener hijos, tendré…

«Ha visto cómo has mirado a esos bebés esta noche».

«Ese ha sido parte del problema».

—¿Quieres un bebé? Podemos hacer uno juntos esta noche.

—No, no es eso lo que…

—¿No quieres bebés? ¿Nunca? Entonces no tendremos ninguno. Llamaré mañana y pediré cita para una vasectomía.

—No seas ridículo.

—No estoy siendo ridículo. Estoy tratando de explicarte cómo me siento.

—Me estás diciendo que no te importa si tenemos hijos —dijo con rigidez.

—¡No! Estoy diciendo que podemos tomar esa decisión juntos cuando llegue el momento. Porque todo lo que quiero, todo lo que sé es que tú y yo debemos estar juntos.

Diana cogió aire con fuerza y Gael identificó incertidumbre en sus cejas alzadas.

«Ella también lo siente».

«Quiere creerme».

—Nunca antes me habías dicho esto —le espetó Diana.

—No quería asustarte. Pero lo estoy diciendo ahora.

—Quizá pienses que estás encaprichado conmigo…

—¿Encaprichado contigo? No tengo dieciséis años, Diana. Sé lo que siento. —Hizo una pausa. Ambos estaban exhaustos, en tiempo de descuento. Pero Gael insistió, porque era su forma de ser y porque aquello era demasiado importante para guardar silencio—. Te quiero.

Aunque no era así como había pensado que declararía su amor, confió en que pudiera oír la sinceridad en su voz.

—Te quiero, Diana —repitió—. Te quiero como no he querido nunca a nadie antes, como no imaginaba que fuera posible querer a alguien. Y todo lo demás no me importa. Tu trabajo, mi trabajo… Haremos que funcione. Tu edad, mi edad… Diablos, eso ya funciona, no tenemos nada que hacer al respecto.

Terminó con un croar cuando se quedó sin aliento. Sin energía. Y permanecieron sentados juntos en el *parking* sin que ninguno de ellos hiciera el esfuerzo de moverse.

—¿Qué estás diciendo, Gael?

Sonaba tan frágil que Gael deseó abrazarla con todas sus fuerzas, pero el panel de mandos estaba en medio.

—Estamos hechos el uno para el otro, Diana, y lo sabes.

—Estás diciendo que podemos superarlo todo —dijo con cautela.

—Sí —dijo Gael. Su voz brotó con más fuerza de la que pretendía—. Juntos podemos superarlo todo… si tú también me quieres.

Siguió sentado, inmóvil, esperando mientras ella meditaba sobre sus palabras; sabiendo que tenía que esperar. Que necesitaba concederle tiempo. Incluso si la espera lo estaba matando.

Diana lo miró y el ceño fruncido de su rostro se despejó. Sus ojos oscuros brillaban con lágrimas no derramadas.

—Te quiero, Gael. Te quiero.

Y entonces la tomó entre los brazos y la alzó sobre el panel para que se sentara en su regazo. Su rostro estaba a solo unos centímetros de sus hermosos senos, pero levantó la mirada, confrontando directamente sus ojos, y vio la verdad en ellos: que su amor era la clase de amor que podía conquistarlo todo.

EPÍLOGO



Diana

Era uno de esos hermosos días de principios de otoño en los que el sol brillaba con fuerza y aún parecía verano. Solo un leve soplo de viento les recordaba el cambio de estación.

—¿Así que vamos a hacerlo de verdad? —preguntó Diana.

«El Petit Dru».

El motivo por el que Gael y ella se habían conocido.

Era un pico legendario y estaba ansiosa por ver las vistas desde la cima. Muchos grandes alpinistas habían dejado su marca en aquel pico, y la maravillaba que hoy fuera a coronarlo, y que fuera a hacerlo con Gael, el amor de su vida.

—Si te sientes con fuerzas —le dijo. No la estaba juzgando, aunque sabía que él podía escalarlo con una mano atada a la espalda; en su voz solo había amor y preocupación por ella.

Se sentía con fuerzas. Había estado muy ocupada durante las últimas semanas. Aunque le encantaba dar clases en la universidad, sabía que no podía viajar a Grenoble todos los días. Había concertado una reunión con el decano de su facultad para dejar su empleo, confiando en que podría trabajar en un puesto como investigadora en su campo, pero el decano la había sorprendido ofreciéndole concentrar sus clases en solo dos días, lo que le permitiría vivir donde quisiera el resto del tiempo.

Gael y ella podían hacer que funcionara.

Había hablado con Frederic, en lo que probablemente había sido la conversación más sincera que habían mantenido en años, y este se había mostrado feliz por ella. En cuanto volviera de Islandia, pasaría a recoger sus últimas cosas del apartamento que habían compartido.

Su madre y sus tías se pusieron contentísimas cuando se enteraron de que vivirían en Chamonix. Ahora estaban peinando el vecindario en busca de casas para ellos… y para cualquier niño que pudiera llegar, «si» y «cuando» eso ocurriera.

Kyle se había recuperado y estaba esperando su juicio. Había conseguido un abogado excelente pagado con los fondos de Last Act; un abogado que parecía resuelto a dejar que se fuera de rositas. Diana sabía que, con el tiempo, Gael y ella tendrían que testificar contra él. También sabía que, como nadie había muerto salvo Sven, aquel abogado bien podía lograr su objetivo, y el mundo nunca sabría hasta qué punto llegaba la locura de Kyle. Pero Diana se conformaba con que no volviera a estar en posición de hacer daño a la gente.

Mientras tanto, Gael y ella habían seguido con sus vidas. No podían permitir que Kyle se las arrebatara.

Gael se había curado con rapidez. Las cicatrices de sus muñecas estaban desvaneciéndose, aunque quizá nunca desaparecerían por completo. Y hoy, por fin estaban listos para escalar juntos; esa vez con cuerdas. Diana no quería volver a practicar la escalada libre.

Abrió la mochila para buscar su arnés y sus botas de escalada, pero Gael la detuvo.

—Vamos a sentarnos primero —le dijo—. Tengo hambre.

—¿Quieres comer antes de empezar? —le preguntó, sorprendida. Habían tomado un desayuno enorme poco antes de salir.

Gael se encogió de hombros.

—Un pequeño pícnic. Necesitas energía para subir el Petit Dru.

Diana lo miró maravillada mientras empezaba a sacar cosas de su mochila. Había fruta, nachos y…

—¿Has hecho guacamole? ¿Cuándo has hecho guacamole?

Gael preparaba un guacamole increíble. Imposible de imitar, por supuesto, porque lo hacía como siempre lo había hecho su familia: sin receta. A la madre de Diana la enloquecía no poder replicarlo. Gael había descubierto un atajo a su corazón.

—Si me miras de esa forma, *bella*, te prepararé guacamole siempre que vayamos a escalar.

Su corazón golpeaba con fuerza contra su pecho, como siempre que Gael la llamaba «bella». Cogió un nacho y lo mojó en el guacamole mientras Gael terminaba de desenvolver todos los deliciosos aperitivos que había llevado. *Brie* fresco, delicados hojaldres de queso y una colorida ensalada de pimientos. Y, de postre, *canelés*.

—Esto es increíble —dijo Diana con entusiasmo—. ¿Te importa si empiezo por el postre?

Media hora después, Gael cerró los táperes, ahora vacíos, y los guardó en la mochila. Diana se echó hacia atrás, usando su propia mochila como almohada.

—Creo que estoy demasiado llena para pensar siquiera en escalar.

Gael se sentó a su lado. Le tocó el pezón juguetonamente y este se endureció de forma visible bajo su top deportivo.

—¡Oye! —le dijo—. Para.

Gael rio, un sonido fuerte y feliz.

—Vamos, levántate. Escalarás más rápido si piensas en lo que voy a hacerte después.

Se pusieron serios de nuevo cuando llegó el momento de comprobar el equipo. Ninguno quería sacrificar la seguridad ni por un instante. Diana comprobó el arnés de Gael para asegurarse de que las correas pasaban dos veces por las hebillas en las piernas y en la cintura, y luego se quedó quieta mientras él hacía lo mismo con ella. Después, comprobaron el nudo de seguridad y el sistema de aseguramiento para confirmar que este funcionaba a la perfección.

Diana estiró las piernas y los hombros, y luego miró el Petit Dru.

Era un día perfecto para la escalada y estaba deseosa de llevar la delantera en el primer largo.

—¿Listo? —preguntó.

—Listo.

—No me dejarás caer, ¿verdad? —preguntó en broma.

—Nunca —le prometió Gael.

—Iniciando la escalada.

—Escalada iniciada.

-- -- -- -- -- -- --

Gracias por leer este libro, espero que hayas disfrutado la historia de Gael y Diana.

Si te ha gustado, por favor, dedica un minuto a escribir una breve reseña para ayudar a otros lectores a encontrar mis obras. ¡Leo todas las reseñas y las agradezco más de lo que te imaginas!

Si quieres saber más sobre mis libros, apúntate a mi lista de correo aquí.

Gracias por leerme,
JR

AGRADECIMIENTOS

Primero de nada, un enorme agradecimiento a todas mis lectoras y lectores, por acompañarme una vez más en esta aventura del equipo de rescate de Mont Blanc. Os voy a contar un pequeño secreto. No es que juegue a favoritos, y no querría que los otros integrantes del equipo se enteraran, pero tengo que admitir que Gael me robó un trocito del corazón mientras escribía su historia. Espero que el libro os haya gustado, y que estéis deseando leer el siguiente (le toca el turno a Hiro... y. como ya me habéis preguntado, os confirmo que veremos a Bailey también!)

Gracias a mi traductor, V., por ayudarme a que todo tenga sentido. Y a mis correctoras, que siempre hacen las preguntas correctas, y parecen saber exactamente lo que quiero decir en cada momento. Como siempre, cualquier error que subsista en el texto a pesar de sus esfuerzos es solo culpa mía.

Gracias a Maria Spada, de Maria Spada Book Cover Design, por esta nueva portada. Siempre digo que la nueva es mi favorita, pero es que es verdad, ¡me gustan todas!

Gracias también a mis colegas escritores. Los momentos de café compartidos es quizás lo que más echo de menos de mi trabajo anterior, así que es un placer poder disfrutar de ellos con vosotros de vez en cuando.